

¿CÓMO ERA EL CHE?

José Mayo
¿CÓMO ERA EL CHE?



Editorial Gente Nueva

La Habana, 2018

Edición: Yolanda Borlado Vázquez
Diseño: Marla Albo Quintana
Cubierta y collage fotográficos: Raúl Armando García Valdés
Composición: Jennifer Lanz Robertson

© José Mayo Fernández, 2018
© Sobre la presente edición: Editorial Gente Nueva, 2018
Primera edición, 2012
Segunda edición

ISBN 978-959-08-2418-0
(ISBN 978-959-08-1462-4, Primera edición)

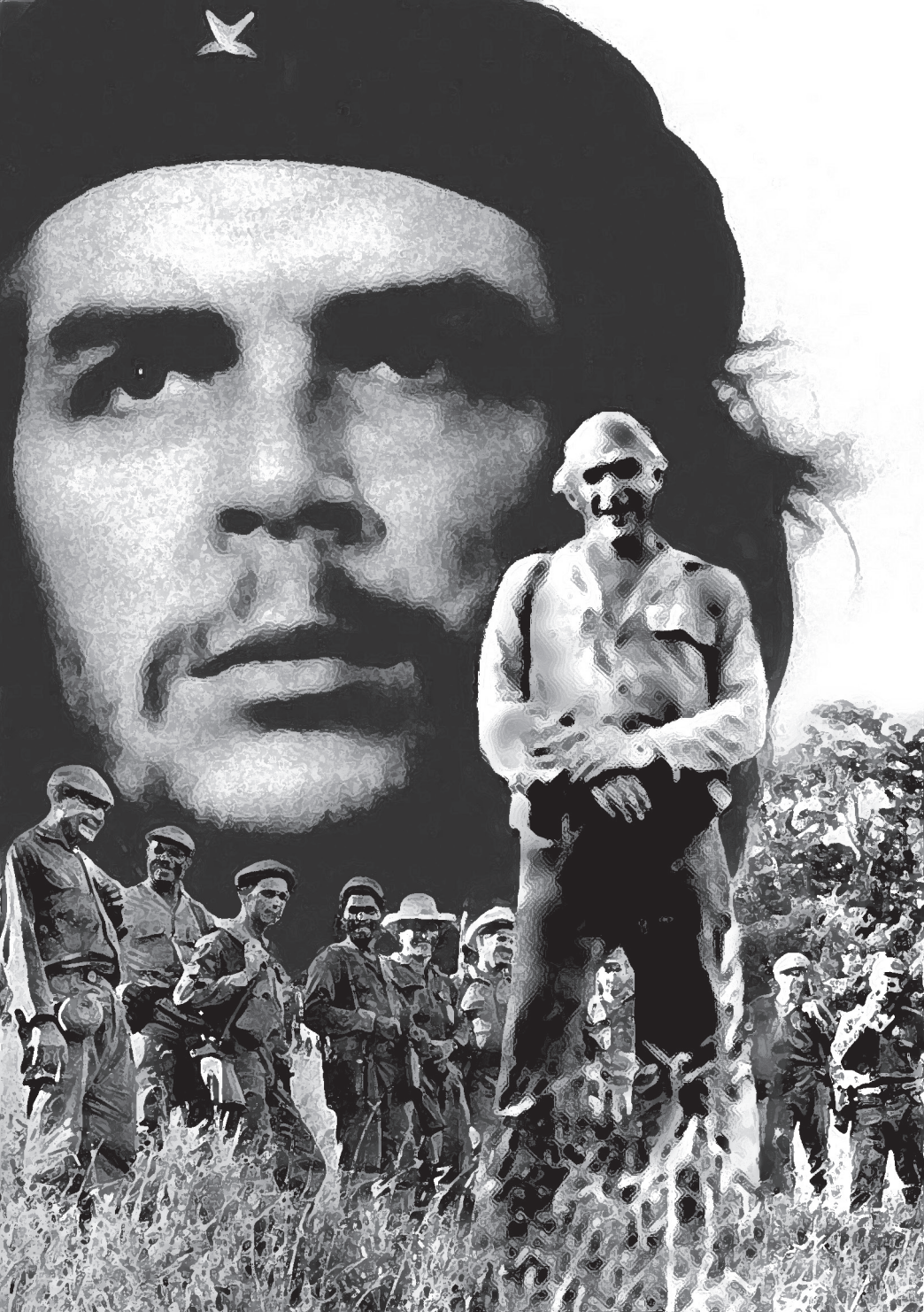
Instituto Cubano del Libro, Editorial Gente Nueva,
calle 2, nro. 58, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.
C. P.: 10 400
Teléfono: 78303199
gnueva@icl.cult.cu
www.gentenueva.cult.cu

A mi esposa Yoyi.
A mis hijos y nietos.
A las nuevas generaciones que aspiran a ser como el Che.

*Che fue maestro y forjador de hombres como él,
y consecuente con sus actos, nunca dejó de hacer
lo que predicaba, ni de exigirse a sí mismo más
de lo que exigía a los demás.*

FIDEL

17 de octubre de 1997



Prólogo

Ernesto Che Guevara es una de las personalidades trascendentales de la historia de América Latina. El rostro que ha inmortalizado a este extraordinario hombre de nuestro tiempo procede de una foto del artista cubano Alberto Díaz (Korda), del ya desaparecido periódico *Revolución*. La capturó con el lente de su ágil cámara en la tarde del 5 de marzo de 1960, en el entierro de las víctimas de la explosión del barco francés *La Coubre*, que había estallado en la bahía de La Habana dejando casi un centenar de muertos.

El Che estaba situado en la tribuna del acto luctuoso en que hablaría Fidel Castro, junto a otros dirigentes de la Revolución Cubana y del afamado intelectual francés Jean Paul Sartre y su esposa. Ataviado con un abrigo oscuro, llevaba una boina negra, con la solitaria estrella de comandante en ristre, que aprisionaba su larga melena de guerrillero, de la que escapaban algunos mechones agitados por el fuerte viento del frente frío que azotaba la capital cubana.

La foto de Korda —la más reproducida en la historia de la fotografía—, que capta el rostro bizarro del Che con su mirada penetrante fija en la distancia, se

convirtió, desde que fuera enarbolada por los jóvenes manifestantes parisinos de mayo de 1968, en símbolo de inconformidad de las nuevas generaciones y desde entonces su imagen estremece al mundo.

El lugar de su muerte, en recónditos parajes de Bolivia, ha devenido para muchas personas de diferentes ideologías y concepciones, centro de peregrinación. Algunos incluso se refieren a él como un santo: san Ernesto de La Higuera o el Cristo de Valle Grande. ¿Quién fue este hombre cuya vida se ha convertido en un verdadero mito y del que la fértil imaginación popular teje todo tipo de leyendas?

A responder estas y otras interrogantes e inquietudes sobre el Guerrillero Heróico está dedicado este nuevo libro del destacado periodista José Mayo, titulado precisamente *¿Cómo era el Che?* A lo largo de más de cien páginas —divididas en 24 capítulos, precedidos de una muy completa Introducción— el autor nos desgrana, basado en relatos, anécdotas e informaciones diversas, extraídas directamente de los testimonios de figuras que conocieron y/o lucharon junto al Che, aspectos medulares de la multifacética obra de este gran revolucionario argentino-cubano. Redactada con claridad y fluidez expositiva, este original texto de Mayo, dirigido a un público juvenil, está respaldado además por cartas y otros documentos históricos, así como una amplia bibliografía, que contribuyen a la mejor comprensión del cuerpo argumental y a la darle la rigurosidad que sustenta la narración.

En las páginas que siguen, Mayo nos ofrece, en apretada síntesis, un muy logrado estudio sobre el Che, que hace énfasis en su ideario y accionar revolucionario,

en el que los lectores, y muy en particular las nuevas generaciones, podrán no solo conocer los pormenores de su vida singular, sino también comprender mejor la significación de una personalidad histórica que ocupa un lugar cimero entre los grandes próceres de la segunda independencia de América Latina por la que abogara José Martí.

DR. SERGIO GUERRA VILABOY

J' Dpto de Historia General. Facultad de Filosofía e Historia,
Universidad de La Habana

Premio Extraordinario por el Bicentenario de la Emancipación Hispanoamericana. *Casa de las Américas 2010*

Premio Nacional de Historia, 2014

Premio Nacional de Ciencias Sociales, 2017



Introducción

Tres meses después de que el joven argentino de 25 años de edad, Ernesto Guevara Lynch, finalizara los estudios de la carrera de medicina, partió en tren, en julio de 1953, junto a su amigo Carlos Ferrer (Calica), desde su patria natal hacia Bolivia, para realizar su segundo periplo por América Latina.

Su primer recorrido por tierras del sur del río Bravo lo había efectuado, un año antes y durante ocho meses con otro amigo —el médico recién graduado Alberto Granado—, por Chile, Perú, Colombia y Venezuela, y desde este último país decidió regresar a Argentina, en septiembre de 1952, para graduarse de médico.

Tal propósito lo convirtió en realidad después de aprobar catorce asignaturas pendientes en el curso libre, pues había obtenido la nota necesaria en igual cantidad de disciplinas docentes en 1950 y 1951 como alumno regular.

A dicha condición estudiantil se acogió ya que, por sus andanzas nacionales en bicicleta y motocicleta, y sus travesías marítimas como enfermero, no podía asistir a clases, además de que trabajaba

como investigador en la clínica del doctor Salvador Pasani, un especialista argentino en alergia de fama mundial.

Su primer recorrido continental le permitió conocer la realidad política y socioeconómica de esas cuatro naciones latinoamericanas, y, además, adquirir conocimientos de arqueología, así como practicar la especialidad de alergia —la cual le interesaba en el campo de la medicina—, en diversas instituciones sanitarias, entre ellas, el leprosorio peruano de San Pablo.

Guevara, a quien sus amigos llamaban Pelao por su corte de pelo, o Fúser, apócope de Furibundo Serna por su tenacidad y temeridad, conoce a Granado o Mial a través de la práctica del fútbol y el rugby.

Ambos viajaron en una motocicleta marca Norton de 500 centímetros cúbicos de cilindrada, que denominaron La Poderosa Dos, el 4 de enero de 1952, fecha en que dejaron atrás la capital de Argentina, hasta el 25 de julio de 1953, cuando se separaron en Caracas, capital de Venezuela, donde permaneció Mial para laborar como médico-investigador, mientras Fúser retornaba por vía aérea a la patria de San Martín para concluir los estudios de medicina.

Después de atravesar por la Pampa llegaron a la cordillera de Los Andes, y tras cruzarla, se mantienen durante el mes de febrero de 1952 en territorio chileno, para proseguir en marzo de igual año hacia Perú, donde la estancia se prolongó por tres meses, y desde allí llegaron a Colombia por el río Amazonas, hasta arribar en julio a Venezuela.

En su segundo periplo por la región latinoamericana, al despedirse de sus familiares en la estación Retiro, ubicada en la capital bonaerense, donde abordó

el tren internacional Yacuiba-Pocitos, levantó un bol-
són por encima de su cabeza rapada, y gritó:

—¡Aquí va un soldado de América!¹

Un soldado de América

Guevara y Ferrer irrumpieron en La Paz, capital de Bolivia, el 2 de agosto de 1953, en ocasión del Día del Indio y de la Reforma Agraria, fecha en que se promulgó la ley de distribución de tierras entre los campesinos para establecer pequeñas fincas o minifundios, pues los terratenientes explotaban inhumanamente a peones agrícolas como si fueran siervos de la gleba de la época feudal.

Esta distribución de tierras fue una de las principales demandas de los mineros bolivianos, quienes, en abril de 1952, se habían insurreccionado masivamente, y derrotado al ejército con pocas y viejas armas de fuego y cartuchos de dinamitas, porque la casta oligárquica trató de impedir, mediante el fraude electoral, que asumiera el poder el líder del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), Víctor Paz Estenssoro.

Tras la disolución del aparato militar al servicio del Estado monoétnico, se había creado el Ejército de la Revolución con representantes de las clases obrera y campesina, y antiguos militares, y se había fundado la Confederación Obrera de Bolivia (COB), como única central sindical de la nación altiplánica.

¹ Ernesto Guevara Lynch: *Mi hijo el Che*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1988, p. 427. (*Todas las notas son del Autor, excepto las que se señalen.*)

Asimismo se estableció el sufragio universal, se aumentaron los salarios en un 40 %, se congelaron los precios de los productos de primera necesidad, y los alquileres de las viviendas, se decretó el control estatal sobre la explotación de minerales mediante la nacionalización de los yacimientos mineros de los llamados «barones del estaño», como Patiño, Rotschild y Aramayo, y se estableció un sector económico bajo el control del capitalismo de Estado en las esferas básicas de la economía boliviana.

Bien pronto salió a relucir la actitud entreguista y claudicante de la cúpula directriz del MNR ante los chantajes, presiones y amenazas de Estados Unidos para disminuir el precio mundial del estaño, al finalizar la guerra de agresión de la Casa Blanca y el Pentágono contra la República Democrática y Popular de Corea.

Paz Estenssoro se doblegó ante Washington al firmar el Convenio de Asistencia Económica con la administración norteamericana de aquel entonces, para vender estaño a los monopolios yanquis a bajo precio y en cuotas fijadas por ellos.

También fue cómplice de lesivas concesiones a los trusts petroleros estadounidenses, mediante el Código Davenport, que dividió al país sudamericano en zonas petroleras, para beneficiar las inversiones de capitales de Estados Unidos.

Este politiquero boliviano y los otros caudillos del MNR consideraban que la Revolución de 1952 concluía con la desaparición de las reminiscencias feudales en las zonas rurales, la expropiación jurídica de los yacimientos mineros de la «rosca del estaño», el

establecimiento del voto universal y el reconocimiento legal de los idiomas aymará y quechua; entonces encauzaron las riendas gubernamentales a contener con cruenta y sangrienta represión la rebeldía obrera, campesina e indígena, a mantener con lenguaje demagógico la alianza con los campesinos minifundistas, a enriquecerse con malversaciones y peculados para formar parte de la burguesía local, y a plegarse ante la voraz explotación de los monopolios extranjeros de la minería y del petróleo, especialmente norteamericanos.

En los dos primeros periodos gubernamentales del MNR (1952-1960) el poder ejecutivo se arrodilló ante las onerosas exigencias del Fondo Monetario Internacional (FMI), a cambio de recepcionar inversiones foráneas, entre ellas, sobresalieron el cese del control estatal sobre el comercio exterior, y congelar los salarios de los trabajadores, lo que dio lugar a que la COB desatara diversas huelgas.

La paralización de actividades económicas por el proletariado boliviano fue reprimida por las autoridades meneristas que decidieron el desarme de los milicianos obreros y la reactivación del ejército profesional.

La traición de los dirigentes del MNR a los sectores populares se manifestó hasta el extremo de interrumpir sus relaciones diplomáticas con Cuba, obedeciendo órdenes de Washington a través de la OEA, y respaldar el engendro imperialista de la Alianza para el Progreso, que fue un demagógico plan de supuesto desarrollo económico y social para América Latina y el Caribe, con el fin de oponerlo a la Revolución Cubana.

El objetivo fundamental de la Alianza para el Progreso, anunciada a bombo y platillo por el presidente John F. Kennedy desde marzo de 1961, era enfrentar el ejemplo de la Revolución Cubana para así conjurar las rebeliones armadas de los pueblos, como había ocurrido en Cuba contra la tiranía batistiana.

Un mes después de que él informara al mundo sobre la creación de la Alianza para el Progreso, se llevó a cabo la invasión mercenaria por Playa Girón, organizada y financiada por Estados Unidos para destruir la Revolución Cubana, la cual fue aplastada en menos de 72 horas por el pueblo cubano, para asestar la primera derrota militar al imperialismo yanqui en América Latina y el Caribe.

A pesar de esta contundente victoria de los cubanos, la plutocracia norteamericana continuó con su política agresiva hacia la mayor isla de las Antillas, y siguió impulsando la Alianza para el Progreso, la cual presentó en la reunión del Consejo Económico y Social de la OEA, en Punta del Este, Uruguay, en agosto de 1961, donde se aseguró por la delegación estadounidense que se entregarían veinte mil millones de dólares, a partir de la década del 60 de la pasada centuria, como ayuda económica y financiera a las naciones iberoamericanas, la que provendría de fuentes privadas, o de préstamos del FMI, el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

El comandante Ernesto Che Guevara, en su condición de jefe de la representación cubana en ese cónclave, estigmatizó como demagógica y contrainsurgente a la Alianza para el Progreso, y pronosticó el fracaso de la misma.

La prepotencia imperialista del Tío Sam volvió a manifestarse en su criminal afán por aplastar el proceso revolucionario cubano con la Crisis de Octubre, en octubre de 1962, durante la cual la Casa Blanca y el Pentágono amenazaron con desatar una guerra nuclear en el planeta, que puso en peligro de desaparición a la humanidad.

En este histórico momento, en el que el Che comandó las tropas revolucionarias que defendieron la provincia de Pinar del Río, Cuba salió airoso en defensa de su independencia y soberanía enarbolando la bandera de los Cinco Puntos de Fidel, en los cuales se reafirmaba el derecho inviolable del pueblo cubano a su autodeterminación para decidir sobre su futuro, sin injerencia extranjera, y mucho menos del imperio revuelto y brutal del Norte.

Kennedy, quien murió asesinado en el mes de noviembre de 1963, en Texas, por disparos de algunos de los que se habían enrolado en las filas de la contrarrevolución, presionó al máximo a la Organización de Estados Americanos (OEA) para expulsar a Cuba de su seno, lo cual se materializó en la VIII Reunión de Consultas de ministros de relaciones exteriores, efectuado en enero de 1962, en Uruguay.

El sucesor de Kennedy en la Casa Blanca, Lyndon B. Johnson logró, dos años después, que el llamado «ministerio de colonias» en su IX Reunión de Consultas de Cancilleres, celebrada en Washington, aprobara una resolución que obligaba a todas las naciones miembros a romper los vínculos diplomáticos con la pequeña nación, ubicada a la entrada del golfo de México.

Debido al paradigma revolucionario de Cuba, donde una fuerza guerrillera asumió el poder tras derrocar a la sangrienta tiranía de Batista, proliferó en el continente latinoamericano y caribeño, desde la década del 60 de la vigésima centuria, el movimiento guerrillero, especialmente en Nicaragua, Perú, Venezuela, Guatemala y Argentina.

La reacción imperialista no se hizo esperar, y por ello se produjo en Bolivia, en 1964, un golpe de estado dirigido por el entonces vicepresidente de la república, general René Barrientos, el cual, en el poder, se caracterizó por llevar a cabo la contrarreforma agraria, la desnacionalización de los recursos energéticos-mineros, y la sangrienta represión de las masas.

Dos argentinos en la Shangai de América

En su diario de viaje, titulado *Otra Vez* el joven Guevara escribió sobre su primera estancia en la capital boliviana:

(...)La Paz es la Shangai de América... una riquísima gama de aventureros de todas las nacionalidades vegetan y medran en medio de la ciudad policroma y mestiza que marcha encabezando el país hacia su destino.²

En la urbe altiplánica, Guevara visitó junto a Ferrer varias entidades estatales, entre ellas, el Ministerio de Asuntos Campesinos, y de este organismo, en la misma obra, señaló:

(...) es un lugar extraño, montones de indios de diferentes agrupaciones del altiplano esperan turno para

² Ernesto Guevara de la Serna: *Otra Vez*. Editora Abril, La Habana, 2005, p. 62.

ser recibidos en audiencia... cada grupo tiene su traje típico y está dirigido por un caudillo o adoctrinador que les dirige la palabra en el idioma nativo de cada uno de ellos... al entrar, los empleados les espolvorean DDT.³

Hay que destacar que no escapó a la mirada analítica de Guevara las maniobras norteamericanas para frustrar la Revolución de 1952 en Bolivia.

A su amiga Tita Infante, en septiembre de 1953, le aseguró que «Bolivia es un país que ha dado un ejemplo realmente importante a América», y subrayó que (...) el MNR es un conglomerado en el que se notan tres tendencias más o menos netas: la derecha, que está representada por Siles Suazo, el vicepresidente y héroe de la revolución, en el centro, por Paz Estenssoro, más resbaladizo, aunque probablemente tan derechista como el primero, y la izquierda por Lechín, que es la cabeza visible de un movimiento de reivindicación serio.⁴

Con posterioridad, en su artículo «La influencia de la Revolución Cubana en América Latina», al enjuiciar el limitado alcance del proceso revolucionario de 1952 en Bolivia opinó:

(...) era una revolución burguesa muy tímida, muy debilitada por las concesiones que debió hacer su economía totalmente ligada a la economía imperialista y totalmente monoprodutora, pues son exportadores de estaño, y con una burguesía que ha debido ser en parte mantenida por el imperialismo.⁵

³ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 66.

⁴ Sergio Guerra: *Pensar al Che*. Editorial José Martí, 1989, Tomo I, pp. 307-308.

⁵ Sergio Guerra: Ob. cit., T. I, p. 308.

Sin embargo en su libro *La Guerra de Guerrillas*, al valorar las enseñanzas bolivianas de la revolución frustrada, expuso:

Bolivia, la de Morillo, el protomártir de la independencia americana, cedió ante las dificultades terribles de la lucha, a pesar de haberse iniciado dando tres ejemplos que sirvieron fundamentalmente a la Revolución Cubana: la supresión del ejército, la reforma agraria, y la nacionalización de las minas, a la vez fuente máxima de riquezas y máxima fuente de tragedia.⁶

Al cabo de varios días, el Pelao y Calica abandonaron la ciudad boliviana más importante, y una de las de mayor altura en el planeta, pues se ubica a 3400 metros sobre el nivel del mar, para dirigirse a la localidad peruana de Punio, pero en la frontera de Bolivia y Perú les decomisaron varios libros sobre la historia de la Unión Soviética (URSS), y una publicación del primero de esos países porque los califican de rojos.

Aquí no se demoraron mucho tiempo, ya que se encaminaron de inmediato a la ciudadela inca de Machu Picchu, que Guevara había conocido en su periplo anterior con Granado, y en aquel entonces no ocultó su admiración por este sitio sagrado para el imperio incaico.

Por vía terrestre se movieron por varios asentamientos urbanos del norte de Perú, y a bordo de una embarcación marítima arribaron a Ecuador a finales de septiembre de 1953. En Quito establecieron contacto con algunos amigos, quienes los exhortaron a marchar hacia Guatemala para que fueran testigos de lo que se realizaba en beneficio del pueblo en la nación

⁶ Sergio Guerra. Ob. cit., T. I, p. 310.

del quetzal por el gobierno del presidente Jacobo Arbenz, uno de los artífices de la llamada Revolución de Octubre de 1944, que derrocó a la dictadura de Ubico.

Hacia la tierra del quetzal

En carta a su familia, el 15 de enero de 1954, apuntó que «en Guatemala me perfeccionaré, y lograré lo que me falta para ser un revolucionario auténtico».⁷

En esta república centroamericana la oligarquía criolla y el imperialismo norteamericano conspiraban abiertamente para colapsar el proceso revolucionario en el que se había promulgado una reforma agraria en detrimento de los geófagos, especialmente la compañía norteamericana United Fruit, entre cuyos accionistas figuraban el Secretario de Estado, John Foster Dulles y su hermano el jefe de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), Allan Dulles, figuras sobresalientes de la administración del inquilino de la Casa Blanca, Ike Eisenhower.

En otra misiva enviada a su tía Beatriz Guevara, en febrero de 1954, él expuso:

(...) he tomado posición decidida junto al gobierno guatemalteco, y dentro de él, en el grupo del PGT que es comunista, relacionándome además con intelectuales de esa tendencia que editan aquí una revista y trabajando como médico en los sindicatos.⁸

Ante la inminente agresión de apátridas al servicio de Estados Unidos, el galeno argentino se inscribió

⁷ Sergio Guerra: Ob. cit., T. I, p. 312.

⁸ *Ibidem*.

en las Brigadas de Sanidad, y cuando comienzan los ataques aéreos con aviones piloteados por mercenarios contra la capital guatemalteca, y cruza la frontera con Honduras por la localidad de Chiquimula un contingente de elementos contrarrevolucionarios bajo la dirección del coronel Carlos Castillo Armas, Guevara se enroló en las Brigadas Juveniles para enfrentar al enemigo pro imperialista en el frente de batalla, pero el Ministerio de Salud Pública lo destinó a la Casa de Salud del Maestro por su condición de profesional de la medicina.

La artera traición de la alta oficialidad guatemalteca allanó el camino a los cipayos armados por Washington, y provocó la renuncia de Arbenz al sillón presidencial, ya que este había cometido el grave error de no entregar armas a los obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales que apoyaban su programa de transformaciones socioeconómicas de carácter popular.

Al respecto él señaló:

(...) en la noche del domingo 28 de junio, el Presidente Arbenz hizo la insólita declaración de su renuncia, y denunció públicamente a la frutera y a los Estados Unidos como los causantes directos de todos los bombarderos y ametrallamientos sobre toda la población civil (...)

Y calificó la eclosión de la Revolución Guatemalteca como «el destrozo de otro sueño de América».⁹

Al escribir varias líneas a su madre, Celia de la Serna, el 4 de julio de 1954, sobre lo acontecido en Guatemala,

⁹ Ernesto Guevara de la Serna: *América Latina: Despertar de un continente*. Editorial Ocean Sur, La Habana, 2006, p. 75.

resaltó que «la verdad cruda es que Arbenz no supo estar a la altura de las circunstancias».¹⁰

Entonces no le quedó otra opción que asilarse en la embajada mexicana, al igual que otros latinoamericanos, para impedir ser liquidados físicamente por los apóstatas guatemaltecos.

En el tiempo de estancia en Guatemala, laboró en centros asistenciales y se relacionó con varios exiliados latinoamericanos, como el dominicano Juan Bosch, y el venezolano Rómulo Betancourt, quienes años después fueron electos en las urnas como presidentes de sus respectivas naciones.

Igualmente desarrolló relaciones de amistad con asaltantes cubanos de los cuarteles Moncada y Céspedes, el 26 de julio de 1953, especialmente con Antonio Níco López, a través de quien conoció en la capital de México a Raúl Castro, y este lo presentó a su hermano Fidel, joven abogado que en 1948 había participado como combatiente internacionalista en El Bogotazo, en Colombia, y como líder de la Generación del Centenario, había organizado, adiestrado y dirigido a miembros de la misma en esas acciones armadas para así desencadenar la insurrección popular contra la tiranía batistiana.

En la expedición del yate *Granma*

De su primer encuentro con el jefe de los moncadistas precisó el joven revolucionario argentino: «charlé con

¹⁰ Sergio Guerra: Ob. cit., T. I, p. 317.

Fidel toda una noche, y al amanecer, ya era el médico de su futura expedición», y continuó expresando:

(...) en realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y del remate de Guatemala no hacía falta mucho para incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano, pero Fidel me impresionó como un hombre extraordinario.¹¹

Fidel significó del histórico momento que

(...) para un hombre como él no eran necesarios muchos argumentos, le bastaba saber que Cuba vivía en una situación similar, le bastaba saber que había hombres decididos a combatir con las armas en la mano esa situación, le bastaba saber que aquellos hombres estaban inspirados en sentimientos genuinamente revolucionarios y patrióticos... y eso era más que suficiente.¹²

Y acerca del joven argentino, quien desde entonces ya firmaba sus cartas con el nombre de Che, subrayó:

(...) era un estudioso del marxismo-leninismo, autodidacta, muy estudioso, era un convencido... y la vida le fue enseñando, la experiencia de lo que veía por todas partes, así que cuando nosotros nos encontramos con el Che, ya era un revolucionario formado; además, un gran talento, una gran inteligencia, una gran capacidad teórica... a todo esto se unían también condiciones humanas excepcionales, de compañerismo, desinterés, altruismo, valentía personal... claro, eso no lo sabíamos cuando lo conocimos... nos caía bien aquella persona, el argentino —por eso le decían el Che—, que hablaba de las cosas de Guatemala... como él mismo cuenta, hablamos poco

¹¹ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 193.

¹² Heberto Norman Acosta: *Preludio de una leyenda*. Editora Política, La Habana, 2011, p. 134.

tiempo y nos pusimos rápidamente de acuerdo para que formara parte de nuestra expedición.¹³

En el territorio azteca él laboraba como fotógrafo por cuenta propia, y de investigador en algunos hospitales. Allí contrajo nupcias con la exiliada peruana Hilda Gadea, de cuya unión matrimonial nació una niña.

En aquel entonces estaba convencido de que para interpretar la realidad latinoamericana era necesario estudiar a fondo las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Asimismo comprendía que la vía armada era fundamental para que los revolucionarios latinoamericanos y caribeños conquistaran el poder político, y lo manifestó al asegurar que el continente latinoamericano y caribeño sería el principal escenario de sus acciones revolucionarias.

Esto lo reafirmó en 1958, en la Sierra Maestra, al ser entrevistado por el periodista argentino Jorge Ricardo Massetti, cuando el Che formaba parte del Ejército Rebelde en la lucha armada contra la dictadura batistiana.

A las preguntas del reportero radial, respondió: «estoy aquí, sencillamente, porque considero que la única forma de liberar a América de dictadores es derribándolos, y ayudando a su caída de cualquier forma», y resaltó: «yo considero mi patria no solamente a la Argentina, sino a toda América».¹⁴

Él fue uno de los más extraordinarios jefes del pueblo uniformado, como denominó el comandante Camilo Cienfuegos al Ejército Rebelde, cuyos integrantes, en poco más de dos años, derrotaron a las tropas

¹³ Heberto Norman Acosta: Ob. cit., p. 93.

¹⁴ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 189.

batistianas para conquistar el poder, en enero de 1959, bajo la dirección del Comandante en Jefe, Fidel Castro.

Desde entonces, el combatiente internacionalista argentino, quien fue bautizado por sus compañeros de armas como el Che, desempeñó diversos cargos ministeriales, pero no olvidó en ningún momento su firme determinación de continuar combatiendo con las armas en las manos por la segunda y definitiva independencia de América Latina y el Caribe.

Por tal motivo, a la par que cumplía con eficacia y creatividad sus tareas gubernamentales, se dedicó no solo a elaborar teóricamente las estrategias y tácticas de la lucha guerrillera en América Latina y el Caribe sino que diseñó un proyecto de cambios políticos y socioeconómicos en el continente situado desde el río Bravo a la Patagonia. Proyecto que se basaba primeramente en la reforma agraria, y continuaba con la nacionalización de los medios fundamentales de producción mediante procesos revolucionarios, encabezados por la clase obrera en estrecha alianza con el campesinado y otros sectores sociales.

Pocos como el Che consideraban que la única alternativa para transformar la terrible realidad latinoamericana y caribeña, bajo el dominio neocolonial de Estados Unidos, cuyos gobernantes a lo largo de más dos centurias habían convertido a Nuestra América (como denominó el más universal de los cubanos, y el más genial antimperialista del siglo XIX, José Martí, a América Latina) en su patio trasero, con la complicidad de la burguesía nativa, estimulando la extrema acumulación de las riquezas nacionales en una minoría opresora y explotadora al servicio del imperio

más poderoso en lo económico y militar de la historia de la humanidad.

En artículos como «Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana», «La influencia de la Revolución Cubana en América Latina», y «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?», él profetizó que un mundo económicamente distorsionado, políticamente desnaturalizado, y moralmente enajenado por el imperialismo mundial, en especial el norteamericano, era posible aniquilarlo a través de la lucha política y militar de carácter global.

En su «Mensaje a la Tricontinental», en 1965, indicó: (...) no hay fronteras en esta lucha a muerte, no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo, una victoria de cualquier país sobre la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos (...).

Y subrayó:

(...) el ejercicio del internacionalismo proletario no es solo un deber de los pueblos que luchan por asegurar un futuro mejor, además, es una necesidad insoslayable (...).¹⁵

No se debe olvidar que ante el surgimiento de movimientos revolucionarios en América Latina y el Caribe, durante la segunda mitad del pasado siglo, la plutocracia yanqui y las oligarquías locales impusieron regímenes de facto con militares autoritarios y represivos, y enarbolaron la Doctrina de la Seguridad Nacional, la cual fue engendrada desde la década del cincuenta por la política de guerra fría, en aras de impedir la extensión de la ideología comunista.

¹⁵ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 14.

La estrategia combativa del foco guerrillero

La teoría del foco guerrillero del Che significó la ruptura con la concepción en boga de la izquierda latinoamericana y caribeña sobre la transición pacífica del capitalismo al socialismo, que no era excluida por él pero condicionada a que fuera consecuencia y no causa de la toma del poder por las masas.

En el artículo «Táctica y estrategia de la Revolución latinoamericana», él señaló que:

(...) el poder es el objetivo estratégico *sine qua non* de las fuerzas revolucionarias y todo debe estar supeditado a esta gran consigna.¹⁶

Y añadió:

América es hoy un volcán, no está en erupción, pero está conmovida por inmensos ruidos subterráneos que anuncian su advenimiento.¹⁷

Finalizó acentuando:

América es la plaza de armas del imperialismo norteamericano, no hay fuerzas económicas en el mundo capaces de tutelar las luchas que las burguesías nacionales entablaron con el imperialismo norteamericano, y por tanto, estas fuerzas, relativamente mucho más débiles que en otras regiones, claudican y pactan con el imperialismo.¹⁸

Para defender con argumentos irrefutables su estrategia de lucha armada, él expuso con meridiana claridad:

(...) aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción

¹⁶ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 347.

¹⁷ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 348.

¹⁸ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 349.

del ejército opresor, para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente... ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse con el arsenal que brinda su enemigo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.¹⁹

Y preconizó:

(...) la Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.²⁰

Al interpretar objetivamente la posición de los imperialistas norteamericanos ante la gesta de liberación de América Latina y el Caribe indicó:

(...) los yanquis intervendrán por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva... lo harán con todas sus fuerzas, además, castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance... no dejarán consolidarse al poder revolucionario, y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, y tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias.²¹

En el discurso pronunciado ante miembros del Departamento de Seguridad del Estado, en mayo del año 1962, razonó que

(...) cada vez tenemos que estar más hermanados en la lucha, porque es una lucha común, lucha que se expresa

¹⁹ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 355.

²⁰ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 356.

²¹ *Ibidem.*

por ejemplo ahora, en la solidaridad de todos los pueblos con respecto a Cuba porque se está aprendiendo aceleradamente que hay un solo enemigo que es el imperialismo, y aquí en América tiene un nombre: es el imperialismo norteamericano.²²

Para él no había otra forma de eliminar al enemigo público número 1 de los pueblos que con «los tableteos de ametralladoras» para tomar el poder después de destruir el ejército de la oligarquía pro yanqui a través de la lucha guerrillera.

De esta última alertó:

(...) es una lucha lenta, donde las batallas se suceden con una secuencia también muy lenta, donde las dificultades mayores no son la acción directa del enemigo sino la lucha contra la inclemencia del clima, contra la falta de provisiones, contra la falta de medicamentos, la lucha por perforar ideológicamente a las masas campesinas, y la lucha política por incorporar esas masas al movimiento popular.²³

En tal sentido escribió en «Guerra de Guerrillas: un método», que fue publicado en septiembre de 1962 en la revista *Cuba Socialista*, que:

(...) la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar ese tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, armada, dispuesta a desarrollar

²² Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 363.

²³ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 372.

una serie de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder.²⁴

También reveló:

(...) tres aportaciones hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; y son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución: el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.²⁵

En otro artículo titulado «¿Qué es un “guerrillero”?», publicado en el semanario *Lunes de Revolución* el 26 de julio de 1959, el Che acentuó:

(...) la guerra de guerrillas es la guerra del pueblo entero contra la opresión dominante. El guerrillero es su vanguardia armada; el ejército lo constituyen todos los habitantes de una región o un país. Esa es la razón de su fuerza, de su triunfo, a la larga o a la corta, sobre cualquier poder que trate de oprimirlo; es decir, la base y el substratum de la guerrilla está en el pueblo.²⁶

Concluyó insistiendo:

(...) El guerrillero es, además de un soldado disciplinado, un soldado muy ágil, física y mentalmente. No puede concebirse una guerra de guerrillas estática. Todo es nocturnidad. Amparados en el conocimiento del terreno, los guerrilleros caminan de noche, se sitúan en la posición, atacan al enemigo, y se retiran (...).²⁷

²⁴ Ernesto Guevara de la Serna: *Obras 1957-1967*. Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1970, T. I, p. 162.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Ernesto Guevara de la Serna: *Ob. cit.*, T. I, p. 153.

²⁷ Ernesto Guevara de la Serna: *Ob. cit.*, T. I, p. 154.

Es importante para el Che que el pueblo sea el gran núcleo del guerrillero porque aseguró que el accionar de este ha de ser en lugares agrestes y poco poblados, porque es un revolucionario agrario, cuya bandera de combate es la Reforma Agraria, y no duda en recalcar que

(...) El guerrillero es un reformador social. El guerrillero empuña las armas como protesta airada del pueblo contra sus opresores, y lucha por cambiar el régimen social que mantiene a sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria(...).²⁸

Acerca de que la superioridad de la guerrilla se debe basar en la movilidad constante, la vigilancia constante y la desconfianza constante, enfatizó:

(...) Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas.²⁹

En referencia al espacio y el tiempo que corresponde a las guerrillas en América Latina y el Caribe reafirmó que «Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha sangre, innumerables vidas durante largo tiempo».³⁰

No absolutizó la vía armada como la única posible en el ascenso al poder por las masas populares, pero para él no quedaba otra alternativa cuando se agotaban todas las posibilidades de transformaciones sociales.

²⁸ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., T. I, p. 155.

²⁹ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., T. I, p. 175.

³⁰ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., T. I, p. 177.

En su análisis ensayístico «Cuba: excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista» valoró que (...) la real capacidad de un revolucionario se mide por el saber encontrar tácticas revolucionarias adecuadas en cada cambio de la situación, en tener presente todas las tácticas y en explotarlas al máximo.³¹

La consecución efectiva y rápida de los objetivos fundamentales de la lucha guerrillera se debían sostener en la más amplia unidad antimperialista sin sacrificar el programa revolucionario y sin perder de vista al enemigo imperialista y sus aliados, como ocurría en ese momento en Vietnam, y de lo cual, al intervenir, el 20 de diciembre de 1963 en el acto de clausura de la Semana de Solidaridad con ese heroico pueblo asiático, dijo:

(...) allí se están entrenando las fuerzas que un día podrán reprimir a nuestros guerrilleros... allí se están probando las nuevas armas de exterminio y las técnicas más modernas para luchar contra la libertad de los pueblos.³²

A esto sumó que los aportes básicos de la Revolución Cubana al movimiento revolucionario: que las fuerzas populares pueden vencer al ejército profesional con una guerra irregular, y que no siempre hay que esperar a que se presenten las condiciones revolucionarias ya que estas pueden ser creadas por el foco guerrillero.

Tan novedosa concepción estratégica lo condujo a expresar que

³¹ Luis Suárez: *Pensar al Che*. Editorial José Martí, La Habana, 1989, T. I, p. 168.

³² Luis Suárez: Ob. cit., T. I, p. 182.

(...) el deber de los revolucionarios latinoamericanos no está en esperar que el cambio de la correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas, y ¡hacer las revoluciones!

Así como preconizó que «(...) en los países donde todas las condiciones estén dadas sería hasta criminal no actuar para la toma del poder».³³

El Che consideraba que la situación revolucionaria planteada por Lenin para la toma del poder por las fuerzas populares existió entre 1914 y 1918 en Europa, pero no se repetiría mecánicamente en la segunda mitad del siglo xx en América Latina y el Caribe, sino que surgiría con el accionar de la vanguardia revolucionaria, la cual no debe marchar detrás de los acontecimientos históricos y de las masas sino marcar el rumbo, porque como había definido:

(...) el camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas, en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones.³⁴

Al respecto, en su artículo «El Partido Marxista-leninista» sobresale el concepto de que

(...) La misión de los dirigentes y de los partidos es la de crear todas las condiciones necesarias para la toma del

³³ María I. Rauber: *Pensar al Che*. Editorial José Martí, La Habana, 1989, T. I, p. 200.

³⁴ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 202.

poder y no convertirse en nuevos espectadores de la ola revolucionaria que va naciendo en el seno del pueblo (...).³⁵ En las entrañas de dicha ola revolucionaria nacería el foco guerrillero que, como en «Guerra de Guerrillas: un método», definió es «(...) un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable e ineludible para todos los revolucionarios en la conquista del poder político(...)».³⁶

En ese mismo material precisó que eran determinantes en el movimiento guerrillero del continente latinoamericano y caribeño la derrota por la vía armada de los ejércitos profesionales, y que el escenario de los combates debía ser la zona rural, donde la ventaja táctica estaba a favor de los guerrilleros.

En declaraciones al semanario *Revolución Africana* argumentó que «la lucha de la liberación no puede ser solamente una lucha defensiva sino también una lucha ofensiva contra el imperialismo», y resaltó que:

«(...) es necesario formar combatientes en técnicas de guerra irregular para enfrentar al enemigo uniformado», y en cuanto a las armas aclaró que «las armas no existen de por sí, hay que tomárselas al enemigo pero para tomárselas a ese enemigo hay que luchar, y no se puede luchar de frente (...)».³⁷

Él concibió que

(...) La presencia de un foco guerrillero en una montaña cualquiera en un país con populosas ciudades, mantiene perenne el foco de rebelión, pues es muy difícil que los poderes represivos puedan rápidamente, y aún en el curso de los años, liquidar guerrillas con bases sociales

³⁵ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 203.

³⁶ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 209.

³⁷ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 215.

asentadas en un terreno favorable a la lucha guerrillera donde existan gentes que empleen consecuentemente la táctica y la estrategia de este tipo de guerra.³⁸

Sin temor a equivocarse, el Che reafirmaba que, como había sucedido en la Sierra Maestra entre 1956 y 1958, los campesinos apoyarían a los guerrilleros, y nutrirían sus filas cuando se convencieran de que serían beneficiados por ellos.

No vaciló en censurar a quienes renegaban de la lucha guerrillera anteponiéndole la lucha de masas, y sobre esto definió:

(...) La guerra de guerrillas no es como se piensa, una guerra minúscula, una guerra de un grupo minoritario contra un ejército poderoso, no; la guerra de guerrillas es la guerra del pueblo entero contra la opresión dominante (...).³⁹

E insistió en que

(...) El guerrillero es su vanguardia armada, el ejército lo constituyen todos los habitantes de una región o de un país. Esa es la razón de su fuerza, de su triunfo, a la larga o a la corta sobre cualquier poder que trate de oprimirlo (...).⁴⁰

Además de combatir contra el enemigo, el guerrillero ha de realizar acciones de propaganda revolucionaria y de educación política para dar a conocer al pueblo los nobles objetivos de la lucha armada por la conquista del poder en las naciones de América Latina y el Caribe, donde el denominador común de ellas ha sido la explotación neocolonial e imperialista por Estados

³⁸ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 216.

³⁹ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 220.

⁴⁰ María I. Rauber: Ob. cit., T. I, p. 221.

Unidos, y el constante batallar de sus pueblos por la segunda y definitiva independencia, como preconizó el genial patriota cubano, José Martí.

El Guerrillero Heroico siempre aconsejó a los revolucionarios latinoamericanos y caribeños estudiar la realidad continental para conocer mejor la historia común, y los mecanismos de explotación y opresión de las oligarquías locales, aliadas al imperialismo yanqui y, en tal empeño, profundizar en la teoría marxista-leninista que para él no se basaba en fórmulas preconcebidas sino que era un valioso instrumento de orientación, y un extraordinario método de análisis del entorno político y económico.

En relación con la concepción guevarista sobre la continentalidad de la lucha armada al sur del río Bravo, hay que remarcar que su basamento y proyección se erige en la trayectoria combativa y el pensamiento de Bolívar y otros patricios, de quienes dijo:

(...) son producto de nuestra civilización, de nuestro sustrato cultural, producto de todo lo que ha madurado durante años y años [y] han creado este hombre americano que habla prácticamente el mismo lenguaje y que de todas maneras se entiende siempre en cualquier parte.⁴¹

La gesta emancipadora por la independencia en las primeras décadas del siglo XIX fue analizada por él como «la gran revolución libertadora que no logró eliminar el latifundismo, que ha sido desde entonces la base del poder económico de la clase dominante», la cual como ariete de las potencias capitalistas, como Gran Bretaña y Estados Unidos, se hizo cómplice de la recolonización económica de Nuestra América.

⁴¹ Sergio Guerra: Ob. cit., p. 292.

Al enjuiciar las terribles secuelas del colonialismo español cuestionó:

(...) el latifundio, ya como forma de explotación primitiva, ya como expresión de monopolio capitalista de la tierra, se conforma a las nuevas condiciones y se alía al imperialismo, forma las fronteras nacionales, para crear el colonialismo económico, eufemísticamente llamado subdesarrollo (...).

Y calificó a este último como «un enano de cabeza enorme y tórax henchido, cuyas débiles piernas y sus cortos brazos no articulan con el resto de su anatomía». ⁴²

De este fenómeno económico fue partera

(...) la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes, con mayor o menor preponderancia de las estructuras feudales, la cual prohió las dictaduras antinacionales y pro imperialistas, que han asolado como fuerza telúrica el territorio comprendido entre el río Bravo y la Patagonia. ⁴³

Por la libertad del caimán verde del Caribe

Para enfrentar con las armas a una de las peores tiranías antinacionales y pro imperialistas se une el combatiente internacionalista sudamericano a los expedicionarios cubanos, quienes, en su mayoría, dirigidos por el abogado Fidel Castro habían asaltado los cuarteles Moncada y Céspedes. Tras cumplir dos años de prisión, ellos habían sido amnistiados por las exigencias del pueblo al régimen de Batista, entonces

⁴² Sergio Guerra: Ob. cit., p. 296.

⁴³ Sergio Guerra: Ob. cit., p. 297.

se encaminaron hacia México, donde se adiestraron en guerra de guerrillas para desatar el movimiento armado de liberación nacional en las montañas orientales.

En el libro titulado *Un encuentro con Fidel*, del periodista italiano Gianni Mina, el principal líder histórico de Cuba en la segunda mitad del siglo XX, respondiendo a una pregunta de su entrevistador, expresó que el Che le había planteado, desde la primera entrevista, que después del triunfo de la gesta insurreccional en Cuba, no se le impidiera por razones de Estado su incorporación al movimiento guerrillero en su país natal, Argentina.

La concientización de su deber como combatiente internacionalista sobresale al comunicarle a su progenitora, el 15 de julio de 1956 que «(...) después de deshacer entuertos en Cuba me iré a otro lado cualquiera...».⁴⁴

Él fue uno de los fundadores del Ejército Rebelde, el primero de los guerrilleros que fue designado como comandante y jefe de columna por Fidel, en julio de 1957, por sus extraordinarios méritos, entre los que descollaban su valor personal y su capacidad de mando, y como tal, dirigió una de las dos columnas que invadieron la zona central del país para acelerar el derrocamiento de la satrapía batistiana.

Después de la asunción al poder por el pueblo, debido a la lucha armada, cuya génesis fue la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra, el Che asumió diversas funciones gubernamentales como ministro, y

⁴⁴ Heberto Norman Acosta: *Preludio de una leyenda*. Editora Política, La Habana, 2011, p. 166.

otras tareas como dirigente político y jefe militar, e, incluso, como representante de la diplomacia cubana en misiones de alto nivel internacional.

Entre 1959 y 1965 desempeñó varios cargos en la etapa de construcción del socialismo en Cuba, a la par que se consagraba a preconizar la formación del hombre nuevo, así como a ampliar y profundizar sus conocimientos en diversas materias de las ciencias técnicas y humanísticas, además de desarrollar estrechas relaciones con el movimiento revolucionario latinoamericano, caribeño, y de otras partes del mundo, en aras de forjar la lucha anticolonialista y antimperialista para la liberación de las masas.

En diciembre de 1964, comenzó el Che a realizar un recorrido por algunos países africanos, tras pronunciar un discurso en la XIX Asamblea General de Naciones Unidas, en el que hace referencia al Congo (Leopoldville),⁴⁵ donde las potencias imperialistas abortaron el proceso de transformaciones socioeconómicas que llevaba a cabo el Primer Ministro, Patricio Lumumba, quien fue asesinado por traidores lugareños.

En su periplo por el continente africano sostuvo entrevistas con jefes de Estado y de gobierno, para tratar sobre las relaciones bilaterales, y con líderes de movimientos revolucionarios, a fin de abordar el apoyo solidario de Cuba a estos.

En el cuarto mes de 1965 se incorporó a la lucha insurreccional en la provincia congoleza de Kivu,

⁴⁵ Leopoldville era la antigua capital del Congo Belga, nombre dado en honor del soberano de Bélgica, por estar colonizados por ese país. En la actualidad se llama Kinshasa y es la capital de la República Democrática del Congo. *(Nota del Editor.)*

junto a un destacamento de combatientes internacionalistas cubanos, con el propósito de entrenar a guerrilleros congolese y de otras nacionalidades.

Por diversos motivos, entre ellos, la falta de unidad revolucionaria, no se alcanzó lo que aspiraba el Che durante su permanencia de siete meses en el Congo (L). De ahí que él valorara de fracaso la misión internacionalista cubana en ese país africano.

Con el paso del tiempo se demostró que era posible y factible el desarrollo de la vía armada para liberar a las naciones africanas del colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo, y prueba de ello son Angola, Namibia y Sudáfrica.

A finales de 1985, el entonces Segundo Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, general de ejército Raúl Castro, destacó:

(...) más de cincuenta acciones combativas se cuentan en la hoja de servicios de la columna del Che, quien bajo el seudónimo de Tatu se desenvolvió en aquellos nuevos escenarios de lucha con maestría y agudeza táctica y estratégica que hicieran de él un verdadero artífice de la guerra de guerrillas, mas no fue posible reunir y cohesionar a las fuerzas lumumbistas, llegó un momento en que la columna internacionalista combatía sola en un terreno desconocido (...) y, ante tales adversas circunstancias, la columna debió salir de aquel país (...) no fue vencida por el enemigo, pero el objetivo de su misión no pudo cumplirse dada la ausencia de un movimiento patriótico vertebrado con el cual colaborar.⁴⁶

⁴⁶ Jorge Risquet: *Cuba y África. Historia Común de Lucha y Sangre*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 88.

Crear uno, dos y muchos Vietnam

Algunos de los combatientes internacionalistas cubanos, que tomaron parte junto al Che en el movimiento guerrillero del Congo, lo acompañaron después en la epopeya armada en Bolivia, para desde el corazón de América Latina y el Caribe, crear uno, dos o tres Vietnam como había señalado él en el «Mensaje a la Tricontinental».

Ellos y otros más, con experiencia guerrillera en Cuba, se entrenaron durante varios meses de 1966 en la zona pinareña de Cayajabos, donde en septiembre de ese año se les apareció un supuesto español, calvo, canoso, y vestido de traje y corbata.

El combatiente internacionalista cubano, Leonardo Tamayo (Urbano), uno de los sobrevivientes del combate de la Quebrada del Yuro, relató que en el sorpresivo encuentro todos fueron presentados al visitante extranjero por el comandante Raúl Menéndez Tomassevich, y ninguno se dio cuenta de que era el Guerrillero Heroico por su enmascaramiento físico, hasta que el capitán Jesús Suárez Gayol lo descubrió al hablar con acento argentino.⁴⁷

Desde entonces, y durante varias semanas, el Che tuvo a su cargo el entrenamiento guerrillero, y les anunció que la lucha armada sería en Bolivia, porque era una de las naciones más pobres y estaba en el corazón del continente latinoamericano, y que en ella se forjaría el movimiento insurgente desde donde partirían las columnas para distintos territorios, a fin de crear frentes guerrilleros.

⁴⁷ José Mayo: *En la guerrilla junto al Che*. Editorial Gente Nueva, La Habana, 2006, p. 69.

Les explicó que Bolivia no iba a ser la primera en liberarse pues, como no tenía salida al mar, la Revolución podría ser aplastada en ese país altiplánico, y comparó la lucha armada de ese momento con la gesta independentista dirigida por Bolívar y otros patricios en el siglo XIX, la cual fue frustrada por la oligarquía criolla y los neocolonialismos británico y norteamericano.

Él estaba convencido de que en América Latina y el Caribe existían condiciones objetivas para luchar con las armas, y que solo faltaban las subjetivas, entre ellas, líderes como Fidel, sin el cual la Revolución Cubana no hubiera triunfado tan pronto.

El foco guerrillero en territorio boliviano representaría el despertar de la gesta emancipadora continental, prolongada en América Latina y el Caribe debido a las tradiciones combativas de los indígenas altiplánicos, las cuales se expresaron en la etapa colonial con las llamadas «republicuetas» en el siglo XVIII, y con la frustrada Revolución de 1952, también, porque el Partido Comunista Boliviano (PCB) era partidario de la lucha armada para conquistar el poder político, y algunos de sus militantes colaboraron con los guerrilleros argentinos en Salta, y con los peruanos en Puerto Maldonado, en la década del 60 del siglo XX.

Esa organización política boliviana había aprobado en un congreso, efectuado el 25 de julio de 1966, en La Paz, desatar la insurrección popular mediante un alzamiento general y el establecimiento de un foco guerrillero.

El comandante de la boina negra con una estrella plateada precisó a los revolucionarios de varias nacionalidades, los cuales integraron el Ejército de

Liberación Nacional de Bolivia, que ellos no iban a liberar a Bolivia, pues esto correspondía a los bolivianos, sino a desencadenar la guerra antioligárquica y antimperialista, porque ellos no eran el detonador de la misma sino el fulminante para activarla, y precisó que el objetivo principal era conformar las columnas guerrilleras para forjar la independencia latinoamericana y caribeña.

Les advirtió igualmente que la guerrilla no podía afectarse por el sectarismo, sino que era necesario aceptar a todos los que estaban dispuestos a combatir por la justicia social.

El general de brigada (r), Harry Villegas (Pombo), quien estuvo con el Che en las guerrilleras de Cuba, el Congo y Bolivia, reveló que se había elaborado un programa coherente y efectivo para asestar una sorpresa estratégica a Estados Unidos con el foco guerrillero en la nación altiplánica, donde se adiestrarían los soldados revolucionarios que crearían varios Vietnam al sur del río Bravo.

Añadió que el Guerrillero Heroico siempre descollaba por su estoicismo, valor, ética, inteligencia y conciencia revolucionaria, y su pensamiento guerrillero es considerado por especialistas norteamericanos en contrainsurgencia como el más completo y profundo, ya que establece, entre otras cuestiones, que el guerrillero incide en los cambios políticos y socioeconómicos de su entorno, y, a la vez, recibe influencia en su formación moral e ideológica.

Antes de que se estableciera el foco guerrillero en Bolivia bajo la jefatura del Guerrillero Heroico, el secretario general del PCB, Mario Monje (Estanislao), manifestó, a Pombo y a otros combatientes internacionalistas

cubanos, que dicha organización política se había comprometido a incorporar más de una veintena de sus militantes al frente insurreccional.

Dio a conocer que miembros del Comité Central del Partido Comunista de Bolivia no respaldaban la vía armada para la toma del poder político porque en las elecciones legislativas de 1966 los comunistas bolivianos obtuvieron más de treinta y dos mil votos.

A pesar de esta supuesta victoria en las urnas de su organización partidista, él, aparentemente, respaldaría el foco guerrillero con la condición de que estuviera bajo su mando político y militar «(...) porque no se convertiría en un títere de un jefe extranjero (...)».⁴⁸

La región preferida por el Che para realizar las operaciones guerrilleras era el Departamento del Alto Beni porque disponía de las condiciones requeridas para el accionar insurgente, lo que él conoció a través de un estudio *in situ* del intelectual francés Régis Debray.

No obstante, se inclinó a ejecutar la etapa primaria de adiestramiento de los guerrilleros de varias nacionalidades, en especial de los bolivianos, en el departamento de Santa Cruz, porque era una zona tropical con formaciones boscosas, cercana a la Cordillera Oriental de los Andes, poseedora de riquezas petroleras y ganaderas, así como de una población en constante crecimiento por la colonización de tierras.

Aquí se adquirió por el boliviano Roberto Peredo (Coco), uno de los pilares bolivianos de la guerrilla,

⁴⁸ Harry Villegas (Pombo): *Un hombre en la guerrilla del Che*. Editora Política, La Habana, 2008, p. 52.

la finca de Ñacahuazú⁴⁹ con 1300 hectáreas de árboles maderables y un aserradero en la región suroeste del territorio santacruceño, a 250 kilómetros de la ciudad de Santa Cruz, en una zona montañosa de exuberante vegetación, ubicada en un cañón entre las cordilleras y serranías de Pirirenda e Incaguasi.

El 3 de noviembre de 1966 arribó el Che a Bolivia bajo el falso nombre de Adolfo Mena González, un supuesto ciudadano uruguayo que, como enviado especial de la Organización de Estados Americanos (OEA) iba a realizar estudios sobre las relaciones económicas y sociales en las áreas rurales.

En *jeep*, acompañado de los cubanos Alberto Fernández Montes de Oca (Pacho) y de Carlos Coello (Tuma), salió de La Paz hacia Ñacahuazú por la carretera hacia Oruro, a través del altiplano andino con tierras frías y secas, situadas a una altura entre los 3000 y 5000 metros, y en las márgenes del río Grande se les unió, en otro vehículo, el cubano Harry Villegas (Pombo) y el boliviano Jorge Vázquez Viaña (Loro).

Tras atravesar los poblados de Tatarenda, Caragua-tarenda y Gutiérrez se trasladaron hasta Lagunillas, capital de la provincia de Cordillera, en el departamento de Santa Cruz, que en realidad era una aldea con un callejón central, sin calles asfaltadas, cuyos residentes, en su mayoría, parecían mendigos por su mísera vestimenta.

El Che narra en su *Diario de Bolivia* que al arribar el 7 de noviembre de 1966 a la finca Ñacahuazú se hallaban allí varios bolivianos, y después fueron llegando

⁴⁹ También Ñancahuazú, Nacahuazú, o Nacahuasu. Nombre del río cercano al lugar. (*N. del. E.*)

al lugar, conocido como el de la Casa de Calamina, otros de igual nacionalidad y combatientes internacionalistas cubanos y peruanos.

Ellos efectuaron exploraciones para familiarizarse con el terreno, erigieron campamentos, construyeron túneles y cuevas, instalaron una planta de radio, establecieron un observatorio terrestre, abrieron trincheras, comenzaron el estudio de la lengua quechua y practicaron ejercicios de defensa.

En la primera hoja de su obra, antes mencionada, anotó: «Hoy comienza una nueva etapa», y al analizar el mes de noviembre de 1966 apuntó que «el panorama se perfila bueno en esta región donde todo indica que podremos pasarnos prácticamente el tiempo que estimemos conveniente (...)».⁵⁰

En los primeros días de diciembre del mismo año, él se reunió con cerca de una veintena de fundadores de la guerrilla boliviana, y les expuso que la lucha guerrillera en la nación altiplánica requería de diez años o más para vencer al enemigo uniformado al servicio de la oligarquía local y el imperialismo norteamericano, y los exaltó a:

(...) tenemos el privilegio de ser soldados probados, hemos sentido los tiros, hemos pasado todas las pruebas de la vida guerrillera, que son muy duras, y las hemos superado. Somos los autores de una revolución triunfante de modo que nuestra obligación moral es mucho más grande porque nosotros debemos ser verdaderos comunistas, llenos de inmenso espíritu de sacrificio (...).⁵¹

⁵⁰ Ernesto Guevara de la Serna: *Diario del Che en Bolivia*. Editora Política, La Habana, 2006, p. 1.

⁵¹ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 66.

No terminó sus palabras sin antes orientarles que ellos ocuparían

(...) temporalmente posiciones de jefatura para comenzar a formar a los bolivianos, y en general a los futuros cuadros que dirigirán la lucha por la liberación continental. En este país se formarán los cuadros del Ejército de Liberación de Bolivia, y de otros pueblos hermanos, después, del Ejército de Liberación del continente.⁵²

La entrevista del Che con Mario Monje

El último día de 1966 hizo acto de presencia Monje en el Campamento Central, uno de los construidos por los guerrilleros cubanos y bolivianos durante los meses de noviembre y diciembre de igual año, el cual estaba ubicado a 8 kilómetros de la Casa de Calamina, donde se construyeron cuevas y túneles con pico y pala para depositar allí víveres y medicinas, además de instalarse el hospital guerrillero.

En este lugar sostuvo un encuentro con el Che y otros de sus compañeros de armas, y les detalló que las condiciones para que el PCB se identificara con el foco guerrillero eran que el mando político y militar fuera desempeñado por él, y que el Che fuera su asesor, que se rechazaría la incorporación de combatientes de la línea pro china, separados del PCB, y que antes de que él se uniera a la guerrilla realizaría una gira por varios países latinoamericanos y caribeños, a fin de recabar el apoyo de los Partidos Comunistas de esas naciones a la lucha guerrillera en Bolivia.

⁵² Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 68.

El Che no aceptó la propuesta de Estanislao de que fuera su asesor personal en la guerrilla boliviana, porque este no poseía ninguna experiencia en la lucha insurreccional, además de carecer de autoridad y prestigio continental para dirigirla en el territorio altiplánico u otros lugares fuera de las fronteras del mismo.

Le respondió también que era absurda, ilógica y antimarxista su pretensión de mando centralizado en el foco guerrillero de Bolivia, como si fuera un derecho de nacionalidad, y expuso que si Fidel junto a él participara en la lucha armada en Argentina, no dudaría, como argentino, en subordinarse a sus órdenes, porque lo consideraba su maestro en estrategia política y militar.

Aunque el Che trató de convencer a Monje de que no era factible llevar a la práctica sus pretensiones megalómanas, él insistió, alegando que como máximo dirigente del PCB no podía reconocer la jefatura política y militar de un extranjero en Bolivia.

Al darse cuenta de que fueron derrotados por el Guerrillero Heroico sus falsos e inaceptables criterios, Monje le dijo que regresaría a La Paz para renunciar a su cargo en el PCB, y el 10 de enero de 1967 volvería a Ñacahuazú para unirse como simple combatiente a la guerrilla.⁵³

Al concluir la entrevista, el comandante de la Sierra Maestra invitó a Monje a cenar con el tradicional menú cubano de fin de año, y luego este último se reunió con los guerrilleros bolivianos, a quienes incitó a abandonar el lugar porque el PCB no apoyaría el foco

⁵³ José Mayo: Ob. cit., p. 75.

insurreccional ni tampoco mantendría la ayuda económica a los familiares de ellos.

Ninguno hizo caso a las amenazas de represalias de Monje, quien en las primeras horas del día siguiente abandonó el sitio.

De inmediato el Che convocó a sus compañeros de armas para darles a conocer los resultados de su encuentro con Monje, y tildó la actitud de este como egocentrista, ambiciosa, y de cobardía personal y política.

Les recalcó que él no ambicionaba ningún cargo de dirección política o militar en Bolivia, o en el continente latinoamericano y caribeño, sino que aspiraba como revolucionario a colaborar con su experiencia guerrillera en Cuba y el Congo a la creación de varios Vietnam, en aras de conquistar el poder e instaurar gobiernos democráticos y socialistas en beneficio de los pueblos.

El Che hizo hincapié en que no podía permitir que Monje utilizara el foco guerrillero como instrumento de chantaje político, y no como un vehículo para la toma del poder, al igual que había ocurrido en Venezuela y Colombia.

En el mismo campamento en que se efectuó el encuentro entre el Che y Monje, el cual incumplió su compromiso de retornar a la guerrilla para unirse a la misma, el Guerrillero Heroico recibió a finales de ese mismo mes a la joven boliviana, Loyola Guzmán, estudiante de familia humilde y militante de la Juventud Comunista, quien fue la Responsable de Finanzas de la red de apoyo a la guerrilla, y al dirigente minero Moisés Guevara, expulsado del PCB

por mantener una posición pro china, el cual se incorporó con un grupo de compatriotas.

Ella deseaba sumarse a la lucha armada, sin embargo el Che la convenció de que era más útil en la retaguardia urbana, y redactó en la hoja del 29 de enero de 1967 de su *Diario de Bolivia* que «(...) Loyola me hizo muy buena impresión, es muy joven y suave, pero se le nota una cabal determinación».⁵⁴

La primera travesía de por selvas y montañas

Apenas transcurrieron pocas horas del encuentro con una digna representante de la juventud boliviana, para que el Che y otros veinticinco guerrilleros emprendieran una caminata por las zonas de los ríos Grande, Masicuri y Rosita, a fin de adaptarse a las vicisitudes de la vida guerrillera: el hambre, la sed, la falta de sueño y las marchas agotadoras para moldear al combatiente revolucionario, y forjar la formación de bases de apoyo campesino al E.L.N. de Bolivia, aparte de ampliar el conocimiento del territorio explorado para posibles zonas de operación de los insurrectos.⁵⁵

En la agotadora y difícil marcha de los guerrilleros cubanos y bolivianos por más de doscientos kilómetros de ida y vuelta por lugares inhóspitos, a partir del 10 de febrero de 1967, ellos evitaron ser vistos por civiles o por soldados y oficiales del ejército del régimen de Barrientos, para no sostener combates

⁵⁴ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 74.

⁵⁵ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 77.

con estos últimos, lo que descubriría su presencia en territorio altiplánico en el momento que estaban en la etapa de adiestramiento militar.

En la primera decena del segundo mes de 1967 penetraron en la pequeña parcela de tierra del campesino Honorato Rojas, el primero de su clase en contactar con los guerrilleros, y a quien el Che valoró como «(...) incapaz de ayudarnos, pero incapaz de prever los peligros que acarrea y por ello potencialmente peligroso».⁵⁶

Ante un desagradable incidente entre dos guerrilleros cubanos, él determinó analizar con todos los combatientes la penosa situación, y tras criticar duramente a ambos, recalcó que el propósito fundamental del recorrido era acostumar a todos a las carencias materiales de supervivencia humana, así como a la inclemencia del tiempo, y a caminar constantemente a pesar de la fatiga y el cansancio.

Tan pronto el destacamento guerrillero regresó al punto de partida de la extenuante pero necesaria marcha de mes y medio de duración, en la cual perdieron la vida en lamentables accidentes los bolivianos Benjamín Coronado Córdova (Benjamín), al caer al río Grande cuando resbaló en un farallón, y Carlos Vaca Marchetti (Carlos), porque se volcó la balsa en la que él y otros cruzaban el río Ñacahuazú, el Che se entrevistó en el campamento El Oso con el peruano Juan Pablo Chang-Navarro Lévano (Chino), y con el argentino Ciro Bustos (Pelado), ambos integrantes de los movimientos revolucionarios de sus respectivos países, y con el intelectual francés, Régis Debray

⁵⁶ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 95.

(Danton), quien se proyectaba en aquel momento como defensor de la concepción guevarista del foco guerrillero.

Tanto Chang como Bustos se proponían coordinar con el Che la incorporación a la guerrilla boliviana de combatientes de Perú y Argentina, y Debray recibiría orientaciones para divulgar al mundo la estrategia de lucha insurgente del Guerrillero Heroico para alcanzar la segunda y definitiva independencia de América Latina y el Caribe.

La joven revolucionaria argentino-alemana Tamara Bunke (Tania la Guerrillera) viajó en su vehículo con los tres hasta Ñacahuazú, porque Monje se había negado a hacerlo por su abierta oposición a la guerra de guerrillas, lo cual se evidenció al obstaculizar el ingreso de sesenta bolivianos con preparación militar y física para nutrir las filas guerrilleras.

Ella fue censurada por el Che, pues su presencia en el campamento guerrillero significaba la desobediencia a la orden de él, en cuanto a mantenerse al margen de las actividades logísticas en favor de la guerrilla, ya que de ser descubierta por el enemigo se echaba por la borda su labor enmascarada en la red de apoyo urbano a la misma.

Tal como él lo había previsto, el régimen boliviano supo, poco después, la verdadera identidad de Tania, quien había penetrado en pocos años los círculos de poder en Bolivia, pues los cuerpos represivos hallaron su vehículo en el poblado de Camiri, ubicado no muy lejos de la finca de Ñacahuazú, tras producirse el primer combate entre soldados y guerrilleros, el 23 de marzo de 1967.

Días antes, dos bolivianos del grupo de Moisés Guevara habían abandonado la guerrilla, uno de ellos, ex agente de la policía secreta y del servicio de inteligencia militar, quienes informaron a oficiales de la IX División del ejército barrientista, en Camiri, sobre la presencia del Guerrillero Heroico y sus hombres en Ñacahuazú.

Barrientos, al tener conocimiento de esto, solicitó apoyo en contrainsurgencia a Estados Unidos, y coordinó con los cuerpos armados de Argentina, Brasil, Chile, Perú y Paraguay la ejecución de una vigilancia estrecha de las fronteras comunes, para impedir que se nutrieran las filas del foco guerrillero con combatientes internacionalistas de varios países.

Los primeros combates de la guerrilla boliviana

Más de ciento cincuenta uniformados barrientistas fueron sorprendidos por los guerrilleros, quienes les ocasionaron más de una veintena de muertos y heridos, y capturaron a 40 de ellos, además de ocuparles 16 fusiles Máuser, 30 morteros de 60 mm, otras armas y diversos equipos de campaña.

Entre los capturados estaba el mayor Hernán Plata, cuyos subordinados solicitaron a los guerrilleros que este fuera fusilado, ya que los maltrataba de palabra, y denunciaron que tanto este como otros jefes militares los alquilaban como peones en las construcciones de viviendas particulares, y les aplicaban sistemáticamente castigos corporales.

La mayoría de los oficiales bolivianos se apropiaban de los fondos financieros para el avituallamiento de

la tropa, y a consecuencia de ello, por cada 120 reclutas indios o mestizos, se suministraban seis libras de harina como único alimento, y como además no recibían uniformes ni botas, se vestían con su ropa de civiles, debido a esto su moral combativa era baja y se caracterizaban por ser poco locuaces, desconfiados y tímidos.

Por esta trascendental victoria guerrillera, que para el Che fue de fogueo para los combatientes bolivianos, pues se convencieron de que se podía derrotar al ejército barrientista, se determinó por el mando del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELNB) dar a conocer a la opinión pública, mediante el Comunicado nro. 1, elaborado por el Che, el nacimiento de dicha organización guerrillera.

En su texto se informaba sobre los resultados del combate en cuestión, y se sentenciaba:

(...) a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis, y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado.⁵⁷

El régimen barrientista tergiversó esta acción guerrillera, al decir que un grupo de soldados cuando construían un camino entre Lagunillas y Valle Grande habían sido atacados alevosamente por desconocidos de varias nacionalidades con armas automáticas.

En su *Diario de Bolivia*, el Che apuntó:

«(...) las radios siguen saturadas de noticias sobre las guerrillas... estamos rodeados por dos mil hombres en

⁵⁷ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 99.

un radio de 120 km, y se estrecha el cerco, complementado por bombardeos con napalm». ⁵⁸

El 10 de abril de 1967 tienen lugar el segundo y el tercer combates entre las fuerzas insurgentes y la soldadesca barrientista en las zonas de Ñacahuazú e Ipiti.

En estos enfrentamientos armados tomó parte un destacamento de uniformados bajo el mando del mayor Rubén Sánchez, los que sufrieron varias bajas entre muertos y heridos, y otros fueron hechos prisioneros por la tropa guerrillera, compuesta por 24 bolivianos, 16 cubanos, 3 peruanos y 2 argentinos.

A este oficial, al ser liberado a la mañana siguiente, se le entregaron copias del Comunicado nro. 1 para que las hiciera llegar a los medios de prensa, una de ellas la puso en manos de su hermano Gustavo Sánchez, reportero del rotativo *El Diario*.

El histórico documento se publicó el 10 de mayo de 1967 en el periódico *Prensa Libre*, de la ciudad de Cochabamba, y se retransmitió por la radio local. ⁵⁹

Una dolorosa e irreparable pérdida tuvieron los guerrilleros en uno de los dos combates, al morir el cubano Jesús Suárez Gayol (Rubio) con un tiro en la cabeza a causa de su excesiva temeridad frente al adversario militar.

En el Comunicado nro. 2 del ELNB, también redactado por el Che, se expuso con amplios detalles lo relacionado con las dos acciones bélicas, y se precisó que al ejército barrientista se le habían

⁵⁸ Ernesto Guevara de la Serna. Ob. cit., p. 14.

⁵⁹ Adys Cupull y Froilán González: *De Ñacahuazú a La Higuera*. Editora Política, La Habana, 1989, p. 104.

ocasionado 10 muertos, entre ellos, dos oficiales, y seis heridos, que una treintena de ellos se había rendido, entre los cuales estaba comprendido un mayor, así como que se les ocupó numerosas armas modernas y parque.

En ese documento se indicaba, además, que (...) los jefes del ejército están enviando soldados bisoños, casi niños, al matadero, mientras ellos inventan partes en La Paz, y luego se dan golpes de pecho en funerales demagógicos, ocultando el que son los verdaderos culpables de que la sangre corra en Bolivia (...).

Y se añadía: «(...) ahora se quitan la máscara y comienza a llamar “asesores” norteamericanos; así se inició la guerra de Viet Nam que desangra a ese pueblo heroico y ponen en peligro la paz del mundo (...)».

Terminaba llamando a los reclutas:

(...) al iniciarse el combate tiren el arma a un lado y llévense las manos a la cabeza permaneciendo quietos en el punto donde el fuego los sorprendiera; nunca avancen al frente de la columna en marchas de aproximación a zonas de combate; obliguen a los oficiales que los incitan a combatir a que ocupen esta posición de extremo peligro (...).⁶⁰

Posteriormente, los guerrilleros se encaminaron hacia el Campamento Central, el cual todavía no había sido descubierto por el enemigo uniformado, y al hacer un alto en la marcha, el Guerrillero Heroico recordó la vida revolucionaria de El Rubio y convocó a fortalecer el accionar de la guerrilla que estaba necesitada de más hombres.

⁶⁰ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 107.

Hacia Muyupampa para dejar a Debray y Bustos

La jefatura guerrillera decidió dejar en las cercanías del poblado de Muyupampa a Debray y Bustos, y se conoció, por un mensaje transmitido desde La Habana, que el líder de la COB, Juan Lechín, estaba dispuesto a dar a conocer su apoyo a la guerrilla con el envío de hombres a la misma.

El segundo comunicado de ELNB lo entregó el Che a Debray para que lo distribuyera entre los órganos de prensa cuando dejaran la guerrilla para cumplir las tareas asignadas por él.

Una de estas tareas consistía en realizar un estudio de las condiciones socioeconómicas del campesinado en el departamento de Santa Cruz, en cuya zona de Ñacahuazú se organizó el foco guerrillero desde finales de 1966.

A fin de que Debray y Bustos salieran de la zona de operaciones, el Che se encaminó, al frente del destacamento guerrillero, en la segunda quincena de abril de 1967, hacia el poblado de Muyupampa, situado en la carretera de la ciudad de Sucre a la de Santa Cruz.

Antes de alcanzar tal propósito, los guerrilleros penetraron en los caseríos de Bella Vista y de Iti, donde conversaron con sus habitantes, a pesar de que a estos los militares bolivianos los engañaron al decirles que los miembros del ELNB eran mercenarios paraguayos, que violaban a las mujeres, robaban los animales y utilizaban a civiles como mulas de carga.

En el avance hacia dicho asentamiento rural, de tres mil habitantes y un puesto militar con una veintena de soldados, que era la capital de la provincia de

Vaca Guzmán, en el departamento de Chuquisaca, se toparon con el periodista británico chileno, George Andrew Roth, a quien, como agente de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos, se le había encomendado la misión de lanzar sustancias en la zona insurgente para que fueran detectados los combatientes por perros adiestrados, y propalar falsos rumores para sembrar la desconfianza en la población lugareña hacia los guerrilleros.

Este supuesto reportero Roth intentó entrevistar al Guerrillero Heroico, cuyo paradero aún era desconocido por la Casa Blanca, el Pentágono y la CIA, aunque se especulaba por autoridades norteamericanas que se hallaba en Bolivia.

Sin embargo, lo único que obtuvo Roth fueron declaraciones de Guido Peredo Leigue (Inti), uno de los principales jefes guerrilleros de los bolivianos, el cual destacó en su libro *Mi campaña junto al Che*, que este personaje les pareció sospechoso, y que

(...) en su libreta de apuntes traía un cuestionario de preguntas, que, según él, tenía como objeto confirmar los rumores difundidos por el ejército de que el Che estaba con nosotros con el nombre de Ramón.⁶¹

Debray, Bustos y Roth fueron detenidos por una patrulla militar en Muyupampa, y mientras los dos primeros eran encarcelados, el último fue liberado de inmediato, ya que poseía un salvoconducto de altos jefes militares de Bolivia.

Durante el tiempo en que los guerrilleros permanecieron en las inmediaciones de Muyupampa, compraron víveres y medicinas, y se relacionaron con los

⁶¹ Adys Cupull y Froilán González: Ob. cit., p. 129.

campesinos, así como establecieron contacto con ellos el subprefecto, el médico y el cura de esa pequeña urbe rural, el 20 de abril de 1967, los que les prometieron entregarles diversos avituallamientos a cambio de que no atacaran el cuartel del ejército.

De este momento, precisó Inti:

(...) una delegación que nos ofreció Paz de Tipo nacional, y nos rogó que no atacáramos Muyupampa porque el ejército estaba atrincherado, y no queremos derramamiento de sangre.

Inti les contestó que

(...) nosotros estamos peleando para que los pobres no sean más pobres y los ricos más ricos, y estamos combatiendo por el progreso del pueblo, para que no haya más hambre, y tanta miseria.⁶²

Al finalizar el intercambio de criterios contrapuestos sobre la realidad boliviana, Inti les expuso que no tomarían la localidad ubicada entre Sucre y Camiri si les suministraban víveres y medicinas, a lo que accedieron sus interlocutores, pero al poco rato de concluir el diálogo entre las dos partes, aviones de la fuerza aérea boliviana bombardearon y ametrallaron a los guerrilleros, quienes se retiraron del lugar con rumbo al caserío de Taperillas, donde fueron bien recibidos por los residentes, y en una carretera cercana detuvieron camiones con mercancías, pagaron su valor de venta, y salieron de allí en un pequeño vehículo, y en caballos.

Por el hostigamiento del ejército boliviano, no lograron reencontrarse con el grupo dirigido por el cubano Vitalio Acuña (Joaquín), cuyos integrantes permanecían

⁶² Adys Cupull y Froilán González: Ob. cit., p. 161.

en la zona de Bellavista porque estaban enfermos: la argentino-alemana Tamara Bunke Bider (Tania) y el cubano Gustavo Machín Hoed de Beche (Alejandro), y junto con ellos para protegerlos y, además, mantener bajo vigilancia a cuatro bolivianos separados de la guerrilla, el cubano Israel Reyes Zayas (Braulio), y los bolivianos Apolinar Aquino Quispe (Polo), Freddy Maymura Hurtado (Ernesto), y Moisés Guevara Rodríguez (Moisés).

De Muyupampa los 27 guerrilleros bolivianos, cubanos y peruanos, bajo el mando del Che, se enrumbaron hacia Ticucha, y durante la marcha por Taperillas, Tapera y Llerena recibieron muestras de apoyo de varios campesinos en el suministro de alimentos.

En relación a esto el cubano Eliseo Rodríguez Reyes (Rolando) especifica en su Diario:

(...) el Che señala que en esta área están los campesinos entre los cuales debemos establecer nuestra base. Explica que esta vez estemos en contacto con muchos más campesinos; que debemos tener presente que su primera reacción sea al comienzo poco favorable a la guerrilla y que algunos hasta informen al ejército de nuestra presencia. Nos aconseja que los tratemos cuidadosamente y que nos ganemos su confianza (...).⁶³

Como se conocía por las autoridades altiplánicas y sus asesores yanquis en contrainsurgencia —en su mayoría veteranos de la guerra de agresión de Estados Unidos contra Viet Nam—, que el jefe principal de la guerrilla boliviana era llamado Ramón, se determinó por el Che cambiarse el nombre por el

⁶³ Adys Cupull y Froilán González: Ob. cit., p. 188.

de Fernando, a propuesta de Eliseo Reyes Rodríguez (Rolando o San Luis).

Este joven, oriundo del municipio oriental de San Luis, y quien se unió al Ejército Rebelde cuando era un adolescente de 15 años de edad, sobresalía por su disciplina y valentía, y por ello el Che le asignaba las acciones combativas más riesgosas y complicadas.

En una emboscada, que tuvo lugar el 25 de abril de 1967, Rolando, al frente de varios guerrilleros, se situó en la posición más peligrosa, ya que estaba a la salida de una curva frente al camino, y murió por los proyectiles de una ametralladora calibre 30 que le perforaron la vena femoral y causaron su desangramiento a pesar de que el Che y otros guerrilleros le prestaron atención médica de urgencia.

Sobre la caída en combate de uno de sus más valiosos jefes apuntó en su *Diario en Bolivia*, que era un hombre de grandes cualidades humanas, cuya formación revolucionaria estuvo marcada por su influencia desde la Sierra Maestra.

También en la hoja correspondiente al 25 de abril de 1967 recalcó:

(...) hemos perdido el mejor hombre de la guerrilla, y naturalmente, uno de sus pilares, compañero mío desde que, siendo casi un niño, fue mensajero de la columna 4, hasta la invasión y esta nueva aventura revolucionaria; de su muerte oscura solo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar: Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma.⁶⁴

⁶⁴ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 191.

Otra vez se enfrentaron a uniformados barrientistas el 8 de mayo de 1967, en Iquiri, y les causaron varios muertos, uno de ellos fue el subteniente Henry Laredo, en cuyo *Diario de Guerra*, que fue hallado en su mochila junto a varias cartas, refería la baja moral combativa de los soldados, clases y oficiales barrientistas, en tanto en una de esas misivas, suscrita por su esposa, esta le pedía la cabellera de un guerrillero para adornar la sala de la vivienda de ambos.

Al día siguiente de este último choque armado, el Che preparó el Comunicado nro. 3 del ELNB, en cuyo contenido se explicita que

(...) dejamos expresa constancia de que el ELN de Bolivia es el único responsable de la lucha armada en que encabeza a su pueblo, y que no podrá acabar sino con la victoria definitiva.

Desde principios de la segunda quincena del mes de mayo de 1967 él enfermó gravemente por la falta de medicinas contra el asma, y fue trasladado en camilla hasta la cima de una pequeña montaña, donde se negó a permanecer varios días para reponerse de su padecimiento, y entonces ordenó cruzar la carretera de Camiri a Santa Cruz, a fin de tomar los poblados de Caraguatarenda e Ipitacito para aprovisionarse de víveres y medicamentos.

Antes y después de este momento fue afectado por crisis asmáticas en varias ocasiones, pero nunca decayó su férrea voluntad de no dejarse vencer por el malestar físico, pues siempre se exigía más a sí mismo, a tal grado, que aunque sintiera dificultades en respirar era el primero en avanzar, y de vez en cuando había que darle masajes en la espalda para que no se ahogara por falta de aire.

En cierta ocasión se golpeó con una piedra uno de los tobillos, pues andaba descalzo por falta de botas, y como este se inflamó y le era doloroso apoyar la pierna para caminar, entonces montó en uno de los caballos que cargaban víveres y armas, pero no tuteó en continuar a pie porque ese animal se sacrificó para garantizar la alimentación de la tropa insurgente.

La guerrilla trató de evitar los enfrentamientos armados con el ejército, ya que las bajas mortales de sus integrantes no podían ser sustituidas con nuevos combatientes, pero los choques armados no se eludían si eran necesarios e inevitables, y mucho más cuando el escenario resultaba favorable para lograr la victoria.

Entre marzo y mayo de 1967, los guerrilleros ocasionaron 50 bajas a las fuerzas barrientistas, y les hicieron un mayor número de prisioneros, además de ocuparles gran cantidad de armas, parque, ropa y alimentos, dando lugar a que la soldadesca del régimen de La Paz estuviera desmoralizada, lo que contrastaba con la alta moral combativa, la agresividad y la temeridad de los insurgentes.⁶⁵

Los hombres de campo no se suman a la guerrilla

El ingreso de campesinos u obreros agrícolas o pecuarios al foco guerrillero después del surgimiento del ELNB, en marzo de 1967, no se materializa a causa de la sangrienta represión del régimen de Barrientos contra ellos y sus familiares y amigos,

⁶⁵ Adys Cupull y Froilán González: Ob. cit., p. 240.

las delaciones de militares disfrazados de civiles, u otros mercenarios infiltrados en las zonas guerrilleras, pero numerosos hombres y mujeres de campo, aunque con temor ante las represalias gubernamentales, ofrecieron desinteresadamente su colaboración a quienes se arriesgaban a morir en combate por la liberación de Bolivia y otras naciones del yugo oligárquico imperialista.

En el «Resumen» del mes de mayo de 1967 aparece escrito en el *Diario del Che*: «(...) la falta completa de incorporación campesina aunque nos van perdiendo el miedo y se logra la admiración de los campesinos».⁶⁶

A principios de junio de 1967 se impuso el estado de sitio en la nación altiplánica, para impedir que se extendiera la base de apoyo popular a la guerrilla del Che, y, sin embargo, no lejos del caserío de Abapo, situado en el encuentro de los ríos Mosquera y Oscuro, los insurrectos establecieron contacto con el campesino Paulino Baigorria, quien fue el primero que manifestó su decisión de unirse al ELNB, pero el Guerrillero Heroico le asignó importantes misiones para restablecer las relaciones entre ellos y la red urbana de apoyo.

Este campesino sirvió de guía, y, además, desenmascaró a varios espías al servicio del régimen de facto de Bolivia, los cuales fueron apresados por los guerrilleros y, tras ser advertidos de que si reincidían en sus censurables actividades serían sancionados, se les puso en libertad.

A Baigorria se le confió la distribución de copias de los cuatro comunicados del ELNB a medios de prensa,

⁶⁶ Ernesto Guevara de la Serna: Ob. cit., p. 234.

y en el último de estos se reiteró las denuncias contra las falsedades que sobre la guerrilla habían divulgado las autoridades barrientistas.

En cuanto a la presencia en Bolivia de combatientes internacionalistas de varias nacionalidades, en el documento en cuestión se indicaba:

(...) todo hombre que lucha con las armas en la mano por la libertad de nuestra Patria merece, y recibe, el honroso título de boliviano, independientemente del lugar donde haya nacido (...) así interpretamos el auténtico internacionalismo proletario (...).⁶⁷

En los últimos días del primer semestre de 1967 los guerrilleros sostuvieron un fuerte intercambio de disparos con el enemigo uniformado, donde el cubano Carlos Coello (Tuma o Tumaini) fue herido de gravedad en el vientre, más tarde falleció en la vivienda de un campesino del lugar, mientras era operado por guerrilleros con conocimientos médicos, entre ellos el Che, para quien este era como un hijo, pues se vinculó a él desde que era un adolescente en la Sierra Maestra.

En los días posteriores a la desaparición física de Tuma, él manifestaba su dolor y tristeza por la pérdida de su entrañable amigo cubano, al decir a algunos de sus compañeros de armas que escuchaba su voz entre el murmullo de todos los demás.⁶⁸

En esta acción bélica fueron hechos prisioneros varios militares, los cuales se liberaron horas después en calzoncillos, a espaldas del Che, quien al conocer esto lo criticó porque alegaba que no se debía lacerar

⁶⁷ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 139.

⁶⁸ José Mayo: Ob. cit., p. 99.

la dignidad de ningún ser humano, aunque fuera el peor enemigo.

Es necesario indicar que en esa etapa los guerrilleros estaban sometidos a un desgaste paulatino de sus fuerzas, no solo en cantidad sino también en calidad, y atravesaban un momento de aislamiento, pues no existía el apoyo logístico.

En otra parte de sus palabras el Che insistió en la necesidad imperiosa de reencontrarse con el grupo de Joaquín, y sometió al análisis de todos los errores tácticos cometidos en la más reciente emboscada, donde no hubo la preparación adecuada de las posiciones de los guerrilleros ni tampoco de los caminos ocultos para su retirada.

Para él los guerrilleros aplicaban la agresividad hasta la extrema audacia y temeridad, pero sin observar la prudencia al sorprender en las emboscadas al enemigo, lo que provocaba lamentables pérdidas en sus filas, y enfatizó que la guerra de guerrillas no era una guerra de cojones sino de valor y habilidad, y esta última era decisiva en la victoria final.

No dejó de referirse a las experiencias guerrilleras de los vietnamitas, las cuales orientó adaptarlas al entorno boliviano pues estos últimos utilizaban el método de derrotar lo mucho con lo poco para mantener a raya al ejército norteamericano, el mayor y más poderoso del mundo.

Por último, les comunicó que impartiría a sus compañeros de armas una mayor cantidad de instrucciones sobre táctica guerrillera, y les ordenó utilizar al máximo los explosivos, al igual que lo había hecho el Ejército Rebelde en la gesta insurreccional contra la tiranía batistiana a través de minas antipersonales,

las cuales no solo provocaban bajas físicas al enemigo sino que lo debilitaban moralmente, y por tanto eran un arma letal, tanto en el terreno bélico como en el psicológico.

La masacre de mineros por soldados bolivianos

Por la radio boliviana el grupo insurgente se enteró de lo que ocurría en los yacimientos mineros, donde se había impuesto el estado de sitio desde la primera semana de junio de 1967, debido a que los trabajadores de Huanuni manifestaron su solidaridad con la gesta guerrillera y acordaron donar un día de haber para la misma a fin de adquirir armas y parque, y una veintena de ellos decidieron unirse al foco guerrillero.

Esta medida represiva del régimen barrientista no intimidó a los mineros sino que los compulsó a declarar el estado de urgencia, a considerar como territorios libres a sus lugares de trabajo y a suscribir un pacto de defensa con el estudiantado.

Ante la rebeldía de los mineros, las autoridades gubernamentales de la república altiplánica ordenaron al ejército y a la policía cometer la horrible masacre de los obreros y familiares en Huanuni, Siglo XX y Catavi, en la noche del 14 de junio de 1967, durante la fiesta de San Juan, con un saldo de 87 muertos, entre ellos, mujeres y niños, y los hombres que hicieron público su valiente determinación de unirse a los guerrilleros.

La sangrienta matanza de los residentes en estos tres asentamientos mineros motivó que el Guerrillero Heroico confeccionara el Comunicado nro. 5 del

ELNB, en cuyo texto se censuraba el derramamiento de sangre de los trabajadores del subsuelo y sus familiares, se estigmatizaba a los pregoneros de la lucha de masas, y se concluía resaltando que «(...) las guerrillas del ELNB te esperan con los brazos abiertos, y te invitan a unirse a los trabajadores del subsuelo que están luchando a nuestro lado».⁶⁹

En su peregrinar por selvas y montañas, en correspondencia con la táctica de moverse constantemente para evitar el cerco militar, los guerrilleros siguen recibiendo la generosa colaboración de los campesinos, pero estos aunque existían suficientes armas no se unían a ellos, como había sucedido en la guerra de liberación nacional en Cuba.

En una zona cercana al río Piojera hicieron un alto, porque se agravaba el estado de salud del Che a causa del asma, y allí se mantuvieron algún tiempo hasta que, sin reponerse de su malestar, él ordenó reanudar la marcha. Entonces se acordó que algunos se dirigieran hacia la ciudad de Samaipata, capital de la provincia de Florida para tratar de abastecerse de víveres y medicinas.

Él se negó a que se tomara dicho lugar para localizar el medicamento que mejoraría su salud, porque no veía con buenos ojos que por tal razón se arriesgara la vida de sus compañeros de armas, pero fue convencido por ellos cuando le argumentaron que eran necesarias diversas medicinas para otros guerrilleros.

Tres combatientes bolivianos, dos cubanos y un peruano viajaron en una camioneta hacia Samaipata,

⁶⁹ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 149.

donde compraron varios productos alimenticios y farmacéuticos ante la presencia de varias personas, que observaron la detención del teniente-jefe del cuartel militar, con quien fueron hasta la instalación castrense en la que penetraron después de que este oficial diera la contraseña.

El balance de esta acción guerrillera fue positivo, ya que se había ocupado una capital provincial y se requisaron varias armas, así como se halló un mapa con detalles sobre la ruta de los insurgentes del ELNB.

Al retirarse de Samaipata los guerrilleros llevaron consigo a soldados prisioneros, quienes fueron liberados en calzoncillos a un kilómetro de distancia de esa localidad rural, sin consultarlo con el Che, quien volvió a criticar esto porque estimaba que era una afrenta a la dignidad de cualquier persona aunque fuera el adversario militar.

Durante el camino escucharon por la radio local, que no muy lejos del sitio donde avanzaban, en la zona del río Iquiri, se había registrado un choque armado del ejército boliviano con el grupo de Joaquín, donde murió el boliviano Serapio Aquino (Serapio), porque al ser sorprendido por un descuido personal, avisó a los otros guerrilleros de la emboscada enemiga.

Entonces el Che ordenó encaminarse hacia allí para el reencuentro de ambos grupos, los cuales estaban separados desde el mes de abril.

En las inmediaciones del caserío de Piray y durante un momento de descanso, él manifestó su apreciación de la crisis política que atravesaba el régimen de Barrientos, y la amenaza de un golpe de estado contra

este por el jefe del ejército, general Alfredo Ovando, pero aseguró que tal acto ilegal no era lo más peligroso para el futuro de Bolivia sino que el secretario general de la Confederación Obrera de Bolivia (COB), Juan Lechín, a quien calificó de seudorevolucionario, asumiera el poder por su prestigio político basado en una trayectoria pública cimentada en la demagogia y la politiquería.

Su audaz y objetiva interpretación de la realidad boliviana en ese histórico instante, le hizo redactar en su *Diario*, que lamentaba no contar con cien combatientes más para desestabilizar al régimen boliviano, el cual se estaba estremeciendo y debilitando por el accionar bélico de un pequeño grupo de guerrilleros bolivianos y de otras nacionalidades.

Tal valoración sobre la realidad boliviana tiene lugar pocas semanas antes de que se cumplieran 14 años del asalto a los cuarteles Moncada y Céspedes por integrantes de la Generación del Centenario bajo la dirección de Fidel, que fue un revés militar pero marcó el inicio de la gesta insurreccional del pueblo cubano contra la tiranía batistiana al servicio del imperialismo yanqui.

El 26 de julio de 1967, el Che evocó, cerca del río Suspiro, la significación de esta memorable fecha para la historia de Cuba y de América Latina y el Caribe porque representaba el despertar de los pueblos a su segunda y definitiva independencia.

Cuatro días después, casi al anochecer, el pelotón de vanguardia escogió un sitio inapropiado para acampar, entonces el Che, al observar la peligrosidad del lugar, ordenó abandonarlo antes de que

amaneciera para encaminarse hacia la vivienda de Baigorriá, pero en horas de la madrugada fueron descubiertos por efectivos del regimiento Trinidad.

La precipitada retirada de los guerrilleros fue aprovechada por 170 soldados y oficiales bolivianos, quienes con sus proyectiles dieron muerte al boliviano Raúl Quispaya Roque (Raúl), hirieron gravemente al cubano José María Martínez Tamayo (Ricardo o Papi), y le causaron heridas leves al cubano Alberto Fernández Monte de Oca (Pacho o Pachungo).

Alrededor de las diez de la noche de tan fatídico día, expiró Ricardo, quien antes de fallecer dijo a su hermano René Martínez Tamayo (Arturo) que su último deseo era que «el Che no tuviera que llamarle la atención por ningún acto de indisciplina, y que si le tocaba caer en combate lo hiciera peleando como lo hacen los verdaderos revolucionarios».⁷⁰

Apenas amaneció, el Che dijo a sus compañeros de armas que los errores tácticos cometidos por ellos en el último combate, trajeron el lamentable resultado de dos guerrilleros muertos y otro herido, así como la pérdida de once mochilas con víveres, medicinas y valiosos documentos, e insistió nuevamente en evitar saldos negativos para la guerrilla en futuros enfrentamientos con el ejército boliviano.

No obstante que la sistemática persecución de la soldadesca barrientista provocaba la disminución del número de combatientes guerrilleros, y que no mejoraba la salud del Che por la falta de medicinas contra el asma, no decaía la moral combativa de ellos.

⁷⁰ José Mayo: Ob. cit., p. 103.

En ese entonces se registraron algunos penosos incidentes entre los insurrectos, lo que motivó que el Guerrillero Heroico, a pesar de que apenas podía sostenerse de pie por el deterioro de su salud, señalara a los pocos miembros del ELNB que «este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres». ⁷¹

En la primera quincena de agosto de 1967, oyeron por la radio boliviana que en la zona de Monteagudo se habían registrado combates entre las partes beligerantes, lo cual hizo pensar al Che que el grupo de Joaquín estaba con vida, aunque perseguido con saña por el ejército boliviano mientras se dirigían hacia los campamentos guerrilleros, a fin de reencontrarse con el resto de la tropa rebelde, sin saber que estos lugares habían sido descubiertos por el enemigo castrense.

Entonces el Che tomó la decisión de escoger el rumbo de su exigua tropa hacia la zona de Muyupampa, por las márgenes del río Grande.

Al transitar por el área original de la guerrilla boliviana en Ñacahuazú, detectaron huellas y otras evidencias de la presencia de soldados barrientistas, como se lo habían informado varios campesinos, lo cual a juicio de él era un factor positivo desde el punto de vista psicológico para el enemigo uniformado, ya que ese territorio era considerado como botín de guerra.

Tras varios días de marcha incansable evitando los encuentros con la soldadesca barrientista llegaron el 1° de septiembre de 1967 a la vivienda del campesino

⁷¹ Harry Villegas (Pombo): Ob. cit., p. 169.

Honorato Rojas, quien el día anterior había conducido alevosamente al grupo de Joaquín, jefe del pelotón de la retaguardia, compuesto por cinco combatientes bolivianos, tres cubanos, un peruano y una argentino-alemana, en su mayoría enfermos, al vado de Puerto Mauricio, donde fueron masacrados por el ejército mientras cruzaban la corriente de agua.

Este individuo fue el primero que estableció contacto con los guerrilleros, el 10 de febrero de 1967, pero su marcado interés por el dinero y otras manifestaciones individualistas despertaron la desconfianza del Che, lo que se comprobó con su criminal traición al pequeño destacamento de Joaquín, segundo jefe de la guerrilla boliviana, a cambio de la cual recibió una condecoración gubernamental, el grado de sargento, un pedazo de tierra y cierta cantidad de dinero por las autoridades de La Paz, si bien años después fue ajusticiado por un comando del ELNB.

El hostigamiento del ejército barrientista, asesorado por especialistas yanquis, obstaculizó el reencuentro de ambos grupos guerrilleros durante casi cuatro meses, y generó el lamentable desenlace en el vado de Puerto Mauricio, aunque otros guerrilleros ya habían perecido en choques armados, como el cubano Antonio Sánchez Díaz (Marcos), y los bolivianos Serapio Aquino Tudela (Serapio o Serafín) y Antonio Jiménez Tardío (Pedro).

Cuando el Che y sus hombres arribaron a la finca de Rojas no lo hallaron ni tampoco a su esposa e hijos, pero vecinos cercanos les informaron que estaban en Valle Grande porque el jefe del núcleo familiar había sido mordido por un felino.

Por la Higuera hacia la Quebrada del Yuro

De la finca de Rojas partieron el Che y sus hombres hacia los caseríos montañosos de Alto Seco, Pujío y Alto Beni, en los que fueron acogidos por sus residentes, y a quienes les hablaron sobre los objetivos de la lucha armada.

Al concluir este periplo serrano guiaron sus pasos hacia el caserío de La Higuera para desde allí seguir por la senda hacia Pucará, en la cual se quedarían en un lugar seguro los enfermos, y luego seguirían hacia Valle Grande, ya que el Che había determinado tomar el cuartel de esa pequeña ciudad, donde radicaba la Octava División, y así trasladar la zona de operaciones guerrilleras al departamento de Chapare, o al de Alto Beni, donde existían mejores y favorables condiciones para la recuperación, en alrededor de dos meses en el monte, del movimiento insurgente, así como de restablecer el contacto con la red urbana de apoyo e incorporar nuevos combatientes a fin de continuar la lucha guerrillera en zonas de mayor desarrollo político del campesinado.

Sin detenerse en La Higuera, en el andar hacia el destino antes indicado, la vanguardia guerrillera cayó en una emboscada de la soldadesca barrientista en la Quebrada del Batán, donde perecieron los bolivianos Roberto Pereda Leigue (Coco) y Mario Rodríguez Arcaja (Julio), y el cubano Manuel Hernández Osorio (Miguel), y resultó herido el cubano Dariel Alarcón Ramírez (Benigno), por lo cual el Che determinó que permanecieran ocultos durante varios días pues conoció por la radio local que más de dos mil efectivos

militares participaban en el cerco a una docena de guerrilleros.

Dos desertores bolivianos, quienes habían huido en el combate de la Quebrada del Batán, ofrecieron numerosos detalles sobre el pequeño grupo de guerrilleros encabezados por el Che, lo que facilitó la persecución contra ellos.

Cuando aparentemente había disminuido el intenso movimiento de los uniformados barrientistas, el Che ordenó, en el horario nocturno, ir hacia la Quebrada del Yuro, ubicada a poca distancia, adonde llegaron después de vencer numerosos obstáculos del terreno, entre ellos, saltar por encima de la parte superior de un hoyo de agua de gran altura. El primero en hacerlo fue él, a pesar de estar convaleciente.

Al arribar a esta zona montañosa de 300 metros de largo, en la madrugada del 8 de octubre de 1967, el Guerrillero Heroico ordenó descansar ocultos en la vegetación.

Si hubieran continuado avanzando podrían haber burlado el cerco militar, pero las deplorables condiciones físicas de los enfermos obligó al Che a detenerse allí para ocultarse en la vegetación.

Antes del amanecer orientó la realización de exploraciones y situó a sus hombres en la trinchera central, y en los flancos izquierdo y derecho para enfrentar el ataque enemigo.

Él dio instrucciones de que, de acuerdo a como avanzara el ejército boliviano, se retirarían los guerrilleros por diferentes lugares, y si no eran descubiertos, entonces romperían el cerco por la noche para alejarse lo más rápido posible, aprovechando la oscuridad,

hacia el río Piraypani, y de allí continuar hasta Valle Grande.

Sin perder tiempo, ordenó al boliviano Jaime Arana Campero (Chapaco), al peruano Lucio Galván Hidalgo (Eustaquio), y al cubano Octavio de la Concepción de la Pedraja (Moro), que se alejaran del sitio, pues por enfermedad no poseían la capacidad física para enfrentar al enemigo, y protegidos por el boliviano Francisco Huanca Flores (Pablo) evadieron a la soldadesca antes de que se detectara las posiciones de los guerrilleros, pero cuatro días después fueron masacrados en el río Mizque.

A la una y treinta de la tarde comenzó el decisivo combate, después de que el Che había garantizado la evacuación del lugar de tres guerrilleros enfermos, de varias nacionalidades. El combate concluyó cuando otros dos guerrilleros cubanos murieron y otro de igual nacionalidad fue herido de gravedad a consecuencia de la explosión de una granada de mano en la posición que el Che comandaba. Allí él fue herido en una pierna, sin poder caminar ni disponer de proyectiles para su pistola, pues su fusil fue inhabilitado por disparos del enemigo.

Entonces determinó retirarse loma arriba, montado en la espalda del boliviano Simeón Cuba Sanabria (Willy), hacia la zona de El Naranjal, que era el lugar de reencuentro de los guerrilleros, fijado por él antes del choque armado.

En un momento de descanso para curar su herida en la pierna fue descubierto por casualidad por varios soldados. Uno de sus captores trató de golpearlo con el arma, pero Willy increpó al agresor dándole a conocer que su posible víctima era el Che.

A ambos los condujeron con las manos amarradas hasta la escuelita de La Higuera, adonde trasladaron igualmente a Pacho con heridas de gravedad, hasta que murió desangrado porque no le prestaron ninguna asistencia médica, y al peruano El Chino, el cual también fue hecho prisionero por la soldadesca.

Otros tres combatientes bolivianos, e igual número de cubanos, al cesar el fuerte tiroteo en la Quebrada del Yuro, estimaron que el ejército barrientista se había retirado de allí, y decidieron ir hacia el sitio orientado por el Guerrillero Heroico para reencontrarse, pero antes pasaron por la trinchera, donde habían dejado al Che, y en la cual encontraron varias mochilas y otros objetos, lo que les hizo pensar que este y otros compañeros de armas habían logrado burlar el cerco militar.

Entonces se encaminaron hacia El Naranjal después de ascender las elevaciones cercanas hasta un área rocosa desde donde vieron, al amanecer del 9 de octubre de 1967, un jolgorio de militares bolivianos acantonados en La Higuera.

Cerca del mediodía de ese día escucharon por la radio local que el Che estaba en manos del ejército de Barrientos, pero no dieron crédito a la noticia porque durante la campaña insurgente el régimen de La Paz propalaba con frecuencia falsas informaciones sobre el foco guerrillero.

Entretanto, el Che era interrogado por altos oficiales de la CIA, quienes trataron de ofenderlo con insultos y burlas, e incluso pretendieron maltratarlo físicamente, pero él se defendió de sus adversarios.

Por el temor de que si el Guerrillero Heroico fuera sometido a juicio convertiría el mismo en una tribuna

de denuncia al régimen barrientista y al imperialismo norteamericano, se ordenó desde la Casa Blanca a los cipayos gubernamentales de Bolivia que lo asesinaran en La Higuera, y se anunciara, oficialmente, de su muerte en combate en la Quebrada del Yuro.

Uno de los suboficiales bolivianos, bajo los efectos de bebidas alcohólicas, entró el 9 de octubre de 1967 en el sitio donde estaba el Che, y él, que había escuchado los disparos para asesinar a Willy y al Chino en el local contiguo, al observar que su verdugo vacilaba en ejecutar la orden recibida de altos oficiales, entrenados por especialistas militares del Pentágono, le gritó que no tuviera miedo, que apretara el gatillo de su arma.

El cobarde uniformado, impactado por el valor personal y la falta de temor a la muerte del máximo jefe de la guerrilla boliviana, salió de allí en busca de sus superiores, quienes entonces le insistieron en cometer el asesinato del Che, lo que hizo al tirotearle con una ráfaga de metralleta por debajo de la cintura para no provocar heridas mortales en la cabeza o en el pecho sino que pereciera desangrado, como si esto hubiese ocurrido con posterioridad al combate de la Quebrada del Yuro.

Esta cruel agonía la atravesó el Che hasta que un sargento en estado de embriaguez irrumpió en donde estaba moribundo y le disparó con una pistola en el costado izquierdo del pecho para rematarlo en cumplimiento de otra orden de la jerarquía militar boliviana y sus amos de Washington.

De los últimos instantes de vida del Guerrillero Heroico señaló Fidel en el prólogo de *El Diario del Che en Bolivia* con el título de «Una introducción necesaria» que

(...) las horas finales de su existencia en poder de sus despreciables enemigos tienen que haber sido muy amargas para él; pero ningún hombre mejor preparado que el Che para enfrentarse a semejante prueba.

Esta alta valoración político-ideológica del Che por el máximo líder de la Revolución Cubana se sostiene en lo que se resalta en el mismo escrito cuando afirma que el Guerrillero Heroico «(...) basaba la disciplina en la conciencia moral del guerrillero y en la fuerza tremenda de su propio ejemplo», y precisa que «(...) con voluntad de acero, se sobrepuso al malestar físico y en ningún instante su acción aminoró, ni decayó su ánimo», y asegura que «(...) fue hombre al que nunca le interesaron personalmente cargos, mandos ni honores».

También sentencia que «(...) Che actuó en su campaña de Bolivia con el tesón, la maestría, el estoicismo y la ejemplar actitud que eran proverbiales en él», agrega que

(...) contemplaba su muerte como algo natural y probable en el proceso y se esforzó por recalcar muy especialmente en sus últimos documentos, que esa eventualidad no impediría la marcha inevitable de la revolución en América Latina...

Y subraya:

(...) los que ven en el desenlace de su lucha en Bolivia el fracaso de sus ideas, con el mismo simplismo pudieran negar la validez de las ideas y las luchas de todos los grandes precursores y pensadores revolucionarios, incluidos los fundadores del marxismo, que no pudieron culminar la obra y contemplar en vida los frutos de sus nobles esfuerzos.⁷²

⁷² Ernesto Guevara: Ob. cit., pp. XI, XII-XIX-XXV.

Actualmente, tanto los que ayer consideraron errónea o maliciosamente, y aún hoy mantienen la misma concepción de que el pensamiento y la trayectoria revolucionarias de este combatiente internacionalista desaparecerían con su muerte física, cierran sus ojos ante las múltiples y constantes manifestaciones de los pueblos del mundo, que demuestran que el Che vive en el corazón de quienes luchan por un mundo mejor, habitado por millones de hombres nuevos, como soñara el Guerrillero Heroico, porque él es un ejemplo de revolucionario en el momento que en el Tercer Mundo, y en especial en Latinoamérica y el Caribe tiene lugar un cambio de época para construir una sociedad más justa y humana.

El comandante argentino-cubano, en sus pocos años de vida, es un paradigmático símbolo de la lucha popular contra los enemigos de los pueblos, y como destacara Fidel en su discurso en la Velada Solemne, efectuada en la Plaza de la Revolución José Martí el 19 de octubre de 1967, pocos días después de su muerte en Bolivia:

(...) era una de esas personas a quien todos le tomaban afecto inmediatamente, por su sencillez, por su carácter, por su naturalidad, por su compañerismo, por su personalidad, por su originalidad, aun cuando todavía no se conocían las demás virtudes que lo caracterizaron (...).

Además subrayó que «(...) diría que es de estos tipos de hombres difíciles de igualar y prácticamente imposible de superar, pero diremos también que hombres como él son capaces, con su ejemplo, de ayudar a que surjan hombres como él».

En otra parte de sus palabras en el multitudinario acto de masas afirmó que «(...) no solo era un

hombre de acción insuperable, sino un hombre de pensamiento profundo, de inteligencia visionaria, un hombre de profunda cultura», y continuó ponderándolo al asegurar:

(...) reunía como revolucionario las virtudes que pueden definirse como la más cabal expresión de las virtudes de un revolucionario: hombre íntegro a carta cabal, hombre de vida estoica y espartana, hombre a quien prácticamente en su conducta no se le puede encontrar una sola mancha porque constituyó, por sus virtudes, lo que puede llamarse un verdadero modelo de revolucionario (...).⁷³

⁷³ Jesús Soto Acosta: *Che, una vida y un ejemplo*. Editorial UJC, La Habana, 1968, pp. 132, 139-141.

Capítulo Primero

Pelao y su amigo Petiso por Sudamérica

Durante la década del 50 del pasado siglo xx los jóvenes argentinos Alberto Granado (Petiso) y Ernesto Guevara (El Pelao) viajaron en una vieja moto por varias naciones sudamericanas.

En esa época Granado era médico, y tras graduarse, había laborado en un leprosorio de la provincia de Córdoba, mientras Guevara, a quien sus amigos llamaban El Pelao porque se cortaba muy corto la cabellera, estudiaba medicina en Buenos Aires, la capital de Argentina.

«Yo conocí a El Pelao practicando fútbol en Córdoba, antes de irse él para la principal ciudad argentina a estudiar medicina. Yo pensaba al igual que otros de sus amigos que iba a estudiar matemática porque tenía facilidad para esta asignatura, y nos sorprendió que escogiera la medicina».

Granado siempre se sintió atraído por viajar para conocer muchos lugares y sus gentes, lo que también era del agrado de El Pelao.

Ambos disfrutaron de las bellezas de la naturaleza en varias excursiones en las montañas cordobesas, donde acampaban en tiendas de campaña.

«En diciembre de 1950 salimos de Buenos Aires, donde residía en ese momento la familia Guevara. El primer país recorrido fue Chile, y de aquí enrumbamos hacia Perú en un camión cargado de botellas de refrescos, ya que la moto estaba rota. En esta nación andina estuvimos en el lago Titicaca, el que se halla en la mayor altura del mundo, y además visitamos Cuzco, la vieja capital del imperio incaico, en la cual habitaba un médico que conocí en un congreso internacional».

Al llegar a la vivienda del colega peruano, Granado no fue reconocido por este porque estaba barbudo y sucio, y vestía ropas raídas por los avatares del trayecto de miles de kilómetros por Argentina, Chile y Perú.

«Como comprobé que el doctor Antonio Pesce no me identificaba debido a mi deteriorada imagen, le señalé quien era en una foto del evento en que nos conocimos, y que estaba en un cuadro colgado en la sala de la casa. Fue entonces que se dio cuenta de quien yo era. Le presenté a El Pelao, y le dijimos que queríamos ir a la ciudad sagrada de Machu Picchu. Él nos resolvió el viaje en un tren especial sin tener que pagar los pasajes. Allí permanecemos varios días viendo la monumental obra arquitectónica construida por los incas en Los Andes».

Petiso estaba interesado en conocer un leprosorio ubicado en la zona de Huambo, a 4000 pies de altura, y hacia allí dirigieron sus pasos.

En este lugar había ejercido Pesce, quien también era profesor de Medicina Tropical y un destacado científico de ideas izquierdistas, que sobresalía en el

campo de las ciencias médicas por sus investigaciones sobre el tifus, y la fisiología del indio, entre otras.

«En Huambo no había médicos, y solamente atendía a los leprosos una enfermera, y aquí estuvimos ayudándola un poco, pero a los pocos días determinamos seguir en el periplo no sin antes ser testigos de las acciones humillantes que cometían autoridades locales contra los indios. Yo quise intervenir para defenderlos pero El Pelao lo impidió al señalarme:

“Mirá que vos sois pelotudo, porque quieres resolver solito lo que no han podido hacer ellos todavía”».

De las alturas andinas fueron a la zona de la selva tropical, que está situada al lado de las montañas andinas, donde se cultiva la caña de azúcar, y de ahí se trasladaron hacia el altiplano de escaso poblamiento humano, y de escasa vegetación.

«Más tarde volvimos a Lima, donde el doctor Pesce nos instaló a trabajar en un leprosorio, pero como la comida estaba mala, él nos invitaba a cenar todas la noches a su casa junto a su familia».

El anfitrión peruano de Petiso y El Pelao había escrito un libro titulado «Latitudes de Silencio», y les entregó el manuscrito para que valoraran su contenido.

Cada vez que ellos compartían la cena con el galeno aficionado a la literatura les insistía en que le expresarán la opinión de su inédita obra sobre la realidad peruana.

«En la cena de despedida, ya que el doctor Pesce nos gestionó el viaje hacia un leprosorio situado en la localidad de San Pablo, a orillas del río Amazonas, él nos expresa:

“Bueno, ya están a punto de irse y todavía no me han comentado nada de mi libro”.

Yo le contesté que era interesante, para no defraudarlo, y como una forma de agradecimiento por su gentileza y amabilidad, y entonces inquiere lo mismo varias veces a El Pelao mientras este guardaba silencio».

Luego de finalizar la comida los dos jóvenes argentinos, al despedirse del especialista peruano y de sus familiares, le manifiestan su reconocimiento por las atenciones que les tributó durante la estancia en Cuzco.

De pronto el doctor Pesce le expresa a El Pelao:

«Ernesto, usted no puede irse sin darme su opinión de mi libro».

La respuesta no se hizo esperar:

«Mirá, doctor, parece mentira que un hombre tan inteligente como usted, y con su capacidad y valor haya escrito un libro tan mediocre. Este libro es negativo porque describe el supuesto fatalismo de los indios, que en verdad refleja el punto de vista de usted, pero no el de ellos».

El científico agachó la cabeza, y con voz temblorosa dijo:

«Tiene razón, Ernesto».

Yo me molesté con lo dicho por El Pelao, y cuando estábamos lejos de la vivienda del medico peruano le dije que era un hijo de...

«El pobre hombre nos ha dado comida, trabajo, dinero y viajes, y lo único que quería de nosotros es que le diéramos la opinión de su libro, y vos le decís algo desagradable».

De inmediato El Pelao me contestó:

«Vos viste que yo no quería hablar».

Era verdad esto, como también que a él no le gustaba mentir».

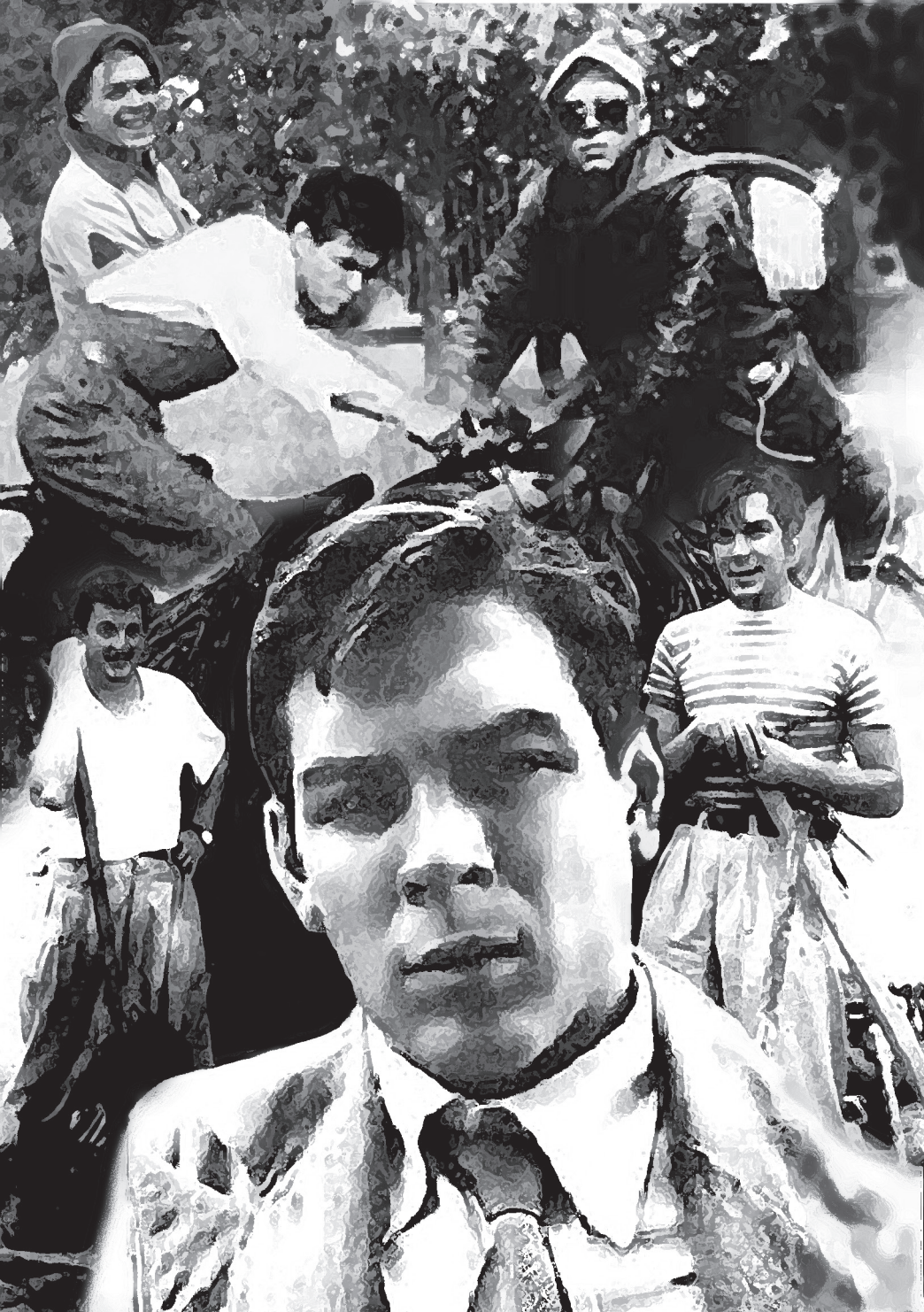
Granado y Guevara abandonaron Lima, y se marcharon hacia el leprosorio de San Pablo, primero en camión hasta el puerto de Pucallpa, en las márgenes del río Ucayali, y de allí en un barco nombrado *El Cisne* que navegaba por el río Amazonas, el más caudaloso del planeta.

Algún tiempo permanecieron en este sitio, donde se unieron al personal médico que atendía a los enfermos, hasta que acordaron continuar el recorrido por la imponente y peligrosa vía fluvial hasta la localidad colombiana de Leticia en una balsa que nombraron *Mambo-Tango*.

«Aquí, para subsistir, nos convertimos en entrenadores de fútbol durante varios días, hasta que volamos en un hidroavión hasta Bogotá, donde cierto día fuimos detenidos por la policía, ya que El Pelao se negó a entregar un puñal que utilizaba como cortapapeles. Gracias a la intervención del cónsul argentino nos liberaron, y con la ayuda monetaria de estudiantes universitarios compramos los pasajes en ómnibus para Venezuela».

En la patria de Bolívar concluyeron su emocionante y aleccionador periplo por varios países sudamericanos, y Petiso ingresó en la nómina de un leprosorio de Maiquetía, mientras El Pelao regresaba a Argentina en un avión de transporte de caballos de carreras, para cumplir el compromiso con su madre, Celia de la Serna, de realizar los últimos exámenes para obtener el título de médico.

«No nos vimos más hasta que volvimos a encontrarnos en Cuba, donde él había participado bajo la dirección de Fidel en la guerra de guerrillas contra la tiranía batistiana, y se convirtió en comandante del



Ejército Rebelde. Cuando llegué a la Habana, en 1960, pregunté por él, y me informan que era Presidente del Banco Nacional de Cuba. Voy de inmediato a verlo a su oficina, y cuando estamos frente a frente, tras saludarme afectuosamente, me preguntó a boca de jarro:

“¿Cómo está el científico?”.

Y yo le respondí:

“¿Cómo está el comandante?”.

Nos reímos los dos al unísono, y nos sentamos a conversar, tomando mate, de los viejos tiempos».

Granado, a petición del Che, se quedó en Cuba para ofrecer sus conocimientos científicos a la Revolución Cubana. Durante casi medio siglo fue uno de los tantos argentinos y de otras nacionalidades que construyeron junto al pueblo cubano la nueva sociedad que soñó su amigo El Pelao.

Capítulo II

El segundo viaje por América Latina

Cuando el estudiante de medicina Ernesto Guevara retornó a su patria natal, Argentina, después de concluir su viaje por varios países latinoamericanos junto a su compatriota Alberto Granado, a principios de 1952, uno de sus amigos, Carlos Ferrer, quien era llamado Calica por sus coterráneos, le preguntó jocosamente:

«¿Cuándo hacemos otro viaje?».

Entonces su interlocutor le contestó:

«¡Prepárate que dentro de un año nos vamos!».

Carlos Ferrer, quién estaba fascinado por los relatos de ambos amigos sobre el periplo realizado por ellos en 1951 y 1952, a lo largo de una gran parte del continente sudamericano, se sorprendió por esta inesperada y sorpresiva respuesta, porque sabía que la principal razón del regreso de su compañero de barrio era el firme propósito de graduarse como médico.

«Pensé que había perdido la razón, pues tenía que examinar numerosas asignaturas en la carrera de medicina, y al decirle esto, él reaccionó con tanta seguridad y de forma tan convincente que no dudé que iba a lograr lo que aspiraba».

Al cabo de varios meses de este encuentro fraternal entre los dos amigos argentinos, el Pelao, como era conocido Guevara por su corte de pelo, mientras mostraba sonriente el documento acreditativo de su graduación universitaria a Calica, exclamó:

«¡Acá tenés, pelotudo, nos vamos!».

En julio de 1953, tres meses después, ambos partieron para realizar el segundo recorrido por América Latina de El Pelao, ya que el primero lo había efectuado con el médico recién graduado Alberto Granaado, durante ocho meses, por Chile, Perú, Colombia y Venezuela, país desde donde regresó a Argentina para graduarse de médico. Lo cual logró después de aprobar catorce asignaturas pendientes en el curso libre, pues había obtenido la nota necesaria en igual cantidad de disciplinas docentes, como alumno regular.

A esta condición estudiantil se acogió ya que no podía asistir a clases por sus andanzas nacionales en bicicleta y motocicleta, y sus travesías marítimas como enfermero, además de trabajar como investigador en la clínica del doctor Salvador Pasani, un especialista argentino en alergia de fama mundial.

A La Paz, capital de Bolivia, llegaron el 2 de agosto de 1953, en ocasión del Día del Indio y de la Reforma Agraria fecha en que se promulgó la ley de distribución de tierras entre los campesinos para establecer pequeñas fincas o minifundios, una de las principales demandas de los mineros bolivianos.

El Pelao y Calica pronto abandonaron la ciudad para dirigirse a la localidad peruana de Punio. Allí no se demoraron mucho tiempo, ya que se encaminaron de inmediato a la ciudadela inca de Machu-Picchu, sitio

sagrado para el imperio incaico, que el Pelao o Fúser había conocido en su visita anterior con Granada.

Por vía terrestre él y Calica se movieron por varios asentamientos urbanos del norte de Perú, y a bordo de una embarcación marítima arribaron a Ecuador a finales de septiembre de 1953. En Quito establecieron contacto con algunos amigos, quienes los exhortaron a marchar hacia Guatemala para que fueran testigos de lo que realizaba en beneficio del pueblo el gobierno del presidente Jacobo Arbenz.

Aunque el itinerario internacional que habían acordado los dos jóvenes argentinos para su periplo sudamericano comprendía Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, ellos decidieron separarse en la nación ecuatoriana, porque Guevara decidió marchar hacia Guatemala, y Ferrer se encaminó hacia Quito para trabajar, pues debía contribuir a sufragar gastos familiares.

Después Calica se trasladó hacia Venezuela, donde residía su amigo Granada.

«Nos veíamos a menudo, y siempre nos preguntábamos donde estaría el Pelao porque le habíamos perdido por completo el rastro, y pensábamos que podría haberle pasado algo trágico, hasta que Granada descubrió en un ejemplar del diario venezolano *El Universal* una foto de nuestro amigo con un texto que decía que el médico argentino Ernesto Guevara estaba preso junto a Fidel y otros cubanos en México porque estaban preparando una invasión a Cuba».

En Guatemala, el Pelao o Fúser fue testigo de que la oligarquía criolla y el imperialismo norteamericano conspiraban abiertamente para colapsar el proceso revolucionario en el que se había promulgado una

reforma agraria en detrimento de los geófagos, especialmente la compañía norteamericana United Fruit.

En el tiempo de estancia en Guatemala, trabajó en centros asistenciales y se relacionó con varios revolucionarios cubanos que participaron en el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953, especialmente con Antonio *Ñico* López, a través de quien conoció en la capital de México a Raúl Castro, y este lo presentó a su hermano Fidel, joven abogado y líder de la Generación del Centenario, quien lo impresionó muy favorablemente, al punto de enrolarse en la gesta libertaria que este preparaba, y precisó: «me bastaba saber que aquellos hombres estaban inspirados en sentimientos genuinamente revolucionarios y patrióticos... y eso era más que suficiente».

En el territorio azteca laboró como fotógrafo por cuenta propia, y en algunos hospitales, y ya en aquel entonces estaba convencido de que para interpretar la realidad latinoamericana era necesario estudiar a fondo las ideas de Marx, Engels y Lenin así como comprendía que la vía armada era la fundamental para que los revolucionarios latinoamericanos y caribeños conquistaran el poder político, y aseguraba que América Latina y el Caribe serían el principal escenario de sus acciones revolucionarias.

Él fue uno de los expedicionarios del yate *Granma* que desembarcaron por el sur de la antigua provincia de Oriente para llevar a cabo la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra, y uno de los más extraordinarios jefes del Ejército Rebelde, cuyos integrantes, en poco más de dos años, derrotaron a las tropas de la

tiranía batistiana para conquistar el poder, en enero de 1959.

«Yo viví lo que pasó Celia de la Serna, la madre de Ernesto, desde que él desembarcó en Cuba con el yate *Granma*, y se propagaron falsas noticias de que había muerto, y recuerdo que mi mamá me contaba que cuando iba a casa de los Guevara allí se respiraba un estado de incertidumbre hasta que sus familiares conocieron que estaba vivo».

Tras el triunfo de la Revolución Cubana, el combatiente internacionalista argentino, quien en México fue bautizado por sus compañeros de armas como el Che, desempeñó diversos cargos ministeriales, pero no olvidó en ningún momento su firme determinación de continuar combatiendo con las armas en las manos por la segunda y definitiva independencia de América Latina y el Caribe.

«En cierta ocasión Granado, quien había estado en Cuba, me entregó una billetera de cuero que me mandaba el Che, y me dijo que el Pelao le expresó que si yo quería fuera para esa nación caribeña, pero que supiera que en poco tiempo ese país se declararía como república socialista y rompería los lazos con el mundo capitalista».

Calica recuerda que no aceptó la invitación del Pelao.

«En ese momento me sentí tironeado, porque una parte de mí quería seguir a Ernesto mas, por otra parte, me resistía a abandonar todas las comodidades que había conseguido en Venezuela, a la que ya consideraba como mi segunda patria».

Tres décadas después visitó por primera vez a Cuba.

«Vi los frutos de Ernesto en la Revolución Cubana, pero también comprendí que debía haber respondido al llamado de mi amigo cuando me invitó, años atrás, a trasladarme a Cuba».

Para Calica, su amigo de la época juvenil es y será siempre un modelo de revolucionario, aunque cayera combatiendo en Bolivia en 1967, en la lucha frontal contra la oligarquía latinoamericana y el imperialismo yanqui.

«Él renace todos los días, y tanto la derecha latinoamericana como el imperialismo norteamericano saben que no solo él sino también la Revolución Cubana, Fidel y el pueblo cubano son imbatibles».

Capítulo III

Con los expedicionarios en México

«Che, ¿qué te pasa?», le preguntó el médico argentino Ernesto Guevara de la Serna.

Él se había incorporado al grupo de cubanos revolucionarios que se adiestraron en México, entre 1955 y 1956, para desencadenar la guerra de guerrillas contra la tiranía batistiana en las montañas de la Sierra Maestra.

Uno de ellos, el villareño Carlos Bermúdez le contestó que sangraba por el orificio de la pieza dental que se había extraído.

El galeno sudamericano, quien ya era conocido como el Che entre sus compañeros de armas por su forma de hablar, le expresó:

«Bueno te voy a inyectar con una vitamina».

Y permaneció en la vivienda hasta el día siguiente para ofrecerle su asistencia médica.

«Así conocí al Che, a quien al oírlo me di cuenta de que no era cubano por su acento argentino, y porque me decía Che y yo lo trataba con el mismo nombre, al igual que otros compañeros, y después él me empezó a llamar Che Guajiro, pues como yo era natural de Placetas, una ciudad de la zona central de Cuba,

todos me decían Guajiro ya que así se identificaba a los que éramos del interior de la isla».

Los primeros cubanos que hicieron amistad con el Che en Guatemala fueron Níco López y Calixto García, ambos combatientes del asalto al cuartel «Carlos Manuel de Céspedes», de Bayamo, el 26 de julio de 1953, que estaban exiliados debido a sus actividades insurreccionales contra el régimen de Batista.

En esa nación centroamericana se hallaba el Che, en junio de 1954, cuando se llevó a cabo la agresión imperialista de Estados Unidos contra el gobierno democrático del presidente Jacobo Arbenz, a causa de que este había promulgado la ley de reforma agraria que afectó las propiedades agrícolas de una importante transnacional norteamericana, y el joven argentino se unió al pueblo guatemalteco para defender a la nación del Quetzal de la invasión mercenaria, apoyada por la casa Blanca, el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Posteriormente se trasladó a México, donde laboraba como fotógrafo ambulante y como investigador en el Hospital General de la capital azteca.

Tras reencontrarse aquí con Níco y García sostuvo un histórico encuentro con el máximo dirigente del Movimiento 26 de Julio (M-26-7), Fidel Castro, quien encabezó a los asaltantes del cuartel Moncada para iniciar la lucha armada contra la dictadura pro yanqui, y desde entonces el combatiente internacionalista argentino se sumó a la heroica gesta guerrillera en la mayor isla de Las Antillas.

«El Che es enrolado por Fidel como el médico de la expedición del *Granma*, y toma parte en el entrenamiento físico y militar de nosotros en varios lugares,

incluyendo el Rancho Santa Rosa, en la localidad de Chalco, a 40 kilómetros de la capital mexicana, donde es designado como jefe del mismo porque se destacaba en el aprendizaje de la táctica y la estrategia guerrillera que nos enseñaba el general español Alberto Bayo, exiliado republicano que fue un alto oficial que sobresalió en la defensa de la República española frente a los franquistas, en la década del 30 del pasado siglo».

El argentino de Rosario había recorrido, antes y después de graduarse como doctor en medicina, varios países de Sudamérica y Centroamérica, en los que observó la terrible realidad social que padecían los pueblos de ambas regiones, a causa de la explotación y opresión de las oligarquías locales en contubernio con el imperialismo estadounidense.

Su pensamiento revolucionario y ant imperialista, basado en su identificación con el ideario bolivariano y marxista-leninista, lo condujo a nutrir las filas del contingente de avanzada de la Generación del Centenario en Cuba, cuyos miembros estaban decididos a conquistar, al precio que fuera necesario, la segunda y definitiva independencia de su patria para establecer una república martiana «con todos y para el bien de todos».

«En el momento en que lo conocí él vivía con su esposa peruana Hilda Gadea y su pequeña hija Hildita en un apartamento, pero al intensificarse la preparación militar de los expedicionarios con Bayo, vino a vivir en la casa que compartíamos varios de nosotros, y allí se destacó porque siempre estaba al tanto de lo que ocurría en el mundo a través de los periódicos locales que nos encargaba comprar a alguno del grupo cuando

salíamos a realizar cualquier misión, y con frecuencia sufría ataques de asma. En esos momentos uno no se le podía acercar porque no era de su agrado que se sintiera lástima o compasión hacia él por este tipo de enfermedad que padecía, pero nunca, ni en tales situaciones, perdía la afabilidad y el espíritu de compañerismo. No se me olvida que un día salí de la casa con otro compañero y le compré varios periódicos por encargo de él, pero se me ocurrió adquirir varias naranjas, y, al dárselas, me dijo con jocosidad una frase que aprendió con los cubanos: “¡Guajiro, tú eres un guataca!”, y sin pensarlo dos veces le respondí con otro dicho popular: “¡Vaya, al carajo!”, y por supuesto que se sonrió, y finalmente me manifestó su agradecimiento por mi gesto amistoso».

A Bermúdez los cubanos, e incluso el Che, lo apodaban «Guajiro Tres Galletas» ya que, bromeando, le manifestaban que cuando fuera detenido por la policía mexicana le darían una galleta para que empezara a confesar, y otras dos para que se callara.

«Un día el Che me invitó a acompañarlo a la casa de su familia, porque nosotros los expedicionarios andábamos en pareja como medida de protección, y él vestía un traje gris tan usado que la parte trasera del pantalón tenía algunos rajados, lo que trataba de ocultar halándose el saco hacia abajo, y, al verlo así, su esposa le dio dinero para que se comprase otro traje, pero él prefirió ir a una librería, y allí compró diversos libros para sus compañeros cubanos, y a mí me regaló la obra del periodista comunista checoslovaco Julius Fucik titulada *Reportaje al pie de la horca*, en la que se narra como este no delató a otros militantes, a pesar de que fue salvajemente torturado por

la Gestapo nazi, y me dijo sonriéndose que con este libro yo iba a saber qué hacer si era detenido por la policía mexicana, y en realidad este obsequio estaba en consonancia con el calificativo de “medio rojito” que él me endilgó porque conversábamos mucho de la revolución guatemalteca, en la que él participó, y sobre la situación en aquel entonces de Cuba y otras partes del mundo, y yo coincidía con él en sus interpretaciones y valoraciones políticas; a mí me gustaba conversar con él porque nunca alardeó conmigo ni con otros compañeros de sus conocimientos universitarios, y siempre despertó la admiración por su autodisciplina, sus relaciones humanas y por su inagotable afán de leer libros y periódicos».

En cierta ocasión, cuando estaba en el campamento del Rancho Santa Rosa, a Bermúdez se le asignó la misión de trasladar hacia la vivienda de María Antonia González, en la capital mexicana, al expedicionario Antonio Darío López, porque estaba enfermo de tifoidea y requería de atención especializada.

«Estando allí se aparecieron Fidel y otros expedicionarios para conocer el estado de salud de Darío, y vieron desde las ventanas un movimiento raro de automóviles con personas que parecían pertenecer a la policía mexicana. Entonces Fidel ordenó que quienes estábamos allí saliéramos uno a uno, y yo decidí subir por las escaleras hacia la azotea, desde donde observé cómo todos eran detenidos, incluso hasta el propio Fidel, por los agentes policíacos. Allí me quedé un largo rato hasta que estos abandonaron el lugar con los expedicionarios detenidos, bajé al primer piso, y brincando varias cercas me alejé del sitio, pero me vieron dos policías, quienes me gritaron que

me parara, mas no les hice caso y seguí con paso apurado hasta toparme con un tranvía, que tomé en dirección al área central de la capital mexicana. De allí fui a buscar a Héctor Aldama, y con él localicé a Raúl y a Albertico Bayo, hijo del general del mismo nombre, y nos encaminamos hacia el Rancho Santa Rosa, donde Raúl dio instrucciones al Che. Luego regresamos a la capital mexicana para iniciar gestiones para la liberación de los compañeros detenidos y, con posterioridad, marchamos hacia la ciudad de Veracruz, a fin de reorganizarnos tras la detención de Fidel y otros compañeros, a quienes se sumaron posteriormente otros más, como el Che, detenidos, unos días más tarde, en el Chalco».

El accionar policiaco contra los revolucionarios cubanos en México se debió a la delación de un desertor, de los que se formaban como guerrilleros, a las autoridades batistianas, a cambio de una suma de dinero.

Tan pronto Fidel y otros compañeros fueron puestos en libertad, él ordenó acelerar los preparativos de la expedición armada.

«Cerca de la ciudad de Veracruz se alquilaron varias casas, que se convirtieron en campamentos para los futuros expedicionarios, y en una de ellas estaba yo alojado junto con otros compañeros, entre ellos el Che. Allí, a finales de octubre de 1956, escuchamos por un radiecito que había muerto el jefe de la policía batistiana al cometer una masacre de luchadores insurreccionales del llano en la embajada haitiana de La Habana, y algunos se expresaron con frases peyorativas contra este personaje del aparato represivo del régimen pro imperialista, y poco después se



presentó Fidel, y nos dijo que la Revolución Cubana no se hacía para eliminar físicamente a los enemigos sino para aplicar la leyes contempladas en *La Historia me absolverá*, y el Che lo apoyó con palabras convincentes que demostraban la profundidad de su ideario político».

En ese tiempo ya se utilizaba para el entrenamiento de los futuros expedicionarios el Rancho María de los Ángeles, a 20 kilómetros de la localidad de Abasolo, en el estado de Tamaulipas, donde Fidel se reunió con sus compañeros de armas para explicarles cuáles eran los objetivos de la lucha guerrillera en las montañas orientales, y precisarles la responsabilidad política e histórica de cada uno en la misma.

Como ya estaba prácticamente listo el yate *Granma* en el río Tuxpan, que desemboca en el golfo de México, entre Tampico y Veracruz, y ya habían desertado algunos en el campamento de Abasolo, a finales de noviembre de 1956, se trasladaron los futuros expedicionarios, así como las armas y el parque, hacia donde se hallaba anclado la embarcación en que viajarían hacia las costas cubanas.

«Al matrimonio de norteamericanos que se le compró el yate *Granma* también se le compró una casa situada a poca distancia de donde estaba esa embarcación, en la zona de Santiago de la Peña, a la que fui trasladado, unos días antes de la partida de la expedición, por Fidel y Cándido González, para permanecer ahí como responsable de la misma sin salir a ningún lugar, ya que en esa casa se guardaron armas y parque, y pegado a ella existía un callejón que terminaba en el río Tuxpan, por donde llegaron la mayoría de los futuros expedicionarios, y otros por la entrada

principal, para subir al barco. En el patio, sembrado de naranjales, recogimos varios sacos de naranja, que fue el alimento principal que ingerimos durante la travesía marítima de una semana de duración».

En la madrugada del 25 de noviembre de 1956 partieron, a pesar del mal tiempo, los expedicionarios, entre ellos cuatro combatientes internacionalistas, uno europeo y los otros tres latinoamericanos.

«En el viaje por el mar el Che padeció de ataques de asma, pero no dejó de atender como médico a quienes les afectó, con mareos y vómitos, el constante vaivén del barco por las olas, y la falta de alimentos y de agua, hasta que desembarcamos en un área de manglares por donde, al avanzar entre los palos enredados, nos enterrábamos en el fango debido al peso del arma y la mochila. Una de mis piernas la tuve apresada en la tierra movediza, y los expedicionarios Jimmy Hirzel y Félix Elmuza me tiraron una rama para agarrarme, y al halarme a través de ella, se me desprende un poco la pierna de la cadera, pero casi arrastrándome, con la ayuda de mis compañeros, seguí adelante hasta que llegamos a tierra firme».

A partir de entonces recibieron el apoyo de campesinos y carboneros hasta que el 5 de diciembre de 1956 arribaron, en horas de la tarde, a los cañaverales de Alegría de Pío, donde se ordenó acampar debido al agotamiento físico de muchos expedicionarios.

Allí, mientras algunos dormían o comían trozos de caña y otros se descalzaban para que el Che pudiera curarles los pies llagados, fueron sorprendidos por el fuego de armas automáticas de los uniformados batistianos.

El Che depositó su mochila en el suelo para cargar una caja de balas, abandonada por quien la cargaba, y, cuando se encaminaba hacia un cercano cañaveral, en cumplimiento de la orden del Estado Mayor de los expedicionarios, fue herido a sedal en el cuello.

«Al dirigirme hacia el lugar donde estaban los hombres del pelotón del capitán Juan Almeida, al cual pertenecía, ya que estaba en una de las postas de protección de la acampada, veo herido al Che recostado a un árbol, y le digo: “Vamos, que dieron la orden de retirarnos”, pero él me contestó con una mano puesta en el cuello: “Guajiro, estoy jodido”, y sigo para avisar a Faustino Pérez, porque sabía que era médico, a fin de que atendiera al Che, y al reencontrarme con Almeida se lo informo, y este va a buscarlo, y lo ayuda salir del lugar hasta que días después llegan, ayudados por serranos, a Purial de Vicana, para reencontrarse con Fidel y Raúl, y otros expedicionarios en Cinco Palmas. En el avance hacia la Sierra Maestra, como se había ordenado, me encuentro con Calixto García y Calixto Morales, y los tres determinamos permanecer varios días en un cañaveral, aunque nos ametrallaron los soldados y nos bombardearon los aviones batistianos, y padecemos hambre y sed».

Al cesar los bombardeos aéreos y el ametrallamiento de los efectivos militares de la tiranía batistiana, estos tres expedicionarios se internaron en el monte, y tras varios días de peligroso peregrinar arribaban, con la valiosa colaboración del campesinado, a Manacal.

«En el recorrido apenas podía caminar, y aunque me insistieron mis compañeros en que me quedara en algún bohío para ser atendido por sus moradores,

continué hasta que topamos con el campesino Crescencio Pérez, y a través de este conocimos que Fidel estaba en Purial de Vicana, y que nos había enviado una nota con un mensajero en la que nos orientaba quedarnos allí hasta nuevo aviso para el reencuentro, lo que nos causó una gran alegría porque comprobamos que estaba vivo».

El 25 de diciembre de 1956 casi una veintena de expedicionarios del yate *Granma*, al mando de Fidel, se marcharon de Cinco Palmas, y a ellos se les unieron varios campesinos para reiniciar la lucha armada contra el régimen dictatorial; días después acamparon en el alto de La Catalina, cerca del arroyo Los Negros.

«Aquí me reencuentro con Fidel y otros expedicionarios, porque él había ordenado que Calixto García y yo nos reincorporáramos a la columna guerrillera, ya que días antes lo hizo Calixto Morales, quien junto con Crescencio Pérez se había trasladado a Purial de Vicana. En ese momento el Che estaba asando un torete al estilo de las pampas argentinas, y al vernos nos abrazamos con gran alegría, porque hacía varias semanas nos habíamos separado en Alegría de Pío, y a causa de mi limitación física me orientó Fidel bajar de la montaña para recibir atención médica, lo que hice hasta llegar a Manzanillo, y de esta ciudad viajé a La Habana, donde me curé, y me incorporé a la lucha clandestina junto a Faustino Pérez, hasta el derrocamiento de la dictadura batistiana».

A partir del triunfo de la Revolución, en 1959, Bermúdez cumplió diversas tareas hasta que el Che como Ministro de Industrias (MININD) lo designó como funcionario del Instituto del Petróleo.

«Varias veces nos vimos y él, con la modestia y sencillez que lo caracterizaban, me saludaba afablemente. Hablábamos a veces de los tiempos en que nos preparamos en México para la expedición del yate *Granma*, de los momentos del desembarco y de los terribles días posteriores».

Bermúdez no puede precisar con certeza cuando fue la última vez que vio al Che en el MININD, antes de que este se uniera a la lucha guerrillera en el Congo, primero, y en Bolivia, después, como lo hizo en Cuba.

«Desde que lo conocí en México comprendí que como ser humano era capaz de hacer lo que se proponía porque estaba convencido de sus ideas revolucionarias, y no hay que endiosarlo porque era un hombre sin ningún rezago de vanidad personal sino con tanta sensibilidad humana y valentía personal, que no dudó en arriesgar su vida por la dicha y el bienestar de sus semejantes, sin importarle el lugar».

Este septuagenario revolucionario que formó parte de la Juventud Ortodoxa, y luego se integró a la Generación del Centenario y al Movimiento 26 de Julio, hasta que se unió a los expedicionarios del yate *Granma*, y combatió en la lucha clandestina en la capital del país, asegura que todavía hay mucho que hacer de lo que el Che no pudo alcanzar, y la mejor manera de ser consecuente con su pensamiento y su obra latinoamericanista y antimperialista es mantener vivo su ejemplo inmortal de Guerrillero Heroico para enfrentar al imperialismo norteamericano y a sus aliados y cipayos hasta forjar el hombre nuevo y construir la sociedad socialista que él soñó, y por lo que murió en el altiplano sudamericano.

Capítulo IV

De campesino a combatiente y secretario

Una de las enfermedades que afectaban a los guerrilleros en la Sierra Maestra era el paludismo. A veces los pocos médicos o estudiantes de medicina que formaban parte del Ejército Rebelde no disponían de los medicamentos necesarios para curar a quienes contraían este tipo de padecimiento.

A los quince años de edad el holguinero de origen campesino, Jesús Parra, se integró a un grupo guerrillero que operaba en los llanos del río Cauto, a finales de 1957, bajo el mando del capitán Orlando Lara.

«Antes de incorporarme a la guerrilla de Lara había participado en varias acciones de la lucha clandestina porque era miembro del Movimiento 26 de Julio, y tras ser detenido por policías batistianos, los cuales me amenazaron de muerte si no abandonaba la lucha revolucionaria, a pesar de que era un adolescente, decidí alzarme».

En esa zona oriental se enfermaron Lara y otros compañeros de lucha, por lo cual se les ordenó trasladarse hacia el caserío de Vegas de Jibacoa, ubicado en las

estribaciones de la Sierra Maestra, para recibir atención médica.

«Al llegar a este lugar encontramos a Celia Sánchez, quien pertenecía a la comandancia de Fidel, y ella, con la amabilidad y ternura que la caracterizaban, conversó con nosotros. A cada uno nos preguntó, primero que todo, sobre el estado de salud, y después de otros asuntos, finalmente nos indicó que permaneciéramos allí en espera del médico del Ejército Rebelde, el que llegaría de un momento a otro».

Al poco rato se apareció un hombre barbudo, con una pipa en la boca, vestido de verde olivo, una boina negra en la cabeza, montado en un mulo, una mochila en la espalda, y una subametralladora en el hombro, que fue presentado como el médico del Ejército Rebelde. Era el galeno de nacionalidad argentina, Ernesto Guevara de la Serna, quien se conocía por el sobrenombre de Che y fuera uno de los expedicionarios del yate *Granma*. Por su valor y heroísmo en los combates frente al enemigo batistiano ya se había convertido, en la segunda mitad de 1957, en el primer guerrillero a quien Fidel confirió el grado de comandante y, además, se le confió la jefatura de la columna 4 para operar al este del pico Turquino.

«Luego de saludarnos afectuosamente el Che me preguntó: “¿Vos que sentís?”. Por el acento de su voz comprendí que no era cubano, pero no pude adivinar de qué país era. No le di demasiada importancia a eso, aunque me causó sorpresa, y le expliqué que tenía fiebre, sentía frío y sudaba mucho. Él me mandó a quitarme la camisa, me puso un estetoscopio en la espalda, me pidió que tosiera y que abriera la boca para revisarla, al finalizar, me expresó: “Vos tenés

paludismo, y no tengo ningún medicamento para esa dolencia”. Seguidamente extrajo de su mochila un cartucho con aspirinas, y depositó en la mano derecha de Parra un puñado de ellas mientras le indicaba: «Te tomás dos aspirinas cada seis horas, tomá mucho líquido y descansa, que vas a mejorar».

El joven insurgente obedeció, sin replicar, lo que indicó el galeno y comandante rebelde, y se quedó inmóvil en el lugar del encuentro mientras el Che se dirigió a un área cercana para entrevistarse con Fidel. Al cabo de dos horas se reencontró con el combatiente internacionalista argentino en el mismo sitio, y este se interesó sobre su estado de salud.

«No se conformó con que le comunicara que sentía una ligera mejoría, e indagó sobre la tropa guerrillera a la cual pertenecía. Además me propuso unirme a su columna, y tras responderle de forma afirmativa, me mandó a montarme en su mulo, detrás de él, y me dio su arma».

Ambos se encaminaron hacia la zona de Minas de Frío, y de ahí enrumbaron su peregrinar por las lomas en dirección a Altos de Mompié, donde estaban acampados sus hombres. A partir de entonces, Parra se convirtió en uno de los rebeldes que combatió con el Guerrillero Heroico en la sierra y el llano.

«También fui una especie de ayudante o secretario del Che, porque en uno de los campamentos que tenía la columna de él hallé una pequeña máquina de escribir, y un libro de mecanografía, y decidí aprender esta técnica cuando no estaba en combate. Un día en que practicaba, se paró el Che al lado mío y me preguntó: “¿Vos sabés escribir a máquina?”. Le aclaré que estaba aprendiendo, y me

sometió a una prueba al dictarme una carta para Fidel. Al terminarla, revisó el texto, y me señaló que no tenía faltas de ortografía. Esto me agradó porque yo había interrumpido mis estudios de primaria en cuarto grado debido a que empecé a ayudar a mi padre campesino en las labores agrícolas, pero, como me gustaba leer libros desde pequeño, iba mejorando poco a poco mi escritura».

Por pertenecer Parra al pelotón de la comandancia en las fuerzas insurgentes del Che, pudo apreciar las virtudes y condiciones excepcionales de este desconocido paladín de la lucha latinoamericanista y antimperialista, quien a juicio del entrevistado es uno de los más brillantes y capaces jefes guerrilleros del mundo, e, incluso, un extraordinario teórico de la estrategia y táctica de la guerra de guerrillas.

Capítulo V

Los imberbes Acevedo en la Sierra Maestra

«Yo me tengo que quedar aquí porque no puedo salir», expresó airado el adolescente Enrique Acevedo al Che después que el comandante argentino cubano se negó a aceptarlo en su tropa guerrillera.

El entonces jefe de la columna 4 del Ejército Rebelde le respondió al jovenzuelo de 14 años de edad: «¿Vos crees que esto es un orfanato o una creche?», y de inmediato le ordenó que abandonara, con su hermano Rogelio y otros, la zona de El Hombrito, donde estaba ubicado el campamento de guerrilleros bajo su mando.

Los Acevedo, quienes en ese entonces eran estudiantes de bachillerato en la ciudad villareña de Remedios, y habían participado en la lucha insurreccional del Movimiento 26 de Julio contra la tiranía batistiana, insistieron en incorporarse a las filas rebeldes, e incluso manifestaron que solo con la muerte se les impediría retirarse de la Sierra Maestra.

El hoy general de brigada (r) de las FAR rememora que ante la firme determinación de él y su hermano, dos años mayor, se acuerda por el Che y sus oficiales

que ambos se sumen a la segunda columna rebelde, integrada por un centenar de hombres, agrupados en tres pelotones; el de la comandancia con una veintena de armas automáticas, pero el resto tenía fusiles Winchester 44 y escopetas de caza.

«El 12 de agosto de 1957 cumplí quince años de edad en la zona de La Mesa, y como regalo me entregaron un mazo de cañas, y a pesar de que detesto los convencionalismos, agradecí el gesto».

Poco después los Acevedo toman parte en la emboscada de una compañía del ejército batistiano en la zona de El Hombrito.

«A tres escopeteros nos ponen en un trillo, a un kilómetro del lugar, con la orden de que en caso de un intento de movimiento del enemigo debíamos avisar con el fuego de nuestras armas, y alrededor de las nueve de la mañana comenzó el combate, que duró algo más de treinta minutos, y aunque yo esperaba estrenarme como guerrillero, no pasó nada donde estaba, pero se le hizo al enemigo algunas bajas, y por nuestra parte cayó combatiendo Hermes Leyva, primo de Joel Iglesias, cuyo cadáver no se pudo rescatar y los guardias lo quemaron. En esta acción el Che fue uno de los últimos en retirarse del lugar».

Enrique Acevedo es uno de los valientes e inexpertos guerrilleros que participa en la toma del poblado de Bueycito, donde adquieren víveres, y después en el primer combate de Pino del Agua, en el cual se ocupan varios fusiles y parque al enemigo batistiano.

La adaptación a las difíciles condiciones de vida en las montañas orientales no resultó fácil para el más joven de los Acevedo, quien por su carácter apasionado

y extrovertido no podía contener su inconformidad ante los escollos y dificultades mediante exclamaciones o expresiones infaustas.

«Un día fui desarmado por una frase poco feliz que medio cabrón pronuncié al caer en un río por décima vez; y al otro día el Che me devolvió el arma, acompañada de una refriega injusta».

Posteriormente mientras él dormía en un bohío abandonado llegó al sitio el Che, quien, al amanecer, por falta de medicamentos sufría un ataque de asma.

«Con hojas de naranja le preparo un té, que lo acepta y lo toma poco a poco; yo permanezco a su lado, y veo de soslayo que está más flaco que yo; no le recojo el jarro, pues no quiero hacer el papel de guataca, y sobre las nueve de la mañana sale con su paso cansado; al arrancar la columna se vira y me dispara: “Gracias, pibe”, y entonces me sentí orgulloso».

Acevedo recuerda la agradable impresión que le causó ver al Che con una pequeña mascota.

«Era un ratón blanco que viajaba en su mochila, y en los descansos lo colocaba sobre el hombro; era un bicho manso que se le subía a la gorra y jugueteaba; yo lo miré estupefacto porque lo tenía como un tipo súper duro, y de pronto me sorprendió con esos detalles tan humanos; eso me llevó a pensar que solo veía en él al jefe inflexible, y que me gustaría conocerlo un poco más».

En otro momento, él estaba presente en una conversación colectiva de varios rebeldes, entre ellos, el Che.

«Él hablaba de Argentina, y yo medio confianzudo, le pregunté que creía de Perón, y entonces él me respondió: “Yo no hablo de demagogos”».

Tampoco olvida la ejemplar actuación humanista del Che cuando en cierta ocasión se distribuyó una lata de leche a cada guerrillero.

«Al final, el que tenía a su cargo esta tarea dejó como cinco o seis de las latas sobrantes guardadas en una esquina, pero el ojo sagaz de él lo detectó, y preguntó qué era aquello, y el gran camaján le contestó con una sonrisa perruna que era una pequeña reservita para la comandancia o para lo que él dijera, y con una elegante patada del Che las latas cayeron dispersas por el suelo mientras expresaba: “Mira, guataca, dale y reparte ahora aunque sea a una cucharada por persona, y que esto no suceda más”».

Una mañana, bien temprano, el Che se acerca al lugar donde se encontraba el grupo de combatientes conocidos como los «descamisados», entre ellos, los hermanos Acevedo, y otros que serían licenciados, estos últimos, por negarse a combatir.

«Con una voz lenta y suave nos dijo: “Vamos a ver, el que quiera salir de la tropa que dé un paso al frente”; algunos intentaban salvar el honor, y mascullaban justificaciones, al final, hay siete fuera de la formación de la escuadra; me temblaban las piernas, traté de eludir la mirada inquisitiva del Che y me preparé para salir de esta trampa lo mejor posible; yo esperaba lo peor, y me mantenía firme, y ni respiraba».

El Che ordenó a los Acevedo que lo acompañaran a un sitio cercano.

«Algo alejados de los curiosos, nos mandó a tomar asiento y rompió a hablar suavemente: “Ustedes dos han cumplido su parte en la tropa con dignidad, pero realmente no tienen posibilidad alguna de adaptarse a este tipo de guerra, lo más que pueden hacer es

causar daño de forma indirecta, pues son un freno al ritmo de marcha, les pido que regresen a su hogar”».

Ambos se negaron a aceptar los consejos del Che, y le expusieron que preferían morir combatiendo en la Sierra Maestra antes que dejar la guerrilla.

«Traté de comprender la reacción del argentino: al comienzo vi la sorpresa en su rostro, luego pasó a su irónica sonrisa, y al final vi un brillo extraño en sus ojos, y exclamó: “¿Quién diablos se creen ustedes que son?, se van de aquí porque lo exige la seguridad de esta columna, son un par de mocosos y cumplirán la orden”; y en plena cólera, elevando la voz, comentó: “Esto es el colmo, este par de ripios humanos se aferran, mientras hombres fuertes se rajan. ¡Ayúdenme a entender esto! ¿Hay lógica? ¡Díganme!”; y pensé que esto era para mí y repetí como una letanía: “¡Nos quedamos, nos quedamos!”».

Poco después él fue uno de los rebeldes que combatió en Mar Verde contra efectivos batistianos, donde murió el moncadista y expedicionario del yate *Granma*, *Ciro Redondo*.

«Logramos recuperar su arma aunque no su cadáver, y en la acción resultó herido Joel Iglesias, quien al lanzarse a pecho descubierto fue impactado por cuatro balas, el Che lo rescató bajo el fuego, y a Rogelio y a mí nos ordenaron llevarlo con el doctor Sergio del Valle hacia una pequeña casa situada a tres kilómetros, donde este le salvó la vida».

Cuando Iglesias se recuperó de las heridas de bala fue llevado hacia la Pata de la Mesa, que era uno de los campamentos de la columna rebelde bajo el mando del Che.

Durante la ofensiva de la dictadura batistiana contra el Ejército Rebelde, a partir de mayo de 1958, el más pequeño de los Acevedo intervino en varios combates en la columna del Che, entre ellos, el de Las Vegas.

«Nos llegó la orden de que lleváramos algunas minas para la loma del Mango, donde el capitán Ángel Frías mantenía combate con el enemigo, y a mí me tocó llevar el “explosor” eléctrico de una de ellas mientras llovía a cántaros, y al pasar por un bohío, un combatiente me informa que el comandante quiere verme; a pesar de que había pocos, no sabía cual de ellos sería, sin embargo, quedé sorprendido cuando vi ante mí al argentino mirándome de hito en hito; yo no sabía cómo actuar, tenía ganas de abrazarlo pero destilaba churre, lo miré y sonreí, y él me dijo:

“¿Se puede saber por qué usted no protege el explosor de la lluvia?”; pensé que no me ha reconocido, medio encabronado murmuré que todos nos estábamos mojando igual, y él me fulminó con una frase: “Es una gran pena, no cambias”; seguimos rumbo a nuestro destino, y minutos después un escolta del Che nos alcanzó y nos entregó dos pedazos de nailon, y mentalmente le di las gracias».

No pasó mucho tiempo cuando Acevedo fue designado como custodio de la Escuela de Reclutas de Minas del Frío.

Ante el avance de las tropas batistianas, se ordenó la evacuación de los reclutas hacia otros lugares de la serranía, y allí permaneció el pelotón de Acevedo.

«El Che se presentó con varios hombres como refuerzo, y dirigió personalmente la evacuación, y al conocer del avance de los guardias se reunió con los jefes para ubicar las escuadras de los rebeldes mientras

él, con un ayudante, se colocó en el centro, y nosotros quedamos en el flanco derecho de la emboscada, hacia donde se dirigió una patrulla enemiga, y, como es de esperar, se produjo el choque. El fuego cerrado de los guerrilleros diezmó a los soldados. El resto del día nos mantuvimos bajo el fuego de morteros, pues la aviación no apareció en ningún momento porque ya había comenzado el combate de El Jigüe, que era para ellos la dirección principal».

Tras la rendición del batallón 17 en El Jigüe, el pelotón de Acevedo marchó a combatir en Las Mercedes.

«Parecía posible lograr en Las Mercedes una victoria guerrillera como la de El Jigüe, aunque realmente el primero era un territorio distinto al que se podía llegar por tres caminos que permitían el acceso de los carros, y las alturas que lo rodean son suaves cerros con escasa vegetación, pero a pesar de esto el Ejército Rebelde se lanzó a la captura del último reducto y del último batallón enemigo en la Sierra Maestra».

Después de la derrota de las tropas batistianas en Las Mercedes, Acevedo halló restos de comida en las trincheras abandonadas por el enemigo con los cuales calmó su hambre de varios días.

«El Che me sorprendió en funciones de buitre, me observó con atención, y luego me preguntó: “¿Y, usted, qué hace aquí?” le informé que buscando balas para mi carabina; después de ordenarme que me incorporara inmediatamente a mi pelotón siguió su marcha montado en un mulo canelo».

Estando el pelotón de Acevedo en la zona de El Jíbaro varios aviones batistianos atacaron con rockets y ametralladoras calibre 50 las posiciones guerrilleras:

entre ellas, el lugar donde estaba la comandancia del Guerrillero Heroico.

«Durante quince minutos todo el fuego se concentró junto a la casa aislada de la comandancia, y su techo de fibrocemento voló, y las paredes eran una criba, no hay dudas de que fue un chivatazo; luego revisé la vivienda, comprobé que no había nadie, y en un cuarto vi objetos personales y una mochila abierta, la cual me era conocida porque era del Che; me picó la curiosidad al ver un libro, y me preparé a confirmar el contenido de las misteriosas lecturas de mi jefe, y cuál no sería mi sorpresa al ver que el libro no era de Mao ni de Stalin sino de lo que menos esperaba: *Un yanqui en la corte del rey Arturo*; rápidamente coloqué el libro en su lugar, y puse algunos escombros sobre la mochila para que no se notara que registré en ella, pues esta mala costumbre me podía costar cara; al salir, me contaron los que estaban allí que por el bombardeo aéreo se lanzaron hacia una cañada, y al ver al Che sin gorra, uno de ellos me dijo con sorna que la había perdido echando un pie pa-rejo con los otros; eso me gustaba por lo humano del hecho, porque él también, a veces, sentía miedo».

Apenas habían transcurrido unos días de que Acevedo cumpliera 16 años de edad, y celebrado su onomástico en las estribaciones de la Sierra Maestra por sus compañeros de armas, cuando él comunicó a su hermano Rogelio la disposición de formar parte de la columna invasora 8 «Ciro Redondo» al mando del Che.

«El día 30 de agosto de 1958 comenzó la marcha invasora desde las cercanías del pueblo de Jibacoa, con cuatro pelotones y la comandancia, y el itinerario



se iba cumpliendo sin complicaciones durante toda la noche, en la cual atravesamos diversas arroceras; casi al amanecer, estábamos a seis kilómetros de la carretera Manzanillo-Yara, y todavía se veía la Sierra Maestra como un macizo azul dentado, donde podíamos reconocer el Turquino y su firme; daba nostalgia dejar sus faldas seguras, en las que quedaban compañeros y amigos, días de alegría y momentos duros junto a campesinos serranos que todo lo habían dado».

Al paso de la guerrilla del Che por Camagüey, en los primeros días de septiembre de 1958, se enfrentaron los rebeldes a la soldadesca batistiana en la zona de La Federal, donde existía una hacienda arrocera con varias edificaciones.

En el chalet de mampostería del dueño de esa propiedad rural estaban parapetados varios guardias batistianos, quienes habían ocasionado bajas a los rebeldes que cercaban el lugar, y algunos de ellos, incluyendo a Acevedo, irrumpieron en el interior de la casa señorial.

«Al instante se formó la gran balacera, y un golpe fuerte me arrancó el fusil de las manos. Sentí los brazos acalambrados, y al mirarme vi que la camisa estaba picada en el pecho: era un ripio a nivel del bíceps izquierdo y del brazo derecho, y comenzaba a fluir la sangre; primero suavemente, luego a borboto-nes, manos amigas me recogieron, y me sostuvieron por la cintura y me llevaron hasta el local del almacén, donde me tendieron en una mesa de madera, y allí me aplicaron torniquetes y vendas, primero el Che, y después Fernández Mell».

De inmediato lo evacuaron en una camioneta hacia un bohío situado a dos kilómetros, donde fue operado

y después llevado en una hamaca entre dos palos hacia lo profundo del monte firme, para continuar por lugares pantanosos hasta llegar a un lugar con cama, en la que durmió por varias horas.

«El Che me preguntó si tenía fuerzas para caminar, me incorporé, di unos pasos, pero aunque percibí el mareo lo aguanté, y él se sentó a mi lado, y me dijo que así no podía llegar a ninguna parte, y que debía dejar la tropa y pasar a la clandestinidad en la ciudad de Camagüey para recibir atención médica, y al no ver otra salida, acepté; él se retiró momentáneamente, y al regresar me espetó: “Oiga, joven, le quiero hacer una última observación, no se ponga por ahí a hablar mierda y decir que es capitán, que usted solamente es teniente”; todos me felicitaron por el ascenso, y me despedí de todos, le di ánimos a Rogelio, y le aseguré que pronto estaría de regreso a la tropa, porque solo deseaba recuperarme y volver a la guerrilla para dirigir mi propia escuadra».

En la primera semana de diciembre de 1958, Acevedo decidió reintegrarse a la columna del Che, en la Sierra del Escambray.

«Al primero que encontré fue a El Vaquerito, y nos abrazamos con suma alegría. Luego vi al doctor Fernández Mell, quien me informó que el Che regresaría más tarde, y que mandaría a buscar a mi hermano Rogelio. Al reencontrarnos, sentimos una gran alegría y conversamos largo rato porque yo quería saber lo que había ocurrido después de mi partida de la columna; más tarde, cuando llegó el Che, me dio un fuerte abrazo y me pidió que le contase cómo había logrado regresar; creo que esta fue la primera vez que hablé con él tanto tiempo, y no me había sido difícil,

por lo que le solicité autorización para asumir mi cargo de teniente».

El jefe del Frente Norte de Las Villas del Ejército Rebelde pidió al médico guerrillero Fernández Mell que examinara a Acevedo, pero su dictamen no favoreció el deseo del joven de Remedios.

«Entonces el Che me ordenó permanecer en la Comandancia un par de semanas hasta curar definitivamente; yo no insistí, y desde ese momento pasé a ser un electrón libre dentro del pelotón de la jefatura».

En el combate de Cabaiguán, Acevedo participó al frente de un grupo de rebeldes, y también estuvo presente en otros enfrentamientos armados en varias ciudades villareñas, así como en la Batalla de Santa Clara, hasta que se rindió la guarnición militar del cuartel «Leoncio Vidal».

La guerra de liberación nacional no terminó con la derrota de los uniformados de la tiranía batistiana en la capital villareña, y a la columna 8 «Ciro Redondo», con más de cuatrocientos guerrilleros, se le ordenó por el comandante en jefe, Fidel Castro, que avanzara hacia la capital cubana para tomar la fortaleza de La Cabaña.

«A las ocho de la noche del 10 de enero de 1959 nuestro pelotón de retaguardia salió hacia La Habana junto con el resto de los integrantes de la columna del Che; había ambiente de triunfo en la tropa y la mayoría de nosotros creía que ya todo había terminado, pero yo pensaba que lo demás no sería fácil, y que esto no era más que el principio».

Después del triunfo de la Revolución, el más pequeño de los hermanos Acevedo permaneció en las filas

del Ejército Rebelde, y posteriormente en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) para continuar defendiendo, como en la Sierra Maestra y en la invasión guerrillera hacia occidente, la justa causa del pueblo cubano contra sus enemigos de la oligarquía interna y el imperialismo yanqui.

Capítulo VI

El comandante más joven del Ejército Rebelde

El adolescente serrano Joel Iglesias decidió incorporarse al Ejército Rebelde en las montañas orientales, en mayo de 1957.

Desde la zona de San Vicente, en las proximidades de la ciudad de Santiago de Cuba, partió este campesino quinceañero, junto a su primo Hermes Leyva para sumarse a la lucha guerrillera contra la tiranía batistiana.

«Tratando de encontrar a los rebeldes nos topamos con la escuadra de Efigenio Ameijeiras, a quien le explicamos cuál era nuestro propósito, aunque él y sus hombres se identificaron como casquitos batistianos para que le dijéramos la verdad, pero nos dimos cuenta de que no lo eran por la suciedad de su ropa, y lo flaco que estaban, y entonces nos quedamos con ellos. La primera noche pasamos tremendo frío porque había llovido, y al día siguiente fuimos conducidos hacia el principal campamento de los guerrilleros».

En el primer encuentro de Iglesias y Leyva con el comandante en jefe del Ejército Rebelde, Fidel Castro, estaban presentes Raúl Castro, Juan Almeida, Celia Sánchez y Ernesto *Che* Guevara, entre otros.

«Fidel me rechazó, pero aceptó a mi primo Hermes, que era mayor que yo, porque dijo que yo era casi un niño, y no iba a resistir la vida guerrillera, pero yo le insistí diciéndole que estaba acostumbrado por mi origen campesino a las dificultades, entonces el Che me preguntó si me atrevía a cargar un saco bastante pesado con depósitos de proyectiles de una ametralladora Maxim, lo que hice, y creo que fue quien intercedió para que me permitieran sumarme a los rebeldes, y así fue como lo conocí, pero no me imaginé que habría de combatir a sus órdenes durante toda la guerra de liberación».

Iglesias fue uno de los guerrilleros que, bajo el mando de Fidel, atacó el cuartel de El Uvero, el 28 de mayo de 1957, lo cual, a juicio del Che, por la decisiva victoria conquistada por los atacantes, marcó la mayoría de edad del Ejército Rebelde.

«Fue un combate muy intenso y peligroso, pues avanzábamos por un terreno sembrado de yerba de guinea que nos protegía solo cuando andábamos a gatas hacia las posiciones de los soldados de la dictadura, parapetados en posiciones protegidas, y este enfrentamiento armado, por la victoria de los rebeldes, tuvo mucha repercusión tanto políticamente como militarmente en el país, y al final, el mismo Che, con quien participé, me dijo que me había ganado el uniforme verde olivo por mi actitud ante el enemigo batistiano, pero aunque agradecí su elogio me sentí decepcionado porque pensé que me había ganado también un arma pero no fue así».

Varios guerrilleros murieron, o fueron heridos en la heroica acción, con la cual culminó la etapa nómada de los expedicionarios del yate *Granma*, y los campesinos

y combatientes del Movimiento 26 de Julio que nutrieron las filas rebeldes en los meses iniciales de la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra.

Tan pronto terminó el combate de El Uvero, el Che, en cumplimiento de órdenes de Fidel, y otros compañeros de armas, se trasladaron por lugares intrincados y agrestes de las montañas con siete heridos, entre ellos, el capitán Juan Almeida, hacia el lugar, donde restablecerían su salud por la atención especializada del médico argentino.

«La marcha fue penosa y lenta por el monte, y cuando oímos el murmullo de gente hablando, Vilo Acuña y yo nos adelantamos al grupo para ver quiénes eran, a fin de evitar una emboscada enemiga, pero de pronto el Che, poniéndose delante de nosotros, nos dijo que él iría al frente, hasta que vimos unos guardias batistianos que habían sido liberados después de ser derrotados en el combate de El Uvero, entonces él les indicó el camino para retirarse de la zona, así como les advirtió que éramos una patrulla de reconocimiento de los rebeldes, quienes estaban por todas las montañas».

Al cabo de varios días llegaron a la vivienda de la familia de los Pardo, donde se albergaron durante casi mes y medio.

«Esto ocurrió en los primeros días de junio de 1957, y nos marchamos de allí con los heridos sanos varias semanas después, en las que el Che no descansaba para curarlos, y aprovechaba el tiempo para establecer contacto con el campesinado de la zona, lo cual, dio lugar a que, al reencontrarnos con Fidel, ya él había formado una columna guerrillera de más de una treintena de hombres».

Durante la travesía por las estribaciones del Pico Turquino recibieron, una vez más, la atención humanitaria de los hombres de campo.

«Después de varios días sin comer, llegamos a la casa de un campesino, y el Che habló con él para que nos brindara alimentos, a cuya solicitud accedió, pero mientras esperábamos a que se elaborara la comida colectiva, la esposa de este serrano lo invitó, al igual que a mí, a sentarnos en la mesa de la cocina para comer carne de puerco, arroz y viandas, que estaban en varios platos, pero el jefe argentino le contestó que era mejor que echara esos alimentos en una lata junto con varias cucharas para compartirla con los otros compañeros que estaban acampados en las cercanías, y a quienes les tocó una cucharada a cada uno, la última fue para él. Esto me impresionó mucho porque reflejaba cómo él era de recto, exigente y con un alto concepto del compañerismo».

En Arroyo del Infierno se reencontraron con la Columna Madre dirigida por Fidel, y allí fue ascendido el Che al grado de comandante, y designado como jefe de la columna 4 del Ejército Rebelde, en la cual Iglesias, como miembro de la escuadra de su jefatura, conversaba con su jefe sobre diversos temas.

«En cierta ocasión me expresó que había hablado sobre mí con Fidel, y que este le había preguntado por qué no me otorgaba los grados de teniente, y él le respondió que primero yo tenía que aprender a leer y escribir, y que sería mi maestro; sin embargo pasé a ser el jefe de la escuadra de la comandancia mientras me alfabetizaba con él».

En el combate de Mar Verde, en el que muere por un disparo en la frente el capitán Ciro Redondo, asaltante al cuartel Moncada y expedicionario del yate *Granma*, fue herido Iglesias.

«El Che, al oír a otros rebeldes decir que me habían malherido, salió hacia el sitio donde yo estaba al alcance de las balas del enemigo, y al llegar me echó sobre sus hombros para sacarme de allí, después conocí que los soldados batistianos no le dispararon porque quedaron impresionados por su gesto de valentía».

Tanto Iglesias como otros rebeldes heridos fueron conducidos a la zona de La Mesa, donde se ubicaba el campamento de la columna del Che.

«Aquí nos fuimos reponiendo de las heridas hasta que un día llegó al lugar Ramón Pardo con un mensaje del Che para Ramiro Valdés, al frente de la columna 4, y le pedí que me trasladara hasta el sitio donde estaba él, en la zona de Mompié; cuando él me vio de inmediato me preguntó si ya estaba en condiciones para reincorporarme a los combates, y al responderle afirmativamente me quedé allí para luego acompañarlo en Minas del Frío, donde iba a estar al frente la escuela de reclutas del Ejército Rebelde, la cual era muy castigada por la aviación batistiana, pues aunque había un sistema de aviso sobre los ataques aéreos, algunas veces él con otros compañeros se mantenían en la casita de la comandancia, y cuando la explosión de las bombas obligaba a encaminarse a la protección del refugio, el Che lo hacía sin correr y con toda calma, dando lugar a que muchas veces cuando llegaba a su destino ya había terminado el bombardeo».

A causa de que el refugio antiaéreo estaba algo distante del puesto de mando de la Jefatura de la Escuela de Reclutas de Minas de Frio, varios guerrilleros, entre ellos Iglesias, acometen la construcción de otro más cerca, con la aprobación del Che.

«En una ocasión dieron la alarma aérea, y él en vez de meterse en el nuevo refugio nos ordenó acompañarlo al anterior, donde estaba el resto de los rebeldes; pero al no poder llegar allí por las explosiones y las balas nos metimos en una cañadita, y al terminar la agresión aérea vimos que donde íbamos a meternos había sido destruido por una de las bombas del avión, lo que nos hizo pensar que habíamos salvado la vida por su orden, que no nos había gustado cuando la expresó».

Tras el fracaso de la ofensiva de verano del ejército de la dictadura pro yanqui para aniquilar a las fuerzas guerrilleras en la Sierra Maestra, se conformó la columna 8 «Ciro Redondo» con reclutas de Minas de Frio y oficiales de la columna 4 para llevar a cabo la invasión de los rebeldes hacia el occidente del país.

«Al atravesar las plantaciones de arroz en la región de Manzanillo, el Che fue a conversar con el administrador del lugar, de nacionalidad norteamericana, quien lo invitó al igual que a sus acompañantes a comer y beber pero él rechazó la invitación. Cuando se retiraba del lugar, me preguntó qué yo pensaba del individuo, y al contestarle que no me gustaba este tipo de gente, me precisó que él moriría con una sonrisa en los labios, en el pico de una loma, y detrás de una piedra, combatiendo contra ellos».

En el territorio de la provincia de Camagüey estaban los hombres del Che tan agotados y hambrientos,

algunos enfermos, que a veces cuando los aviones batistianos los bombardeaban y ametrallaban, ellos no se movían de los lugares donde los sorprendía el ataque aéreo.

«Para protegernos del agua que nos llegaba hasta la rodilla nos sentábamos a la orilla de los árboles grandes, alrededor de cuyos troncos se formaba una especie de cayito, y echábamos hojas pero como la tierra era blanda uno se iba hundiendo poco a poco hasta tener metido medio cuerpo en ella, sin embargo el Che le daba vueltas a sus hombres, y nos decía que teníamos que aguantar, y que había que resistir para cumplir la misión encomendada por Fidel en la provincia de Las Villas».

La primera acción combativa que ejecutaron los guerrilleros, dirigidos por el Che, al arribar a la Sierra del Escambray, en octubre de 1958, fue el ataque al cuartel de Güinía de Miranda

«Teníamos una bazuca con algunos proyectiles, y el que operaba este tipo de arma lanzó varios de ellos, pero todos se iban por encima del cuartel, entonces el Che tomó la misma y, con las balas enemigas pican-do a su alrededor, disparó contra la instalación mili-tar, y logró derrumbar una pared, lo que motivó que pocos minutos después se rindiera la soldadesca».

En el combate de Fomento, Iglesias fue herido en la garganta, y fue asistido por los médicos de una clínica de esa localidad villareña.

«Allí me dieron las primeras atenciones médicas, y cuando recobré el conocimiento, me dijeron que el Che había ido a verme, y le había dicho a los médicos que yo no podía morirme, y después volvió por segunda vez, lo que me emocionó mucho y, como no podía

hablar, me dio ánimo, y me dijo que estábamos a punto de derrocar a la tiranía batistiana; al despedirse me pasó las manos sobre mi frente y me expresó palabras alentadoras».

Iglesias no participó en la batalla de Santa Clara, que representó el golpe de muerte a la tiranía, a causa de estar convaleciente de heridas de bala en un centro hospitalario de Fomento.

«Luego de la toma de Santa Clara, el Che envió al comandante Fernández Mell a buscarme, a fin de que me incorporará a la columna 8 en su avance hacia la capital del país, lo que fue muy emocionante para mí, porque a pesar de estar herido y sin poder hablar, pude estar junto al comandante de la boina negra en este histórico momento».

Este joven, quien sin haber rebasado las dos primeras décadas de su vida y por sus extraordinarios méritos en la lucha guerrillera, le fuera otorgado el grado de comandante del Ejército Rebelde, y se convirtiera en el de menos edad con la estrella en sus hombros en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), continuó junto con el Che en el cumplimiento de otras tareas de la Revolución Cubana en el poder, como máximo dirigente de la Asociación de Jóvenes Rebeldes y de la Unión de Jóvenes Comunistas, y siempre tuvo presente la obra y el pensamiento de su maestro, jefe y compañero.

Capítulo VII

La guerrilla se vistió de yarey con los Pardo y otros serranos

Al igual que los hermanos Maceo que combatieron contra el colonialismo español en las guerras de independencia de 1868 y 1895, casi un siglo después, participaron los hermanos Pardo en la lucha insurreccional para derrocar a la tiranía batistiana.

Joel Pardo residía con sus padres, 9 hermanos y 5 hermanas en la zona de Dos Brazos de Peladero, en la Sierra Maestra, cuando en diciembre de 1956, en este sistema montañoso del suroeste oriental del país, comenzó la guerra de guerrillas del Ejército Rebelde, dirigido por Fidel, para destruir al régimen de facto.

Joel Pardo, quien fue uno de los serranos que se incorporó a los insurgentes para liberar al pueblo cubano de la sangrienta dictadura apoyada por Estados Unidos, destaca que el apoyo moral y material de los hombres de campo a los guerrilleros se debió a que estos últimos decidieron enfrentar con las armas a los uniformados al servicio de la oligarquía local y del imperialismo norteamericano, porque eran defensores de los intereses de los condenados a la explotación

económica, a la opresión política y a la marginación social en ese sistema capitalista.

«Desde que se efectuó el ataque al cuartel Moncada, en 1953, unos cuantos que vivíamos en la Sierra Maestra comprendimos que los atacantes de esta fortaleza militar estaban inspirados en los mambises, y como explica el Che en varios de sus escritos, numerosos serranos se sumaron unos años después a los rebeldes, o los abastecían de alimentos, o les servían como guías o les informaban del movimiento de los guardias batistianos en las lomas».

Su primer hermano que se relacionó con los guerrilleros fue Israel, quien se convirtió en un valioso colaborador del grupo de heridos en el combate de El Uvero. Estos eran atendidos por el médico argentino Ernesto Guevara de la Serna, uno de los expedicionarios del yate *Granma*.

«En el libro *Pasajes de la Guerra Revolucionaria* escribe el Che que Israel y otros campesinos ayudaron a trasladar a los guerrilleros heridos a un sitio seguro, como era el bohío de él. Allí se mantuvieron todo el mes de junio de 1957, donde también se fue organizando una pequeña tropa de rebeldes, principalmente serranos, los que después se unieron a la columna de Fidel con pocas armas y escasa preparación guerrillera».

En la segunda quincena de julio de 1957 el Che y sus hombres se encontraron con Fidel, quien determinó formar la columna 4 bajo el mando del combatiente sudamericano, y le otorgó el grado de comandante.

«Los 74 guerrilleros de la nueva agrupación del Che, entre ellos mi hermano Israel, recibieron la orden de

operar en la zona de El Hombrito, al este del Pico Turquino, para impedir el avance de los guardias batistianos hacia la región donde se hallaban Fidel y sus hombres. Entre las primeras acciones que toman parte están el ataque al cuartel de Bueycito, los combates en El Hombrito, y el primero de Pino del Agua. En este enfrentamiento se causaron varios muertos y heridos al enemigo batistiano, y el Che y sus soldados retornaron a la zona de Pico Verde para establecer contacto con Fidel, lo que se logró en El Zapato. Yo me había unido a la Columna Madre, la 1 “José Martí”, en Alcarraza, no lejos del poblado de Chivirico, en la segunda quincena de septiembre, y al encontrarme con Israel, este me embulló para conocer al Che. Otros cinco hermanos de nosotros ya formaban parte de la guerrilla, y por eso el comandante de boina negra me dijo bromeando: “Vos me podés decir si los Pardo van a cogerse la guerra para ellos”. Los que estaban presentes en ese momento se rieron por la ocurrencia del argentino, quien me impresionó por la afabilidad y la sociabilidad que lo caracterizaron, al igual que otras virtudes, como un hombre excepcional y paradigmático, no solo como guerrillero en Cuba, y más tarde el Congo Leopoldville y Bolivia, sino también como dirigente gubernamental y jefe militar de las FAR».

Agrega que en El Zapato le entregaron un arma perteneciente a uno de los que abandonaron el Ejército Rebelde por cobardía personal o por carecer de ideario revolucionario para vencer los peligros y vicisitudes de la gesta guerrillera.

En ese entonces existían campamentos rebeldes en varios lugares de la Sierra Maestra, y uno de ellos

enclavado en el valle de El Hombrito, donde el Che y sus hombres instalaron un horno de pan, una tabarbería, un taller de fabricación y reparación de armamento y proyectiles, un chinchal de elaboración de tabacos, y se editaba el periódico *El Cubano Libre*, al igual que en las guerras de 1868 y 1895.

De aquí marchó el contingente de Pardo a finales de septiembre de 1957 hacia la zona de Los Cocos, cercana al río Magdalena, a fin de eliminar a una banda de delincuentes que asolaba la zona de Pico Caracas.

«Estos elementos, haciéndose pasar como rebeldes, cometían abusos contra la población campesina y se apropiaban de recursos materiales y hasta de armas que se enviaban desde el llano para los rebeldes. Incluso uno de estos traidores se presentaba como médico y decía que era el Che. A todos se les aplicaron sanciones de acuerdo a la gravedad de sus fechorías. Al concluir esta operación de saneamiento, regresamos a El Hombrito para fortificar mejor sus vías de acceso, e impedir que el adversario de caqui lo ocupara».

En el combate del Firme de Nevada, en noviembre de 1957, Pardo fue herido de bala en el torso, y no tomó parte en el combate de Mar Verde, que se registró unos días más tarde, donde murió el expedicionario del yate *Granma*, Ciro Redondo, y fue herido de gravedad el quinceañero serrano Joel Iglesias.

«Junto a otros heridos, Iglesias y yo fuimos atendidos por médicos guerrilleros en el hospital rural de La Pata de la Mesa, donde también estuvo el Che, porque una bala lo hirió en un pie en el combate de Altos de Conrado, el 8 de diciembre de 1957. Aquí, mientras nos restablecíamos varios rebeldes, el Che se preocupó de que eleváramos el nivel educacional,

y envió una joven muchacha a que nos diera clases de superación, porque él siempre expresaba que para ser más útil a la Revolución había que saber y conocer. Él fue consecuente con esto, y alfabetizó a varios rebeldes, entre ellos, mi hermano Israel».

El primer año de la gesta insurreccional el Ejército Rebelde demostró que la lucha armada era la principal vía para derrocar a la tiranía pro yanqui, por las victorias de los guerrilleros, entre los cuales se destacaron por su valor y patriotismo los hermanos Israel, Benjamín, Samuel, Eduardo, Ramón y Joel Pardo, quienes pertenecieron a las tropas de Fidel, Raúl, Almeida, Ramiro, Camilo y otros jefes.

«Yo me siento orgulloso de haber estado subordinado a los mejores jefes de la guerrilla, y al Che lo recuerdo siempre con respeto y admiración como mi maestro en la estrategia y técnica guerrillera y en mi formación revolucionaria. Junto a él aprendí a rendir tributo a la virtud, a ser más humano con mis semejantes, y a consagrarme a la Revolución. Lo que distinguía al Che y lo hacía ejemplar era que mostraba con sus actos lo que predicaba con la palabra. Recuerdo que una vez avanzábamos por el monte a pesar del hambre y la sed, y en el camino había una mata de naranjas. Pensamos la veintena de rebeldes que podríamos tomar varias cada uno pero el Che detuvo nuestras intenciones al explicarnos que debíamos pensar en los que venían detrás. Esto para mí fue una lección de ética y humanismo».

Durante seis meses Pardo combatió en la Sierra Maestra, dirigido por el Che, y fue testigo de hechos que demostraban su sobresaliente accionar revolucionario.

«Él era muy humano, pero también exigente en cuanto a la disciplina. En los combates siempre hizo gala de su valentía, de su capacidad de mando, y de su brillante e inusual estrategia y técnica militares. Se ganaba la autoridad en sus subordinados por su valor y coraje, y con su integridad y solidaridad. Nunca fue partidario de entablar un enfrentamiento con el enemigo si no estaba seguro de que se obtendría la victoria. Previamente analizaba todos los posibles pro y contra del choque armado con el adversario, a fin de conquistar el triunfo con la menor cantidad de bajas humanas. También era exquisito en el trato a las familias campesinas, y era intransigente con todo aquello que pudiera afectar las relaciones humanas de los rebeldes con la población serrana. El Che evitaba atacar a los guardias batistianos si se ponía en peligro la vida de los civiles. Como médico no solo atendió a los heridos y enfermos rebeldes sino también a los serranos, e incluso practicó como dentista o sacamuelas, como él se autodenominaba. Tengo que reconocer que tuve varios encontronazos con él, porque yo no entendía bien en algunos momentos su forma de mandar y ordenar, pero cuando me daba cuenta de que estaba equivocado, entonces comprendía aún más su genialidad y talento».

En el primer trimestre de 1958 Pardo fue uno de los protagonistas, junto al Che, del segundo combate de Pino del Agua, en el cual tomaron parte integrantes de la columna de Fidel, quien dirige el ataque rebelde, combate donde se causó cerca de medio centenar de bajas a los guardias batistianos, y se les ocupó decenas de armas y abundante parque.

Posteriormente se realizó el mayor y último plan ofensivo de la dictadura batistiana contra el Ejército Rebelde, a partir de mayo de 1958, con la participación de 10 000 efectivos y la utilización de la aviación, los tanques y la artillería, además, obligaron a la población serrana a evacuarse de sus lugares de residencia.

La concepción militar de Fidel para hacer fracasar al enemigo contrainsurgente, asesorado por especialistas norteamericanos, se basó en la defensa del territorio liberado con más de trescientos rebeldes a lo largo de una línea defensiva de 30 kilómetros de largo.

«En los combates de Minas de Frío, y Vegas de Jibacoa, y en otros, tomé parte bajo el mando del Che. En uno de ellos, en el de La Severiana, no lejos de Buey Arriba, él sufría de un fuerte ataque de asma. Yo estaba cerca de su posición, y vi cómo se paraba para disparar contra los guardias, a fin de que sus hombres pudieran retirarse porque nos superaban en hombres y armamento. De pronto lo pierdo de vista, y pensé que lo habían herido o matado, y me dirijo hacia su posición. Lo encontré detrás de una piedra grande, donde se refugió porque casi no podía respirar por el asma. Lo ayudé a salir de allí bajo las balas. Él tenía una voluntad de hierro para vencer las dificultades, cualesquiera que fueran, porque para él la mejor forma de dirigir en la guerrilla era con el ejemplo personal. También por orden de él estuve presente con una escuadra en la batalla de Jigüe, donde se obtuvo una contundente victoria por Fidel y los rebeldes, la cual representó la derrota de la ofensiva de verano de los batistianos, que concluyó con la batalla de Las Mercedes».

La aplastante derrota inflingida por el Ejército Rebelde a las tropas batistianas, en el llamado Plan FF (Fase Final o Fin de Fidel), dio lugar a que fueran creadas columnas invasoras comandadas por el Che y Camilo para extender la guerra de guerrillas hacia el centro y el occidente del país.

A Pardo se le ordenó integrarse al Tercer Frente, dirigido por el comandante Juan Almeida, donde tomó parte en diversas acciones.

«Allí practiqué todo lo que aprendí sobre la lucha guerrillera con el Che, a quien no volví a ver hasta después del triunfo de la Revolución, en La Cabaña. Hablamos de mil cosas, entre las cuales no faltó cómo y por qué los campesinos serranos apoyaron a los rebeldes, y vistieron de yarey a la guerrilla como él sentenciara. Otro tema en el que insistió fue que los guerrilleros no podían dejar el Ejército Rebelde para regresar a sus lugares de origen porque se había destruido la tiranía, sino que ahora empezaba la parte más dura de la Revolución pues se debía enfrentar a los imperialistas norteamericanos».

Aunque en otras ocasiones coincidieron en diversos lugares, el comandante argentino-cubano y el capitán serrano no fue hasta la agresión imperialista por Playa Girón en que Pardo volvió a estar bajo las órdenes del Che en la captura de mercenarios.

«En el mismo escenario en que el pueblo cubano alcanzó la victoria frente al zarpazo yanqui, en menos de 72 horas, el Che vio entre los apátridas a uno de tez negra, y le expresó: “Y vos que haces aquí junto a quienes discriminan a los negros, y defendiendo a los que maltratan en Estados Unidos a las personas por

el color de su piel”. El individuo bajó la cabeza, y no contestó nada».

Después de la primera gran derrota del imperialismo yanqui en América Latina, Pardo continuó en las FAR en la especialidad de tanques, cuya técnica asimiló en el campamento militar de Managua, y en la cual fue oficial con el grado de teniente coronel hasta 1989, en que se acogió a la jubilación.

«Hace medio siglo conocí al Che en la Sierra Maestra, pero con el transcurso del tiempo no he olvidado lo que aprendí de él como revolucionario y como guerrillero. Esto le ha pasado por igual a aquellos que estuvieron junto a él en Cuba y en otros lugares del mundo, en cualquier trinchera, y estoy seguro que su recuerdo inspira a los que aún defendemos los ideales por los que él murió en Bolivia».

Entre ellos están los hermanos Pardo y otros campesinos de la Sierra Maestra, que lo conocieron cuando comenzaba a forjarse como el símbolo de la lucha actual por un mundo mejor, en el que su principal protagonista es el hombre nuevo.

Capítulo VIII

La emisora Radio Rebelde (7RR) en la Sierra Maestra

La primera transmisión de la emisora Radio Rebelde desde la Sierra Maestra, para informar al pueblo de Cuba y al mundo sobre la guerra de guerrillas contra la tiranía batistiana, se realizó el 24 de febrero de 1958.

Uno de los que instalaron la emisora del Ejército Rebelde fue el técnico en radio y televisión, Eduardo Fernández, quien poseía un pequeño taller de reparación de equipos en la localidad oriental de Santa Rita.

«El ataque al cuartel Moncada despertó en mí una admiración muy profunda por aquellos jóvenes que participaron en esa gesta revolucionaria, y aunque no tuve ninguna vinculación con aquellos hechos, sentí un gran respeto por los hombres que habían actuado contra la situación imperante.

Después del desembarco del yate *Granma* me dediqué a fabricar bombas de tiempo, y con dinamita que recibía de las minas de Charco Redondo, junto con otros compañeros, hacía varias acciones contra el régimen de facto».

En la primera quincena de mayo de 1957, Fernández se encaminó hacia la Sierra Maestra junto a otros revolucionarios.

«Un día nos avisaron que de Bayamo iban a salir unos compañeros para la Sierra Maestra, y que había un guía, e inmediatamente me dije que me iba para allí para decirle a Fidel la idea de llevar algún equipo de radio a las montañas, y eso se lo manifesté a Ciro del Río, quien estaba conmigo en el Movimiento 26 de Julio, pero el guía nos embarcó porque no sabía dónde estaba el comandante en jefe, y entonces viramos para atrás; pero estando en Jiguaní me detuvieron soldados batistianos porque me acusaban de que había estado en contacto con los rebeldes, y de poseer propaganda subversiva, y de aquí me trasladaron para Santiago de Cuba, donde me absolvieron en un tribunal por falta de evidencias, después de permanecer casi un mes en el vivac, y me puse a trabajar casi oculto hasta que me avisaron que el Che quería verme».

Después de la reunión de Fidel y otros guerrilleros con integrantes de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, en febrero de 1957, en la finca Los Chorros, ubicada en las estribaciones de la Sierra Maestra, el jefe de acción y sabotaje de esa organización revolucionaria, Frank País, planteó la necesidad de instalar un equipo de radiocomunicación en la comandancia del Ejército Rebelde.

Esa iniciativa del destacado dirigente de la lucha clandestina, quien había organizado el levantamiento armado de Santiago de Cuba, el 30 de noviembre, en apoyo al desembarco del yate *Granma*, fue valorada por el Che.

«Conocí por Ciro del Río que se había entrevistado con el Che, y que este había propuesto la fabricación de equipos de microonda en su campamento guerrillero para comunicarse entre los pelotones de la columna bajo su mando en los combates, y la instalación de una planta de radio para divulgar la lucha armada de los rebeldes contra las tropas batistianas, y que el combatiente internacionalista argentino le ordenó llevarme a su campamento en El Hombrito, y aquí, en los primeros días de enero de 1958, le expliqué que podíamos conseguir o fabricar algún equipo de radio en el llano, y llevarlo a las montañas, y lo vi completamente interesado y entusiasmado en lo que le expresé».

El Che envió mensajes a dirigentes del Movimiento 26 de Julio en ciudades orientales para que colaboraran con Fernández en la obtención de equipamiento radial.

«Pocos días después de retornar a Bayamo me vio un compañero que me mostró un papelito firmado por el Che, y me dijo que su misión era ponerme en contacto con un ingeniero, quien me llevó hasta Santiago de Cuba, donde conocí a René Ramos Latour (Daniel), el cual era uno de los dirigentes de la lucha clandestina, y más tarde me trasladé a La Habana, y en una casa del reparto Nuevo Vedado armamos una planta de radio para adiestrarme en su manejo. Esta, luego de desarmada se embarcó hacia Bayamo, y posteriormente la trasladamos a Contramaestre y Santa Rita, desde donde la llevamos en hombros varios compañeros hasta Majagualón, y de aquí a la zona serrana de La Mesa».

En el momento en que las fuerzas rebeldes dirigidas por Fidel y el Che se enfrentaban a los uniformados

de la tiranía batistiana en el segundo combate de Pino del Agua, el 16 de febrero de 1958, llegaron los equipos de la emisora radial al campamento principal de la columna 4.

«Al día siguiente vi al Che cuando regresó a su campamento después de participar en el segundo combate de Pino del Agua, en el cual se ocasionaron bajas al enemigo batistiano, y se ocuparon armas y proyectiles, y le dije que ya estaba allí la planta de radio. De inmediato me indicó dónde colocarla, pero después de varias pruebas comprobé que el lugar no disponía de las condiciones técnicas necesarias, y volví a localizarlo para elegir otro sitio, y me orientó el Alto de Conrado, adonde trasladamos los equipos en mulos al bohío del campesino Conrado Enríquez, miembro del Partido Socialista Popular y quien prestaba una valiosa ayuda a los guerrilleros, y este lugar, un pequeño montículo que sobresale en la línea de la Sierra Maestra, resultó ser un terreno ideal por su altura, y porque se podía defender ante un ataque enemigo, pues estaba rodeado de peñones y laderas abruptas y difíciles de escalar».

La primera transmisión de Radio Rebelde fue escuchada por Fidel, quien estaba en el campamento de La Mesa, y un campesino nombrado Pelencho, cuyo bohío se hallaba en la loma situada frente al Alto de Conrado, al cual el Che entregó un pequeño radio portátil para que comprobara si salía al éter la señal radial del Ejército Rebelde.

El Che se mantuvo vinculado a Radio Rebelde desde su inauguración porque comprendía la importancia de este medio masivo de comunicación, a pesar



de sus limitaciones técnicas, para la gesta insurreccional contra el régimen batistiano.

«Él iba mucho por la planta, y estaba al tanto de los programas, e insistía, al igual que Fidel desde que pasamos bajo su mando en La Plata, en elevar gradualmente su calidad radiofónica, pues se escuchaba en países de América Latina, entre ellos Venezuela y Costa Rica, donde éramos conocidos por el indicativo 7RR, que simbolizaba al Movimiento 26 de Julio».

Pocos días después de la huelga de abril de 1958, Fidel hizo su primera intervención por Radio Rebelde para explicar al pueblo las causas y consecuencias del revés en esa acción revolucionaria, así como denunciar que el armamento suministrado por Estados Unidos a la dictadura batistiana se utilizaba para masacrar a la población serrana, y pronosticó que el régimen pro yanqui iba a realizar una ofensiva militar contra el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra.

«En esta primera visita de Fidel a Radio Rebelde le expliqué que teníamos comunicación con los exiliados cubanos, y él habló por radio con algunos de los que estaban en Venezuela, y al ver la importancia de la misma nos habló para trasladarla hacia la comandancia de La Plata, lo que se hizo en la segunda quincena de abril de 1958 como parte de las medidas aplicadas para rechazar la ofensiva militar del ejército de Batista».

A finales de 1958, la emisora Radio Rebelde se había convertido en una de las estaciones radiales de mayor audiencia en Cuba, como resaltó el fundador de la misma en uno de sus escritos sobre la lucha de liberación nacional, porque sus oyentes cubanos y extranjeros se interesaban por conocer a través de

ella la verdad de lo que acontecía en la lucha armada por derrocar la sangrienta tiranía militar, apoyada por Estados Unidos y la oligarquía interna para consolidar el sistema neocolonial en la mayor isla de Las Antillas.

Un principio básico en la historia de Radio Rebelde, desde su fundación por el Che, fue que nunca se dijo una mentira ni tampoco se exageró una noticia, y siempre fue fiel y consecuente con la verdad.

Capítulo IX

El duelo a tiros con una avioneta batistiana en el Escambray

En octubre de 1958 la columna 8 «Ciro Redondo», bajo el mando del comandante Ernesto *Che* Guevara, arribó a las montañas del Escambray para llevar a cabo la lucha guerrillera en la zona central del país.

Poco antes el coordinador del Movimiento 26 de Julio en la antigua provincia de Las Villas, Enrique Oltuski, recibió una carta firmada por el máximo dirigente de esa organización insurreccional y comandante en jefe del Ejército Rebelde, Fidel Castro, en cuyo texto se le orientaba que prestara apoyo a esta tropa guerrillera procedente de la Sierra Maestra para que realizara acciones ofensivas contra los militares del régimen dictatorial.

En una de las ocasiones en que el entrevistado se trasladó al lugar montañoso donde se hallaba el Che, para determinar cómo los luchadores clandestinos villareños respaldarían con ropas, alimentos y armas a los «barbudos» de verde olivo, pudo comprobar el valor personal de este, y su extraordinario espíritu-humanista.

De aquel inolvidable momento recuerda

«Faltaba poco tiempo para que anocheciera cuando caminábamos ambos por un sendero montañoso del Escambray mientras hablábamos de diversos temas relacionados con la lucha guerrillera, cuando de pronto se apareció una avioneta disparando contra nosotros. Este aparato aéreo era utilizado por la jerarquía militar batistiana para atacar a los rebeldes en las lomas escambraicas, y su base de operaciones se ubicaba en la ciudad de Santa Clara. Al presenciar que las balas calibre 50 impactaban alrededor de los dos, decidí abandonar precipitadamente el sitio y emprendí una veloz carrera en dirección a varios árboles que se hallaban en las cercanías, con el propósito de protegerme de los proyectiles. Al llegar allí asomé la cabeza, y observé cómo el Che disparaba su fusil contra la avioneta enemiga, a pesar de que las balas provenientes de esta nave levantaban el polvo, a su alrededor, tras penetrar en la tierra».

Oltuski pensó en ese instante que el Che iba a morir en su inusual y desventajoso duelo con el piloto y el artillero de la avioneta, pero ocurrió lo contrario y lo inesperado, ya que estos parece que se acobardaron ante el heroico enfrentamiento del valiente guerrillero, o alguno de ellos fue herido por sus disparos defensivos.

«Cuando cesó el singular combate, veo que el Che mira hacia varios lugares tratando de encontrarme, y salí de mi refugio hacia él mientras me decía avergonzado a mí mismo: “¿cómo me paro delante de este hombre que derrochó tanto coraje frente al enemigo?”. Al llegar ante el Che, bajé la vista porque me sentía apenado por lo que había sucedido,

pero me sorprendió su reacción ya que me puso la mano en el hombro a la que vez que me decía con voz amable y fraternal: “No te preocupés, esto quedará entre nosotros”. Y esto lo cumplió al pie de la letra porque este hecho jamás se conoció por él sino que fue revelado por mí al cabo de varios años».

Desde que conoció al Che en el Escambray, hasta que lo vio por última vez en La Habana, poco antes de que el Guerrillero Heroico se incorporara como combatiente internacionalista a las acciones armadas en el Congo y Bolivia, le impresionó la solidez de su conciencia comunista, la profundidad de su pensamiento político, la firmeza de su decisión por ofrendar su vida por la causa de los desposeídos y su inconmensurable espíritu humanista.

Capítulo X

El jefe del Pelotón Suicida

Cuando al Che le dieron a conocer que el joven capitán Roberto Rodríguez (El Vaquerito) había muerto en la toma de la ciudad de Santa Clara exclamó: «Me han matado cien hombres».

En ese momento el valiente jefe guerrillero de 23 años de edad era el jefe del Pelotón Suicida de la columna bajo el mando del Che, quien al comunicar la triste noticia resaltó que El Vaquerito jugó con la muerte una y mil veces en la lucha por la libertad de Cuba.

Él, en un relato sobre El Vaquerito, resaltó que cuando este se sumó a las filas del Ejército Rebelde era un muchacho alegre y sano, sin ideas políticas, y que valoraba como una aventura la lucha armada en la Sierra Maestra, adonde arribó descalzo, y a quien Celia Sánchez le prestó unos zapatos de manufactura mexicana, que eran los únicos que le servían dada su pequeña estatura, y con ellos y un gran sombrero campesino parecía un vaquero.

También destacó en ese escrito que para este joven camagüeyano la realidad y la fantasía no tenían fronteras, pero su valentía en la guerra de guerrillas se hizo leyenda, y subrayó que en una ocasión

El Vaquerito se había referido a su azarosa vida con anécdotas chispeantes, y cuando él calculó el tiempo total de las hazañas y trabajos que decía el jovial y simpático personaje que había protagonizado, resultó que los llevó a cabo en una mayor cantidad de los años que había cumplido.

El coronel (r) Hugo del Río, quien fuera teniente del Ejército Rebelde formaba parte de la tropa de El Vaquerito, la cual junto a los otros integrantes de la fuerza invasora rebelde participó en la batalla de Santa Clara.

«A El Vaquerito lo hacen jefe por primera vez en la Sierra Maestra, cuando él y otros rebeldes iban a cumplir la orden de hacer estallar una mina y se toparon con una patrulla batistiana en el Alto de Cahuara, y en el tiroteo se retiraron del lugar todos los guerrilleros menos él, y poco después llegó allí Fidel, quien, al comprobar que el único que quedaba era el combatiente de Morón, lo puso al mando de varios hombres».

De esta acción guerrillera supo el Che a través de una carta, con fecha 11 de julio de 1958, que le envió Fidel.

«Al día siguiente comenzó la batalla de El Jigüe, donde los rebeldes fueron dirigidos por Fidel en el enfrentamiento a un batallón de soldados batistianos, que estaban cercados. A mí se me ordenó operar en coordinación con El Vaquerito, a quien conocí allí, después integramos la columna del Che, a la cual él solicitó integrarse aunque fuera como soldado».

Durante casi tres meses los guerrilleros, comandados por el Che atravesaron las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, azotados por la inclemencia del tiempo, por terrenos en terribles condiciones, y



ríos desbordados, a pesar del hambre, la sed y el hostigamiento del enemigo batistiano.

En el territorio agramontino El Vaquerito sobresalió por su valor en el combate de La Federal, donde guardias de la tiranía se habían atrincherados en una suntuosa residencia, y él poniendo en peligro su vida, posibilitó la retirada de otros rebeldes, y también se destacó en el cumplimiento de una riesgosa misión en Cuatro Compañeros, para que los invasores procedentes de las montañas orientales burlaran el cerco enemigo sin tener que sostener un nuevo enfrentamiento bélico con el ejército batistiano.

En un informe del Che a Fidel, el 13 de septiembre de 1958, él expone lo ocurrido a los hombres bajo su mando en la provincia de Camagüey, y elogia la conducta combativa de El Vaquerito, quien tras arribar la columna 8 a la cordillera del Escambray informó a sus subordinados que el comandante argentino había aprobado su propuesta de crear el Pelotón Suicida, entre cuyos componentes estaba Del Río.

«La primera acción de importancia que efectuó el Pelotón Suicida fue la toma del poblado de Fomento, donde combatimos durante varios días. Al finalizar el combate, el Che le otorgó los grados de capitán a El Vaquerito por su valor personal y su capacidad de mando».

Posteriormente se atacaron los cuarteles de Cabaiguán y Guayos, cuyas guarniciones se rindieron sin ofrecer mucha resistencia.

«En medio del combate en Cabaiguán, el jefe batistiano del cuartel pidió una tregua y el Che fue a parlamentar con este individuo y logró su rendición. En esa localidad El Vaquerito supo que un francotirador

batistiano estaba disparando contra los pobladores desde la azotea de una vivienda, entonces se dirigió hacia allí, pero antes de subir por una escalera de caracol, uno de sus hombres le advirtió que podrían matarlo, a lo que respondió que si esto ocurría se podría saber el lugar exacto donde estaba el enemigo para liquidarlo».

En Caibarién, ante la negación de la soldadesca batistiana a rendirse a los rebeldes, El Vaquerito ordenó que se buscara un carro cisterna con gasolina, y por un altoparlante informó al enemigo atrincherado en el cuartel que si no abrían sus puertas se procedería a quemarlo con ese combustible. De inmediato apareció una sabana blanca atada a un palo en una de las ventanas de la edificación para solicitar una tregua.

«El teniente jefe de los batistianos, que temía a la justicia revolucionaria por los crímenes cometidos, no quería rendirse, entonces El Vaquerito aprovechó el *impasse* en el combate, y lo desafió a sostener un duelo a muerte, a fin de evitar un mayor derramamiento de sangre, pero finalmente los soldados entregaron sus armas, a pesar de que su oficial se opuso a que los guerrilleros arengaran a rendirse a sus subordinados dentro del cuartel, lo que permitió acopiar una gran cantidad de armas, y demostró, una vez más, que el Che no se había equivocado al designar al combatiente camagüeyano como jefe del Pelotón Suicida».

Tras esta victoria militar en Caibarién a El Vaquerito y sus compañeros de armas se les ordenó avanzar por la carrera de Camajuaní hacia la ciudad de Santa Clara, donde, en la sede de la Universidad de Las Villas,

el Che precisó las zonas de combate de cada grupo guerrillero.

«A nosotros nos ordenó el Che atacar la estación de policía, y antes de llegar al lugar de destino El Vaquerito apoyó la iniciativa de uno de sus hombres de que se abrieran boquetes en las paredes que dividían las casas de una cuadra de la calle San Pablo, cercana a ese puesto militar, para evitar las bajas de los guerrilleros a causa de los disparos del enemigo batistiano, y así llegar hasta la azotea de una vivienda situada a 60 metros del sitio fijado para disparar contra los uniformados de azul, y allí estaba el pequeño combatiente cuando fue herido de muerte en la cabeza».

Cuando varios rebeldes trasladaban a El Vaquerito en busca de asistencia médica encontraron en el camino al Che con un oficial de la policía, que había sido hecho prisionero, uno de aquellos guerrilleros le pidió que ajusticiara al detenido, pero él le replicó que los revolucionarios no eran asesinos o criminales como los batistianos.

«Poco después de ser tomada la estación de policía, a través de la microonda de una perseguidora logré hablar con oficiales del regimiento “Leoncio Vidal”, quienes me pidieron una tregua, pero les dije que Santa Clara estaba en manos de los rebeldes, y que ellos estaban rodeados, y al precisarles que el jefe de los guerrilleros era el Che me pidieron hablar con él, quien intercambió con la jefatura de esa instalación militar por la misma microonda, y decidió que fuéramos los compañeros Núñez Jiménez, Rodríguez de la Vega y yo a exigir la rendición incondicional o de lo contrario los muertos y heridos ocasionados en el enfrentamiento entre ambas partes serían responsabilidad del jefe

del contingente batistiano, y este ultimátum hizo deponer las armas al enemigo».

Días antes de su caída en combate, había dicho a uno de sus hombres, el cual le había alertado acerca de que iba a perder la vida si se arriesgaba demasiado en los choques armados con las tropas batistianas, que a un hombre le podían disparar diez tiros pero uno solo de ellos era el que le causaba la muerte.

Y fue una sola bala la que provocó la desaparición física de El Vaquerito, a pocas horas del triunfo insurreccional del Ejército Rebelde, y del cual él fuera uno de sus más valientes e intrépidos capitanes bajo el mando del Che, quien lo inmortalizó en la historia de las luchas revolucionarias del pueblo cubano como el invencible e insustituible jefe del Pelotón Suicida.

Capítulo XI

El primer viaje por tres continentes

El primer recorrido por países de Asia, África y Europa del comandante Ernesto *Che* Guevara, como representante del Gobierno Revolucionario de Cuba, se realizó a mediados de 1959.

Durante tres meses el Che, junto a otros altos funcionarios gubernamentales, diplomáticos y técnicos cubanos recorrió cinco naciones asiáticas, dos africanas y una europea.

Uno de sus acompañantes fue el entonces capitán del Ejército Rebelde, Omar Fernández, quien en 1956 fuera elegido como Presidente de la FEU en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana, y tras incorporarse a la lucha insurreccional en la Sierra Maestra, bajo el mando del comandante en jefe, Fidel Castro, había combatido en el IV Frente «Simón Bolívar», al norte de la antigua provincia de Oriente, como jefe de la columna «José Antonio Echeverría».

Tras el triunfo de la Revolución, en 1959, tomó parte activa en la estructuración del Movimiento Juvenil Cubano, cuyo primer paso fue la creación de la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR).

«Cuando se produjo la huida del tirano Batista me encontraba en el puesto de mando de Fidel, en el central América, pues había ido a buscar armas pesadas y municiones, cumpliendo instrucciones del comandante Delio Gómez Ochoa, con el fin de rodear la fortaleza militar de la ciudad de Holguín, y debido a ese acontecimiento el máximo jefe de los rebeldes me ordenó que permaneciera con él en dicho lugar. Después, en esos primeros días de enero de 1959, se produjo mi primer encuentro con el Che en el aeropuerto de Camagüey, donde nos dijo a dirigentes de la FEU que lo localizaran cuando arribáramos a La Habana, porque el comandante en jefe le había asignado la tarea de organizar a la juventud cubana, y, por tal razón, tan pronto llegué a la capital, me puse en contacto con el jefe argentino-cubano, y participé en varias reuniones con dirigentes juveniles y estudiantiles de varias organizaciones revolucionarias, a fin de dar nacimiento a la AJR, en 1960».

Posteriormente Fernández tuvo a su cargo la jefatura de la exposición Operación Industria Cubana, que surgió por iniciativa de un grupo de estudiantes de medicina de la Universidad de La Habana para apoyar el llamado de Fidel como Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de consumir productos nacionales, en aras de impulsar el desarrollo de la industria cubana.

En abril de 1959, Fidel informó, en una comparecencia radiotelevisada, que una delegación cubana de alto nivel viajaría por varios países de los continentes de Asia, África y Europa, presidida por el Che, quien desempeñaba en ese entonces el cargo de jefe del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA).

«El objetivo de esta delegación, en la cual asumí el cargo de segundo jefe, sería de acercamiento a las naciones incluidas en el periplo diplomático, para iniciar o ampliar las relaciones comerciales y solicitarles apoyo a la Revolución Cubana frente a las maniobras norteamericanas, que contemplaban una agresión armada de Estados Unidos, tal como sucedió en 1961 cuando la invasión mercenaria de Playa Girón, en la que el pueblo armado infligió la primera gran derrota al imperialismo yanqui en América Latina, y recuerdo que cuando le pregunté cuál sería la vestimenta para el viaje me contestó que el uniforme de verde olivo porque con el mismo habíamos ganado la guerra de liberación nacional contra la tiranía batistiana y los gringos, y aunque en la sastrería del Ejército Rebelde, ubicada en el cuartel capitalino de San Ambrosio, nos entregaron tres uniformes de dicho color, él prefirió llevar la ropa que había utilizado en la lucha guerrillera».

El 12 de junio de 1959 partieron del aeropuerto de Rancho Boyeros en un avión Britania de la empresa Cubana de Aviación.

«Fidel fue a despedirnos e hizo un aparte con el Che en la antigua cafetería, situada en los altos de la Terminal 1, y allí conversaron alrededor de una hora, después el comandante en jefe se me acercó y me dijo que cuidara al médico argentino, quien en ese momento dirigía los primeros proyectos de industrialización desde el INRA, porque significaba mucho para la Revolución Cubana».

A la primera nación que arribó la representación oficial de la mayor isla del Caribe en su recorrido tricontinental fue la República Árabe Unida (RAU) de

Egipto y Siria, donde los cubanos se entrevistaron con varios dirigentes y personalidades del gobierno egipcio, y también sostuvieron un fraternal encuentro con el presidente de ese país nordafricano, Gamal Abdel Nasser, quien, al frente del movimiento patriótico de las fuerzas armadas egipcias, «Los Oficiales Libres», destronaron al corrupto y cipayo rey Farouk y abolieron, en julio de 1952, la monarquía, para proclamar la república, a cuyo premierato ascendió él, dos años después.

«En el Palacio de Kubak se celebró el encuentro con Nasser, quien hablaba perfectamente el idioma inglés porque, como Egipto fue una colonia británica, los oficiales del ejército se formaron en escuelas de Gran Bretaña, y nos sirvió de traductor Francisco García Valls, asesor del Che, y mientras este último entregó al dirigente egipcio un mensaje de Fidel, el jefe del gobierno del país de las pirámides impuso a todos los cubanos la Medalla de la República, la máxima condecoración que se otorga a los invitados oficiales y especiales de esa nación mediterránea, y por la noche asistimos a la cena que nos ofrecieron los gobernantes egipcios. En ambas actividades Nasser se comportó muy afable y gentil con nosotros, y nos expresó su disposición a colaborar con Cuba en cualquier esfera».

Fernández aún recuerda que en varias oportunidades durante el recorrido tricontinental conversó con el Che sobre diversos aspectos de la realidad cubana, y este siempre le decía que la Revolución Cubana no podía detenerse porque era un ejemplo para el mundo mientras existiera el imperialismo norteamericano.

«Él resaltaba que la lucha de los revolucionarios cubanos o de otras nacionalidades, tanto armada como

económica, sería por muchos años, porque el gobierno de Estados Unidos no aceptaba que se hubiera hecho una Revolución verdadera a solo 90 millas de sus costas, y ahora la lucha antimperialista era sin cuartel, pues los gringos harían todo lo posible por acabar con nuestra Revolución, y, a veces, cuando hablábamos de los problemas personales y familiares, pude constatar que él era una persona amante de la familia, de sus padres, tíos y hermanos que vivían en Argentina, y de su esposa e hijos residentes en Cuba, y por eso cuando me veía enviar tarjetas postales a mi familia de Santiago de Cuba me decía que lo hacía igualmente con sus familiares argentinos y cubanos».

Durante la estancia en la RAU, el Che y sus acompañantes se trasladaron por vía aérea a la zona de Gaza, donde visitaron campamentos de refugiados palestinos, y sobre los mismos él exclamó a Fernández, que estos precarios asentamientos de árabes expulsados de sus tierras natales por los israelíes sionistas, eran en realidad obra de los gobernantes estadounidense.

«En la localidad de Ralfah, uno de los palestinos le pidió al Che y a sus acompañantes que dijeran al mundo lo que estaban pasando ellos, y él lo abrazó a la par que le expresaba que Cuba lo denunciaría a la humanidad».

De Gaza retornaron a El Cairo para al día siguiente encaminarse hacia Siria.

«Luego de su independencia, este país del Medio Oriente estuvo afectado por varios golpes de estado, ejecutados por militares, hasta que en 1958 se fusionó con Egipto en la RAU, pero tres años después se separó por una revuelta de oficiales del ejército

nacional, y en 1963 el Partido del Renacimiento Árabe Socialista (BAAS) tomó el poder para establecer una junta militar denominada Consejo Nacional de la Revolución; en este territorio visitamos el museo de Damasco, las centenarias calles de la capital siria con sus afamados comercios, algunas áreas agrícolas, y nos reunimos con el ministro de relaciones internas, a quien el Che le hizo numerosas preguntas acerca de las experiencias locales en la rama agropecuaria».

Tras regresar a El Cairo los invitaron a visitar la milenaria ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro el Magno en la antigüedad, cuando los griegos dominaron el mundo.

«Allí fuimos con nuestros anfitriones egipcios a varios palacios que pertenecieron a los cortesanos de la monarquía de Farouk, caminamos por un malecón parecido al de La Habana, y estuvimos en una unidad de la Marina de Guerra, donde el Che pasó revista a una formación de cadetes y presencié, junto con nosotros y la oficialidad egipcia, maniobras militares en el mar Mediterráneo, que fueron elogiadas por él».

De Alejandría se desplazaron por carretera hasta la principal urbe de la antigua tierra de los faraones, y por el camino apreciaron el mejoramiento de la vida del campesinado después de la aplicación de la ley de Reforma Agraria. Al día siguiente acudieron a una fábrica de armas.

«En este lugar nos invitaron al Che y a mí a probar una ametralladora fabricada allí, que era bastante buena, aunque pesaba un poco, y nos regalaron una de ellas a cada uno. A él le obsequiaron, además, un rifle, lo cual le agradó mucho».

Otro de los lugares conocidos por los visitantes caribeños fue el canal de Suez, donde el Administrador General les explicó cómo se construyó el mismo, las causas y consecuencias de la agresión militar de tropas inglesas, francesas e israelíes en 1956 contra esta vía interoceánica, nacionalizada por el gobierno de Nasser, y sus perspectivas de desarrollo en beneficio del pueblo egipcio.

«Dimos varias vueltas por el canal en un barco y después viajamos en automóviles hasta Port-Said, ubicado en las costas del mar Mediterráneo; allí lo primero que hicimos fue depositar una ofrenda floral a las víctimas de la agresión imperialista de 1956, y después de observar la entrada de barcos al canal de Suez, uno detrás del otro hacia el mar Rojo, nos dirigimos hacia un astillero, donde presenciábamos las diversas tareas de fabricación y reparación de naves marítimas».

No podía faltar entre los sitios egipcios de interés visitados por la delegación cubana la mayor textilera egipcia, y la segunda en volumen de producción del mundo.

«Durante más de dos horas recorrimos la fábrica textil Al-Mahla Al-Kubra, donde vimos desde que se recibe el algodón sucio y con semilla hasta que se convierte en tela, empacada y lista para su venta, en la que laboraban 15 000 obreros y 2000 empleados, y donde el Che formuló numerosas preguntas».

Tampoco se obvió un encuentro con el titular del Ministerio de Reforma Agraria en una cooperativa campesina, situada a una hora de la capital egipcia.

«El alto funcionario gubernamental, después de explicarnos ampliamente sobre la situación del sector agropecuario en su país, regaló un libro sobre esto al

Che, y asistimos a una reunión de él con campesinos del lugar, en la que conocimos algunas particularidades de la actividad rural».

En el último día de la visita oficial a la RAU, durante dos semanas, el Che y sus acompañantes acudieron a la residencia de Nasser.

«Fuimos para despedirnos y agradecerle las atenciones recibidas por nosotros, y aprovechamos para conversar sobre diversos aspectos de las relaciones comerciales entre ambas naciones, y el mandatario egipcio nos manifestó la disposición de su gobierno de incrementar los vínculos con Cuba, lo cual tuvo en cuenta el Che cuando al indagar sobre su impresión de la visita a la RAU me comentó que había sido positiva».

Más tarde se ofreció una conferencia de prensa por el Che con periodistas de la prensa egipcia y de otras naciones, en la cual él resaltó que la Revolución Cubana deseaba relaciones de amistad y respeto mutuo con todo el mundo.

De la RAU la delegación cubana se encaminó hacia la India, donde una de las primeras actividades realizadas en el milenar territorio del subcontinente asiático fue entrevistarse con el primer ministro, Jawaharlal Nehru.

«Él nos recibió en su oficina vestido de blanco con un gorro de igual color en forma de kepis, y nos impresionó por su sencillez y humildad en su forma de expresión, ya que no mostró ningún gesto de vanidad personal, y a quien el Che obsequió una caja de tabacos antes de comenzar el diálogo sobre lo que pasaba en Cuba y en la India. Cuando finalizó el encuentro nos invitó a un almuerzo informal en su casa al día siguiente, momento en el que nos presentó a su

familia, y continuamos conversando sobre temas de interés para ambas partes».

Con anterioridad, ese mismo día, habían depositado una ofrenda floral en la tumba de Mahatma Gandhi, el líder de la independencia de la India, y luego sostenido conversaciones con el ministro de defensa, Krisna Menon.

«Como uno de los ministros más influyentes del gobierno indio era considerado Menom y, además, representaba a su país ante la ONU. Este, hablando con el Che, le dijo que el pueblo cubano no podía permitir que la Revolución fuera destruida por Estados Unidos».

También intercambiaron con otros altos funcionarios indios, y recorrieron varias fábricas, cooperativas, centros de investigación científica, famosos lugares históricos y religiosos, entre ellos, el mausoleo de Taj-Mahal, en la ciudad de Agra, y la mezquita Jama Masjid, la más grande del mundo, ubicada en Nueva Delhi, así como el Instituto Experimental del Azúcar, asentado en la localidad de Lucknow, y una fábrica de yute, en Calcuta.

«En esta última preguntamos de todo acerca de la producción de esta fibra, con la que se elaboran sacos para envasar crudos, los cuales se compraban a la India hasta que se sustituyeron por los de kenaf, y para ello se adquirió por orientación del Che, en Irlanda del Norte, una fábrica de procesamiento de esta planta, que se cultiva en nuestro país, para elaborar sacos con destino a la industria azucarera».

En la continuación del periplo internacional dejaron atrás la tierra natal de Gandhi y Nehru para dirigirse a Japón, donde la primera autoridad política

que los recibió fue el gobernador de Tokio, quien les hizo entrega de la Llave de la Ciudad.

«Posteriormente estuvimos en varias fábricas y lugares, pero hay que destacar que desde que llegamos a la nación del sol naciente el Che mostró su deseo de ir a Hiroshima, lo que a pesar de las evasivas de los anfitriones nipones se realizó por él en unión del embajador cubano y otros compañeros. Ya en esa urbe, bombardeada con un arma atómica en agosto de 1945, que dejó un saldo de más de ciento ochenta mil muertos, la recorrimos, y entramos en el Museo Atómico, en el que se muestran las atrocidades y barbaridades que produjo esa genocida bomba, así como depositamos una ofrenda floral ante el monumento a las víctimas del holocausto nuclear perpetrado por Estados Unidos».

La estancia de la delegación cubana en Japón culminó con un acto de celebración del Sexto Aniversario del 26 del Julio.

«Estaban invitados industriales nipones, embajadores acreditados en Tokio, y amigos de Cuba, quienes se interesaron en hablar con el Che y demás compañeros cubanos sobre lo que acontecía en la patria de Martí y Fidel».

Tres días después arribaron por vía aérea al aeropuerto internacional de la capital de Indonesia, y no pasó mucho tiempo para que se efectuara el encuentro con el presidente indonesio Sukarno, quien los invitó a visitar la ciudad de Bandung, donde se efectuó, en 1955, una histórica conferencia de naciones del Tercer Mundo, que es considerada como la cuna del Movimiento de los Países No Aliados.

A solicitud de órganos de prensa de Indonesia y de otros países, el Che accedió a responder preguntas de numerosos periodistas internacionales.

«Él declaró que cuatro o cinco compañías norteamericanas que habían poseído varias extensiones de tierra en Cuba, y fueran nacionalizadas por la Reforma Agraria, estaban fomentando todo tipo de agresión contra la pequeña isla del Caribe, además, aseguró que en el pasado se dependía del azúcar en esa nación, pero que el Gobierno Revolucionario trataba por todos los medios de cambiar esa situación económica mediante el desarrollo de otras ramas agrícolas».

En el archipiélago indonesio una de las más famosas islas es la de Bali, donde los cubanos establecieron contacto con la cultura autóctona al visitar el Museo de Arte y ver la actuación de un grupo de danza nativa, lo que fue elogiado por el Che.

Al término de la visita, partieron con rumbo a Sri Lanka, antigua Ceilán, donde fueron recibidos por el primer ministro, Salomón Bandaranaike, y más tarde se dirigieron a la universidad, donde se celebró en 1956 la Sexta Conferencia Internacional de Estudiantes con la participación del presidente de la FEU, José Antonio Echeverría.

«En esa nación asiática se firmó un convenio para la venta de 20 000 toneladas de azúcar cubana al mercado srilankés, y se sembró por el Che y otros compañeros, en una plantación de caucho, el Árbol de la Amistad, que hoy en día es un árbol frondoso que simboliza la fraternidad entre los dos pueblos».

El último país que visitó la delegación cubana en Asia fue Pakistán, cuyo presidente Muhaammad Ayyub

Kan y varios ministros dialogaron con los integrantes de la misma.

«El calor que hacía era sofocante, pero a pesar de esto fuimos a varios sitios, entre ellos, la ciudad industrial de Karachi, y el Instituto de Investigación del Algodón, ya que para ellos este cultivo es el principal renglón económico y la dirección del mismo notificó que podían ofrecer cursos sobre el procesamiento fabril de dicha fibra a químicos y físicos cubanos, lo que fue aceptado por el Che, quien más tarde respondió a preguntas de periodistas en una conferencia de prensa que tuvo lugar en el hotel donde nos hospedábamos, en Islamabad».

Por invitación del gobierno de la desaparecida Yugoslavia, la representación oficial de Cuba, arribó a Belgrado, la capital yugoslava, donde la primera actividad de ellos fue acudir al Museo de la Guerra.

«Allí nos explicaron el desarrollo de la guerra de liberación contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, y vimos los equipos y armas que fueron arrebatadas por los guerrilleros a los militares hitlerianos, así como el puesto de mando desde el cual el jefe máximo de los rebeldes, Joseph Broz (Tito), quien en 1961 organizó una Conferencia de Países no Alineados en Belgrado, a la que acudieron 21 naciones, entre ellas Cuba. Con él nos entrevistamos, días después, en la isla de Brioni. Lo primero que hizo fue preguntar por Fidel y señalar que los cubanos habían hecho una obra colosal con la Revolución Cubana, a lo que le respondió el Che que la ínsula antillana necesitaba de la solidaridad del mundo para enfrentar cualquier agresión norteamericana, y para ello requería de armamento, pero el mandatario yugoslavo no dio respuesta

alguna, a pesar de que en su país existían numerosas fábricas de armas».

Al concluir la estancia en la República Federativa de Yugoslavia, el Che declaró a los medios de prensa que la misión de buena voluntad, que él encabezaba, había sido recibida con sincera simpatía por las autoridades gubernamentales de esa nación europea.

«Añadió que en el encuentro con Tito este manifestó su solidaridad con el pueblo cubano y su Gobierno Revolucionario, y abogó porque se estrecharan los lazos de amistad y aumentaran los intercambios comerciales entre los dos pueblos y gobiernos, así como subrayó que aunque fue corta la visita de la representación oficial cubana a Yugoslavia, pues tuvo una duración de cinco días, tanto él como sus acompañantes conocieron algo nuevo de la autogestión industrial para desarrollar el bienestar común, y finalizó expresando su deseo de que se profundizara la amistad y la cooperación mutuas».

Hacia Sudán, la nación africana de mayor extensión territorial en aquel entonces, se trasladaron los cubanos tras abandonar la zona balcánica de Europa, y allí se entrevistaron con el presidente sudanés, Ibrahim Abboud, quien, además, ocupaba los cargos de primer ministro y jefe de las Fuerzas Armadas, que los instó a viajar en un avión hasta el lugar donde se construía una presa en el río Nilo Blanco, y también conversaron con el ministro de agricultura, general Magbool Alamior, al cual el Che le propuso enviar una misión sudanesa a Cuba para estudiar la fabricación de azúcar y su agrotécnica, a fin de desarrollar este renglón económico en Sudán, lo que fue aceptado por su interlocutor.

«Luego fuimos a El Cairo, donde el Che se entrevistó con el aspirante presidencial brasileño, Janios Cuadros, sobre las realidades de Brasil, Cuba y América Latina, y lo invitó a viajar a Cuba. De la capital egipcia nos movimos hacia Marruecos, en cuyo aeropuerto internacional de Casablanca nadie nos esperaba, y por nuestra propia cuenta nos dirigimos a Rabat. En el hotel Balina nos contactaron agentes policíacos, en tres ocasiones, ya que les preocupaba vernos uniformados y barbudos, pero a pesar de que el comandante argentino cubano les explicó quiénes éramos insistían en que teníamos que quitarnos la ropa para salir del lugar de hospedaje, finalmente todo se aclaró cuando se apareció un funcionario marroquí del poder ejecutivo con quien se coordinó las entrevistas con alto funcionarios de esa nación árabe, y visitas a sitios históricos».

En este territorio nordafricano culminó el periplo de la representación diplomática del Gobierno Revolucionario por tres continentes, cuyos integrantes retornaron a Cuba el 8 de septiembre de 1959.

«Enseguida que llegamos a La Habana el Che fue a ver al ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, para informarle en detalles sobre los resultados del recorrido tricontinental, y después realizamos declaraciones a la prensa, en la que destacamos las muestras de solidaridad con la Revolución Cubana en las naciones visitadas, y los principales acuerdos comerciales acordados con sus respectivos gobernantes».

A finales de 1959, Fernández fue designado Director General de la Aduana de La Habana, y luego formó parte, a solicitud del Che, del grupo operativo de

oficiales de las FAR a cargo de la defensa militar de la zona más occidental del país.

«Al ser nombrado el Che como ministro de Industrias me confía el viceministerio de la Industria Ligera, y en el tiempo que estuve en ese organismo aprendí muchas cosas interesantes sobre la producción, la economía y la organización empresarial, porque ese lugar era una gran escuela, sobre todo por contar con la tutela del Che, pues en el tiempo que estuve a su lado me formé como revolucionario».

Fernández siempre agradecerá las enseñanzas del Che, quien fue un modelo de revolucionario por su modestia, sinceridad, valentía política, consagración, lealtad, humanismo, inteligencia y austeridad.

Capítulo XII

La proverbial irreverencia del comandante de la boina negra

Uno de los participantes en la histórica reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio en la zona montañosa de Altos de Mompié, en mayo de 1958, fue el abogado Luis M. Buch, quien era un destacado dirigente de la lucha clandestina contra la dictadura batistiana, y, luego del triunfo revolucionario de 1959, ocupó el cargo de secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario.

«Conocí al Che en esa reunión, en la cual se analizaron las responsabilidades que los dirigentes del llano teníamos en el revés de la huelga general de abril de 1958, y participó por invitación del comandante Faustino Pérez, aunque no formaba parte de la dirección nacional del movimiento revolucionario, pero el Che se había manifestado en varias oportunidades en términos muy críticos hacia los que encabezaban el movimiento clandestino».

De ese trascendental hecho acontecido en la Sierra Maestra escribió el Che en su artículo «Una reunión

decisiva» que allí «se estuvieron analizando las consecuencias del fracaso del 9 de abril y el porqué de esa derrota y tomando las medidas necesarias para la reorganización del Movimiento y la superación de las debilidades consecuentes a la victoria de la dictadura».

En el encuentro se orientó a Buch que realizara las gestiones pertinentes para mejorar las comunicaciones radiales de la comandancia del Ejército Rebelde con el exterior.

«Me dijeron que era una cuestión fundamental la comunicación a través de las ondas de radio entre la Sierra Maestra y otras partes del mundo, y se decidió que el Che confeccionara la primera clave, muy sencilla, con letras y números, y después de hacerla, me enseñó a utilizarla antes de que yo viajara hacia Venezuela por orientación de la comandancia del Ejército Rebelde, ya que en esa nación sudamericana ya existía ese contacto indispensable para dar a conocer la verdad de lo que ocurría en la lucha armada contra el régimen de facto, y promover la solidaridad mundial con el movimiento insurreccional cubano».

Años después, cuando Buch y el Che formaban parte del Gobierno Revolucionario, rememoraron juntos lo ocurrido en Altos de Mompié.

«En la conversación le dije al Che que había dado “cranque” a Fidel contra los luchadores clandestinos por el fracaso de la huelga de abril de 1958, y él, visiblemente molesto, me replicó que como no conocía todo lo que pasaba en Cuba se había hecho juicios subjetivos de jefes de la clandestinidad, y que cuando preguntó a otros compañeros sobre mí,

le dijeron que era un abogado con un bufete en La Habana, siempre dispuesto a realizar las tareas que me encomendara la Revolución, y me resaltó que en la reunión de Altos de Mompié había analizado mis intervenciones en la misma, y aunque había variado un poco su criterio de reserva hacia mi persona pensó que yo abandonarí­a el proceso revolucionario cuando este se radicalizara, pero después de enero de 1959 estaba convencido de que seguirí­a en el mismo hasta el final, y estas palabras de él me permitieron darme cuenta de que era muy sincero, quizá­s demasiado, pero demostraba que poseí­a la capacidad y el instinto de un líder revolucionario para analizar profundamente a las personas que giran a su alrededor, lo cual, también, es una cualidad innata en Fidel».

Buch recuerda que cuando el Che fue nombrado presidente del Banco Nacional de Cuba, en noviembre de 1959, desempeñaba en ese momento la jefatura del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), todavía, en correspondencia con la tradición protocolar, se realizaba el juramento y toma de posesión de los ministros en una ceremonia oficial con la presencia de personalidades pú­blicas, y representantes de la prensa nacional y extranjera.

«El Che suscribió el documento de juramentación como má­ximo dirigente del principal organismo bancario del paí­s con su característica firma, pero en el solemne acto le expresé que debí­a hacerlo con su nombre completo, sin embargo no me hizo caso, y entonces el presidente Osvaldo Dórticos, al percatarse de la situación, indagó sobre lo que ocurrí­a, y sin

mucha demora el comandante argentino-cubano le respondió que cada uno firmaba como quería».

Esta proverbial actitud irreverente del Che en determinadas circunstancias se evidenció en varias ocasiones.

«Una de ellas ocurrió cuando le fue comunicado por el capitán Juan Escalona, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que el ministro de esa institución de defensa del país, comandante Raúl Castro, había ordenado que los miembros del Ejército Rebelde debían cortarse las melenas y afeitarse las barbas en correspondencia con el reglamento militar vigente, a lo que él reaccionó exclamando: “Dile a Raúl que me voy a pelar porque entre otras cosas este pelo me tiene bien jodido, pero que no se le ocurra mandarme a afeitarme porque eso sí que no lo voy a hacer”».

Otra tuvo lugar porque la Presidencia de la República había impartido instrucciones al jefe de la Casa Militar de la sede del poder ejecutivo, hoy en día convertido en el Museo de la Revolución, sobre la obligatoriedad de exigir a los militares cubanos que fueran vestidos con el uniforme de gala a las recepciones oficiales.

«La razón de esto es que se partía del principio de que si Fidel lo hacía, también los demás debían hacerlo por igual, y en la recepción por el aniversario del triunfo de la Revolución, en 1962, al llegar el Che sin vestir el uniforme de gala sino el de campaña, el jefe de la Casa Militar le comunicó lo que le había orientado la Presidencia de la República, y él le expresó que eso era una broma del Presidente ya que le gustaban las bromas, y por supuesto entró en el recinto, y al día siguiente cuando



Dórticos conoció a través del más alto oficial de la guarnición presidencial lo sucedido con el ya ministro de Industrias le dijo a su interlocutor que lo dispensara porque no le había dicho que este no estaba obligado a cumplir las instrucciones sobre las normas protocolares».

En algunos encuentros de Buch con el Che, por razones de trabajo relacionadas con el Consejo de Ministros, ambos dialogaban sobre diferentes hechos históricos de la Revolución Cubana, y a este último le impresionaba la memoria del primero.

«Varias veces acordamos reunirnos para escribir las memorias históricas de la lucha insurreccional contra la tiranía batistiana, pero por uno u otro motivo no pudimos hacerlo, y en uno de los encuentros le pregunté acerca de documentos históricos que le había confiado, y me contestó que los había entregado a Celia Sánchez, y al recriminarlo por esto sin haberme consultado, reaccionó bromeando al plantearme si yo estaba desconfiando de ella, lo que provocó que tuviera que aceptar lo hecho por él, quien ya en ese momento se estaba preparando para irse a luchar como guerrillero en otras tierras del mundo, lo cual yo ignoraba».

El proyecto de redacción conjunta de acontecimientos de la Revolución Cubana por Buch y el Che no pudo convertirse en realidad porque este último decidió participar en la lucha armada contra los explotadores y opresores imperialistas y oligárquicos en el Congo y en Bolivia, hasta su caída en la nación altiplánica al frente de un grupo de combatientes internacionalistas de varias nacionalidades.

Mas Buch escribió varios libros de carácter histórico que hubiera deseado elaborar con el médico, guerrillero, y ministro argentino-cubano, y con los cuales rindió su humilde homenaje de recordación a quien ayer, hoy y siempre será un ejemplo para los revolucionarios del mundo.

Capítulo XIII

Comunista y economista

La presidencia del Banco Nacional de Cuba (BNC) fue asumida por el Che en el penúltimo mes de 1959.

También, en esos históricos días, el combatiente internacionalista argentino recibió el documento acreditativo de ciudadano cubano en reconocimiento a su destacada participación en la lucha revolucionaria contra la tiranía batistiana.

El mismo día en que el jefe guerrillero fue nombrado para dicho cargo gubernamental por el Consejo de Ministros, el embajador norteamericano en Cuba, Phillip Bonsal, con la prepotencia y altanería de un procónsul imperial, se entrevistó con el presidente cubano doctor Osvaldo Dórticos para manifestarle la objeción de Washington a ese acuerdo soberano del Gobierno Revolucionario, porque la Casa Blanca y sus lacayos de la oligarquía insular no aceptaban que tal responsabilidad fuera desempeñada por alguien que no fuera un testaferro que defendiera a la clase burguesa y terrateniente.

Al respecto, el Che señaló que hasta su entrada en el BNC «todas las decisiones de tipo financiero del Gobierno Revolucionario estaban controladas por lo

menos por un representante de los intereses financieros de Wall Street».

Entre quienes lo acompañaron en la importante tarea bancaria estuvo el joven revolucionario Héctor Rodríguez Llompart, quien recuerda que la contrarrevolución interna encubrió su abierto rechazo a la promoción ministerial del Che con un chiste en el que se exponía malintencionadamente que en cierta ocasión Fidel había indagado entre sus compañeros de lucha si alguno era economista, y que el combatiente internacionalista argentino-cubano levantó equivocadamente la mano porque entendió que se preguntaba por un comunista, pero él demostró con creces que no solo era un comunista verdadero sino también un intelectual con profundos conocimientos económicos a través de su participación en debates públicos sobre cuestiones de la economía con personalidades cubanas como Carlos Rafael Rodríguez, Marcelo Fernández y Alberto Mora, y en sus artículos de fondo publicados en las revistas *Verde Olivo*, *Nuestra Industria* y *Cuba Socialista* así como en su libro *Apuntes críticos a la Economía Política*.

Añadió Rodríguez Llompart que entre las primeras medidas dictadas por el Gobierno Revolucionario, al tomar el poder en enero de 1959, para ser aplicadas por el BNC, sobresalieron las dirigidas a evitar la extracción de fondos monetarios hacia el exterior por exfuncionarios y colaboradores del régimen tiránico.

La Ley 210, que se promulgó en abril de ese año, disponía la retirada de circulación de los billetes cubanos de mil y quinientos pesos, cualquiera que fuera su fecha de emisión, los cuales dejarían de tener validez monetaria a partir del último día de ese mes.

«Mas no se logró plenamente lo que se perseguía con tal norma jurídica hasta que el Che comenzó a dirigir el BNC, y se mantuvo en esa responsabilidad gubernamental durante un año y tres meses ya que en febrero de 1961 se le confió la titularidad del recién creado Ministerio de Industrias».

«En su corto mandato el Che enfrentó exitosamente la misión a él encomendada, y supo resolver en la práctica la compleja situación que encaró, y dejó plasmadas, en decretos y leyes, las funciones correspondientes a un Banco Revolucionario, que sería, a partir de su paso por esa institución, un baluarte y escudo de nuestra Revolución: el cierre de la fuga de divisas del país y la promulgación de una nueva Ley Orgánica del Banco, que regulaba el crédito público y privado, y las operaciones bancarias y monetarias, como custodio de las reservas monetarias y de divisas, y único centro de ajustes y pagos del país, así como la elaboración de la resolución que nacionalizaba las empresas bancarias norteamericanas The First National City Bank of New York, The First National Bank of Boston y The Chase Manhattan Bank, y todas sus sucursales y agencias en Cuba».

Esta última decisión gubernamental estuvo basada en la Ley 851, aprobada en septiembre de 1960, en cuyos por cuantos se indicaba que «no es posible que una parte considerable de la Banca Nacional permanezca en manos de los intereses imperialistas que inspiraron la reducción de nuestra cuota azucarera en un acto de cobarde y criminal agresión económica».

En cuanto a esta trascendental legislación, el Che resaltó que «la reciente nacionalización de los bancos

norteamericanos establece un paso de avance en la conquista de la independencia económica absoluta por parte del pueblo de Cuba».

Dos meses antes, el mandatario estadounidense Ike Eisenhower había firmado la proclama nro. 3355 para reducir la cuota azucarera cubana en casi cien veces en el mercado norteamericano para los dos últimos trimestres de 1960, y el primero de 1961.

También apuntó Rodríguez Llompart que «otras medidas estratégicas se llevaron a cabo por la Revolución Cubana antes de que el Che fuera nombrado como ministro de Industrias, entre ellas, la Ley de Nacionalización de 44 empresas bancarias privadas nacionales, y sus 325 sucursales en todo el país».

Esa norma jurídica conocida como la Ley 891, y que fuera refrendada el 13 de octubre de 1960, declaraba que la banca cubana tenía una función pública, y que «era indispensable transformar la vieja estructura bancaria de la nación y adecuarla a las nuevas condiciones del desarrollo económico creadas como consecuencia del proceso revolucionario».

Apenas transcurrieron varios días cuando el Che compareció ante la radio y la televisión nacionales para explicar que el BNC estaba controlado por las bancas cubana y extranjera, y que para que el Gobierno Revolucionario pudiera adoptar alguna medida en beneficio de su economía debía oír la voz de los monopolios de Wall Street, lo que impedía aplicar una verdadera función de dirección del crédito y encauzar la industrialización del pequeño país caribeño.

En el momento de la nacionalización de la banca privada en Cuba existían treinta y ocho entidades

bancarias cubanas, y seis extranjeras así como cinco instituciones crediticias paraestatales.

Es necesario indicar que el Che fue uno de los principales artífices de una determinante operación financiera, que se realizó en 48 horas con perfecta discreción y eficacia, y con la participación de miles de personas, la utilización de numerosos equipos automáticos y la adaptación de numerosos lugares en cumplimiento de las leyes 963 y 964 de agosto de 1961.

En ambas se precisaba que «era necesario impedir que los recursos monetarios nacionales en poder de la contrarrevolución externa sean utilizados para conspirar contra el Gobierno Revolucionario y el pueblo de Cuba», y se autorizaba al cambio a la par de los antiguos billetes presentados en los centros de canje hasta la suma de 200 pesos por cada núcleo familiar, y lo que excediera dicha cifra se depositaría en una cuenta especial para su canje posterior.

«El Che durante su permanencia en el BNC dedicó mucho tiempo a la planificación y ejecución de la nueva emisión de billetes cubanos con su firma, para facilitar el canje de dinero, así como atendió otras tareas de carácter político y económico, entre ellas, el cambio de mercados de Cuba hacia los países socialistas debido al bloqueo de Estados Unidos».

Hay que agregar que en febrero de 1960 se efectuó en El Salvador la primera Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), donde el Che expuso que Cuba no continuaría perteneciendo a esa institución bancaria interamericana, ya que la misma estaba bajo el estricto control de Estados Unidos, lo que igualmente se realizó a través de él con

el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) por la misma razón.

El cumplimiento del Programa del Moncada con las nacionalizaciones de los medios fundamentales de producción y de la banca privada, en los meses de septiembre y octubre de 1960, dio lugar a que se decretara la Ley 930, el 21 de febrero de 1961, para establecer el monopolio del Estado cubano sobre el crédito y las finanzas.

Ese mismo día el Che fue nombrado ministro de Industrias para impulsar el desarrollo económico del país en la etapa de construcción del socialismo, después de transitar exitosamente por el BNC donde, como subrayó Rodríguez Llompart, aplicó medidas que «llevaron su sello de organizador, trabajador incansable y hombre de inteligencia y talento al servicio de la causa revolucionaria».

Capítulo XIV

Austeridad, eficiencia y control interno

La primera vez que el contador Ángel Arcos Bergnes participó en una reunión de trabajo, presidida por el Che, con todos los interventores de centrales azucareros del país, fue cuando el comandante de la boina negra era jefe del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA).

«La impresión que tuve de él en aquella reunión fue muy positiva porque habló claro, basándose en conocimientos muy profundos y objetivos de la problemática cubana, y después, a mediados de 1961, asistí en mi condición de auditor general de la Administración General de Ingenios a otra reunión en el salón de actos del recién creado Ministerio de Industrias (MININD), en el cual él era el titular, y en la cual discrepé del poco tiempo que se planificó el primer inventario de medios de rotación en las más de doscientas empresas de la industria del azúcar, y él me escuchó atentamente y resolvió otorgar dos meses más para ejecutar esta tarea, lo que me demostró que sabía escuchar y razonar».

Meses después, siendo Arcos Bergnes jefe de Personal del MININD, tomó parte, por primera vez, en el

Consejo de Dirección de ese organismo, que dirigía el Che.

«Él llegó con andar ligero, vestido con el uniforme verde olivo y la camisa por fuera, y fumando un cabo de tabaco, y después de saludar a todos los presentes, se sentó en uno de los lados de la mesa, y no en uno de los extremos como se acostumbraba por los jefes, y ordenó que se chequearan los acuerdos de la reunión anterior. En sus intervenciones en aquel momento, y como siempre lo hacía, hablaba más bien en voz baja, a veces con cierta lentitud, y cuando reía lo hacía con todo su rostro a través de una sonrisa pícaro».

También Arcos Bergnes ocupó los cargos de director de las ramas mecánica liviana, textil y del cuero del MININD en el tiempo en que el Che fue el ministro en funciones.

«En el trabajo, él era en extremo organizado, y su nivel de exigencia estaba muy por encima de la media, siendo crudo y directo en sus planteamientos, sin embargo su forma de conducir las reuniones, de tratar y enfocar los problemas, era firme pero familiar, sencilla y objetiva, y tan humano que su ternura rozaba la paternidad; en la práctica demostró grandes dotes como organizador, y de tener iniciativa creadora y férrea disciplina, además, nunca cejó en su empeño por su constante superación pues fue un estricto estudioso del marxismo-leninismo, de las matemáticas superiores, de la programación lineal, de la economía, de la contabilidad y de todo lo relacionado con la ciencia de la dirección, así como siempre mantuvo el don de escuchar a todos, sin interrumpir a nadie, y atendía con mucho respeto las

intervenciones de los compañeros, mas era un crítico y un autocrítico implacable ya que exigía criterios sobre el MININD y sobre él mismo, y muchas veces lo vimos autocensurarse por compras mal realizadas y cuando alguien pretendía justificarlo por su falta de experiencia contestaba que “hay errores imperdonables cuando entra en juego el dinero del pueblo”, y, además, uno se sentía seguro, apoyado y respaldado al trabajar bajo sus órdenes, como si te respaldara un gigantesco bulldózer, porque inculcó en sus cuadros la seguridad en sí mismos y la aplicación consecuente de la autoridad y la ejecutividad, aunque les imponía una disciplina férrea, y no le gustaban los que utilizaban la frase: “sí, señor”, pues decía que no quería personal domesticado en el MININD, y sobresalía por su honradez, modestia y sencillez. Fue un trabajador incansable, con un alto espíritu de sacrificio y de constancia, y su autodisciplina era admirable; resultaba increíble el control que demostró tener sobre los problemas del organismo central y sus empresas, era un hombre indoblegable e incorruptible, con su ejemplo exigió y enseñó como un maestro que formó cuadros en todo su entorno, y aunque tenía una gran confianza en sus semejantes aplicaba siempre la duda consecuente, y a pesar de no haber nacido en Cuba llegó a conocer la idiosincrasia, las virtudes y los defectos de los cubanos, y la austeridad personal la estableció como norma y política del MININD. Dudaba de aquellos de los que todos hablaban bien pues repetía que “hay quienes no vibran ante las inquietudes y el dolor de los demás, que no se conmueven ante los problemas y no les duele el hígado ante una injusticia”, y luchó mucho por crear el Hombre Nuevo, sin

considerarlo como un ser inalcanzable, ni como un Dios, y también decía que “es fácil hablar y criticar porque no cuesta ningún trabajo pero lo que es difícil es actuar, resolver, coordinar las voluntades y los intereses, y encontrar las mejores soluciones a los problemas que podrían ser enormes pero mayor aún debía ser la decisión de resolverlos”.

El Che profundizó en el estudio de las modernas técnicas de dirección del capitalismo tan pronto asumió la cartera de la rama industrial del país, para aplicar las más eficaces y positivas en la construcción de la nueva sociedad socialista en Cuba sin copiarlas mecánicamente, y mucho menos aplicarlas irracionalmente en perjuicio de la economía nacional.

«El Che ejerció su liderazgo en el MININD sobre principios tales como el centralismo democrático, la subordinación del interés individual al colectivo, el control desde arriba y desde abajo, la aplicación de un sistema de estímulos, el precepto de autoridad y responsabilidad única, la unidad de objetivos entre la labor política del Partido, el trabajo de la administración y el papel de los sindicatos, y consecuentemente con esos fundamentos, enfatizó en el perfeccionamiento de las principales funciones de dirección, como la planificación, la organización y el control, y dentro de los distintos métodos de trabajo priorizaba, en las condiciones concretas de Cuba, los organizativos, económicos, matemáticos y sicosociológicos, y enfocó su trabajo hacia el vínculo entre los principios y las funciones de dirección, en correspondencia con su propio estilo de trabajo, el cual se regía por un enfoque ideológico, la promoción de iniciativas, la creatividad, y la relación de la teoría con la práctica,

así como la distinción entre el papel del Partido y la administración».

Entre las formas de implementación de tales propósitos él consideró como de vital importancia los Consejos de Dirección, ya que a través de ellos, y con estilo participativo, se podía practicar el centralismo democrático, la discusión colectiva y la responsabilidad individual.

«Para desarrollarlos, exigió con el mayor rigor que se cumplieran ciertas premisas, entre ellas, la estricta disciplina en la asistencia, que establecía la prohibición de la entrada a ellos, sin importar la jerarquía del impuntual, con quien se depuraban posteriormente las causas de la llegada tarde, la cuidadosa selección de los temas a tratar, la preparación previa de los documentos a discutir, y la máxima participación colectiva en la elaboración de estos, así como la amplia y efectiva intervención de los miembros de los Consejos de Dirección en la discusión de las tareas, el cabal cuidado en las normas de respeto y de relaciones humanas y éticas entre los participantes, también era prioritaria la calidad en la elaboración de las actas, pues él las chequeaba y les hacía observaciones gramaticales, ortográficas y de redacción».

El estilo y el método de trabajo que estableció el Che en las 48 empresas e institutos de investigación del MININD coadyuvaron a que se alcanzara allí una alta eficiencia en la gestión de dirección.

«Cuando el MININD se organizó, y se institucionalizaron cientos de sus operaciones y mecanismos de control, los que trabajaban por ese entonces en los puestos claves, y habían construido con el Che aquel aparato de dirección que dominaba muchos frentes

como un reloj, sentían un sano orgullo revolucionario, y a veces proclamaban a todos los vientos que este organismo era el mejor del país, el más organizado, el más eficiente y el más disciplinado, pero él nos decía que lo único que se puede proclamar es que somos los menos malos porque teníamos errores imperdonables».

Siempre mostró preocupación por la constante capacitación de todos los trabajadores del MININD, y de los cuadros de dirección, en especial de los administradores de fábricas con menos de sexto grado de escolaridad, a quienes se les ofrecían cursos para obtener el certificado correspondiente, pues no era posible dirigir una unidad fabril sin ser graduado de la enseñanza primaria.

«Él calificaba como “ilustres improvisados” a los administradores que se negaban a asistir a los cursos de nivelación para el sexto grado, y afirmaba que hasta que cada uno de ellos no fuera un especialista universitario en su rama de producción, y con diez años de experiencia práctica no sería suficiente, e insistía en que a la gente había que enseñarle porque nadie nace sabiendo, y resaltaba que a los cuadros hay que formarlos, elevarles su nivel de escolaridad y técnico, y controlarlos, y una de las tareas fundamentales del MININD fue la creación de numerosas escuelas de superación, entre ellas, la Escuela de Administradores de Fábricas y la Escuela de Directores de Empresas».

Asimismo criticaba los censurables mecanismos de selección de cuadros que traían consigo la promoción de algunos sin condiciones idóneas para que se adiestraran en las escuelas.

«Esto lo planteó en los distintos niveles de dirección, y recuerdo que en una oportunidad expresó que había sido motivo de discusión y crítica el método utilizado por algunos compañeros, que cuando se les solicitaba la selección de cuadros para superarse en métodos de dirección, escogían a los que no servían y a los que creaban problemas, y después de que estos se graduaban no los querían recibir ni ubicarlos, y les anunció que esto se tenía que acabar porque las escuelas no eran vertederos de cuadros».

En aquellos difíciles y complejos años en que se iniciaba en Cuba la construcción de una nueva sociedad, el Che exigía al máximo el cumplimiento de los planes de producción con eficiencia y calidad en el MININD, pero siempre confiado, a pesar de errores y dificultades, en que se avanzara hacia un futuro mejor.

«Un día, al concluir una de las reuniones de los máximos jefes administrativos del MININD, el Che, mirando por la ventana hacia la Plaza de la Revolución, dijo que cuánta verdad y sabiduría encerraba lo enunciado por Fidel en los primeros meses del triunfo de la Revolución acerca de que en nuestro país se había hecho una Revolución más grande que sus propios gestores y defensores, y que a pesar de las agresiones del enemigo imperialista, y los errores y tropiezos de los revolucionarios no se ha hundido el barco de la Revolución, que seguía navegando hasta su puerto final de la victoria».

La calidad de los productos era para el Che la mejor demostración de respeto al pueblo, y la consideraba como una obligación del obrero en el socialismo, unido al mayor ahorro posible de materias primas.

«Él repetía una y otra vez que nuestra obligación de productores de una sociedad que se libera es dar al pueblo lo mejor del esfuerzo personal convertido en productos de mejor calidad».

Uno de los peores defectos de las personas que él criticaba y sancionaba era ser mentiroso.

«El Che no aceptaba que le inventaran justificaciones, y muchos menos admitía que le mintieran. Recuerdo que en una oportunidad sustituyó de inmediato a un director general porque detectó que le mentía respecto a un incumplimiento del plan de producción».

Otro rasgo negativo que no le agradaba en los cuadros de dirección era la autosuficiencia.

«Un día le pregunté si él entendía que yo era autosuficiente, y me respondió que no me preocupara demasiado por eso sino que mejor me preocupara por mi carácter, pues yo quería imponer mis criterios a los demás sin convencerlos de que eran los correctos».

Una de las cuestiones que en algunas ocasiones fue objeto de análisis y discusión en los Consejos de Dirección del MININD fue la vinculada con la moral socialista, y en especial lo referente a las relaciones amorosas, enmarcadas en la infidelidad, entre jefes y subordinadas.

«A uno de los protagonistas de este tipo de caso, quien era director de una empresa, se le “demovió” a administrador de fábrica, pero algunos cuadros de dirección consideraban que la sanción debía ser más severa, a lo que el Che destacó que en determinadas situaciones los problemas morales se habían tratado con ensañamiento, y esto no era correcto porque nadie puede estar de acuerdo con que un hombre o una mujer tengan que vivir con su pareja para toda la

vida, y resaltó que en una Revolución debíamos preocuparnos por hacer revolucionarios y no sacerdotes».

Él no dejaba de insistir en que los directores de empresas, e incluso los administradores de fábricas, debían conocer los datos fundamentales de todo aquello que estaba bajo su responsabilidad administrativa.

«De forma sorpresiva en una de las reuniones comunicó que iba a realizar un examen sencillo sobre los índices principales que tenían que manejar los directores de empresas y otros dirigentes, y al comprobar con las respuestas de estos que no se estaban jerarquizando las tareas, que no se analizaban los incumplimientos de producción, y que no existía el hábito de realizar el análisis económico, entonces señaló que los dirigentes administrativos debían tener claro los datos de los abastecimientos y de la producción, aunque no eran los únicos, y enfatizó la obligatoriedad de la superación continua en las esferas técnica y política, así como ahondó en el nivel de burocratismo y en la importancia de la disciplina financiera y de los inventarios de los medios básicos».

También censuraba a quienes no expresaban en tiempo y forma sus opiniones sobre cualquier situación que afectara el debido funcionamiento del MININD.

«En cierta ocasión, cuando se analizaba por la máxima dirección del ministerio si era correcta o no la centralización excesiva en ese organismo gubernamental, alguien le hizo señalamientos críticos, y él respondió que no era reacio a las críticas, y aunque no le gustaban sino que las solicitaba para superar sus errores, si lo acusaban injustamente de algo no lo podía aceptar, porque sería negar o callar sus verdades».

Él subrayaba que había que predicar con el ejemplo personal, pues era esencial que para hacer avanzar la producción en el MININD se requería trabajar incansablemente, y que el mejor divulgador de esto era quien hacía más que los demás y estaba a la vanguardia en todo.

«En persona supervisaba el análisis y evaluación de los cuadros de dirección, y con espíritu constructivo orientaba discutir la valoración de cada dirigente».

Acerca de la necesidad de ejercer adecuadamente la contabilidad en las fábricas, el Che precisó que quienes cumplían con tal tarea debían demostrar una honestidad probada y una disciplina elevada, y también señalaba que había que perfeccionar los sistemas de control interno para detectar a tiempo cualquier infracción.

«Decía que alguna gente cometía actos de sustracción de dinero para reponerlo a los dos o tres días, y esto no era detectado por nadie por la ausencia de un elemental control administrativo, y después se convertían en ladrones o traidores, y se iban sumiendo cada vez más en el delito».

Como era enemigo del burocratismo y de las plantillas infladas, impulsó el accionar de la Dirección de Supervisión General para efectuar auditorías, inspecciones e investigaciones, porque consideraba que con esto podría ver lo que no querían que viera, y oír lo que querían que no oyera.

«La supervisión constante la empleaba para estar al tanto del estado y avance de la producción, y de las obras en ejecución, así como para evaluar mejor a los cuadros de dirección, y, además, investigar las quejas o denuncias que se formulaban en el MININD,

para darles respuesta o solución, porque él afirmaba que cuando una persona se quejaba lo menos que se podía hacer era atenderla, pero no aceptaba los anónimos, ya que para él, por principio, quien enviaba los mismos no era valiente ni estaba dispuesto a responder por lo que escribía, y demostraba su desconfianza en la Revolución».

Una de las más extraordinarias iniciativas del Che en el MININD fue el llamado Plan Especial de Integración al Trabajo o Plan de Democión para vincular a los cuadros de dirección a la producción directa en las fábricas.

«El objetivo fundamental del plan radicaba en proporcionar al dirigente una visión más amplia de sus funciones para ayudarlo a mejorar sus métodos de dirección, al comprobar, en la base, el cumplimiento o aplicación de las orientaciones superiores, y demostrar que los cargos directivos no eran fijos ni vitalicios, y que se podía regresar a la base en cualquier momento; también él hablaba de la necesidad imperiosa de que en el país se desarrollara un trabajo de equipo, partiendo de un espíritu colectivista, y a veces expresaba con cierto pesar que no estaba en sus manos implantarlo en todo el territorio nacional sino aplicarlo en el MININD para después presentarlo al Gobierno Revolucionario como un producto terminado».

Hay que agregar de que a fin de que a los miembros del Consejo de Dirección del MININD no estuvieran ajenos a los problemas de las unidades fabriles, él orientó que cada uno de ellos debía visitar por lo menos dos veces al mes dos industrias, y que se aplicara en estas un cuestionario guía sobre los aspectos principales detectados en esos lugares.

«Él nunca incumplió esta tarea, pero varios cuadros de dirección no practicaban la misma con la justificación de falta de tiempo, lo que el Che enjuiciaba como una irresponsabilidad, por eso decidió que esta orientación suya se convirtiera en una directiva de obligatorio cumplimiento, y a quien no la cumpliera se les descontaría tres días de salarios sin dejar de trabajar, lo cual dio resultados, porque nadie más se olvidó de ejecutarla, desde entonces él decía en forma jocosa que había comprobado que la disciplina a los cubanos le entraba por el bolsillo».

Él prefería realizar visitas sorpresivas a los centros de producción para evitar preparaciones previas que motivaban situaciones artificiales.

«Fuimos a una imprenta capitalina, que a juicio de él elaboraba libros de calidad antes de 1959, y después los hacía de basura, y junto con el jefe de Personal de la misma recorrimos el local, y, al pasar por donde estaba el reloj de entrada y salida, vimos a un grupo de trabajadores que estaban esperando para marcar la hora de salida, pero faltaban aún 15 minutos para concluir la jornada laboral, entonces el Che comunicó a ese cuadro de base que cuando este tipo de indisciplina se daba en las narices de él, quien se suponía era el responsable de velar por el aprovechamiento del tiempo de trabajo, era porque no lo respetaban en lo más mínimo y había que sustituirlo de inmediato».

En un recorrido por las Minas de Matahambre, ubicadas en la provincia de Pinar del Río, él bajó hasta el nivel 43 de las galerías, a más de cuatro mil pies de profundidad, donde a pesar de que respiraba con dificultad por la falta de oxígeno, debido a su padecimiento de asma, se empeñó en laborar varias horas.

«Él vio allí a un minero que, sentado en el suelo, rompía material con un martillo de aire entre sus pies, y lo imitó hasta lograr romper la norma establecida para media jornada, posteriormente, al conocer que no se estaba enviando por la JUCEPLAN a ese yacimiento minero la madera requerida para apuntalar los techos de las galerías, comentó que sería bueno que se llevara allí a trabajar al burócrata que no había entregado la misma para que no dudara más en destinarla a este lugar».

El comandante argentino cubano fue el mayor impulsor del trabajo voluntario en nuestro país desde que él lo introdujo, al protagonizar el primero con otros compañeros el 23 de noviembre de 1959 en la construcción de la Ciudad Escolar «Camilo Cienfuegos», en el Caney de las Mercedes, del municipio granmense de Bartolomé Masó, en las estribaciones de la Sierra Maestra, después acudió allí muchos sábados, a pesar de sus altas responsabilidades políticas y administrativas.

«En el MININD él convirtió el trabajo voluntario dominical en prácticamente una tarea más de las muchas que tenía, y la cumplía con una constancia admirable cada domingo, y durante todo el año estaba en el edificio del ministerio, desde las primeras horas de la madrugada, en primera línea, alegre y jarañeando, con un entusiasmo que contagiaba a todos los que participábamos junto a él en tareas agrícolas durante el tiempo de zafra, y en fábricas en las que captaba rápidamente la operación del equipo en que laboraba, e incluso, al final de la jornada, conversaba con los obreros y les insistía en perfeccionar sus técnicas de operación para introducir mejoras en las

mismas, y de esa forma evitar el embrutecimiento del trabajo mecanizado y rutinario, así despertaba la admiración de los trabajadores porque no descansaba ni un minuto, ni siquiera para merendar o ir al baño, y en esto estribaba el secreto del por qué era difícil ganarle en la emulación individual, y de que rompiera normas establecidas por operarios experimentados. Otra característica de él en el trabajo voluntario era que seleccionaba el puesto donde se laboraba con mayor intensidad, y cuando le brindaban una merienda, indagaba si era igual para todos los demás, o de lo contrario la rechazaba. Le daba una gran importancia al trabajo voluntario, no por sus efectos económicos sino porque contribuía al desarrollo de la conciencia revolucionaria, y por eso todos los lunes al llegar al Consejo de Dirección practicaba lo que llamaba compulsión moral, al decirle a los ausentes al trabajo voluntario el domingo anterior que no los había visto en el mismo».

La textilera «Camilo Cienfuegos», ubicada en el municipio de Güines, era una de las fábricas en la que dirigentes y trabajadores del MININD llevaban a cabo el trabajo voluntario dominical.

«Un sábado salimos del MININD cerca de la medianoche en varios vehículos, entre ellos, camiones cerrados, y nos extrañó no ver el automóvil del Che en el recorrido desde la Plaza de la Revolución, pasando por la Vía Monumental, la carretera Central hasta el entronque con Güines, y allí descubrimos que él había viajado en uno de los camiones, sentado en la cama, con los pies colgando hacia fuera, junto a varios trabajadores, y al preguntarle por qué hacía eso, me contestó que el dirigente debe estar siempre

en las tareas más difíciles y en los momentos más duros, y tener la suficiente sensibilidad para decir presente en situaciones como las de ese día en que hacía frío».

En el último trimestre de 1963, por orientación del Che se crea el Batallón Rojo del MININD con el nombre de «Capitán Roberto Rodríguez (El Vaquerito)», cuyo jefe era él, y los integrantes debían estar dispuestos a trabajar todos los domingos del año en cualquier tarea asignada.

«Cuatro meses después, en el acto de la primera entrega de los certificados comunistas a quienes habían acumulado más de 240 horas de trabajo voluntario, él planteó que la importancia del mismo no se reflejaba solamente en indicadores económicos que pudieran beneficiar a las empresas, sino cómo incidía en la conciencia revolucionaria que se adquiría frente al trabajo, y en el estímulo y el ejemplo que constituía dicha actitud, y agregó que los trabajadores voluntarios de vanguardia son los que cumplen más que nadie los ideales del verdadero comunista, para quien su lugar de trabajo es su trinchera, y les están diciendo a los demás, sin abrir la boca, que los sigan por ese camino».

Cuando en el MININD algún cuadro de dirección cometía la violación de las normas éticas, o incurría en acciones de nepotismo, en decisiones superficiales, o aplicaba métodos indisciplinados o irresponsables de trabajo, se le sustituía en sus funciones administrativas y se le trasladaba un determinado tiempo a laborar en el Centro de Rehabilitación de Uvero Quemado, situado a 350 kilómetros de la capital cubana, en la península pinareña de Guanahacabibes.

«Quien iba a este lugar por voluntad propia, si quería continuar laborando en el MININD, se le entregaba una carta para presentarla al Director de esa unidad para realizar trabajos agrícolas o forestales, y después de haber cumplido la sanción administrativa debía traer un informe de este sobre su conducta y actitud ante el trabajo allí, y se le reponía en su puesto habitual, pero el Che era intransigente con los que falseaban datos económicos de la producción, pues los calificaba como estafadores en potencia, y se les remitía a los tribunales».

Muchas veces él visitó ese lugar, y participaba en el corte de árboles con un hacha junto a los que estaban sancionados allí.

«A uno de los sancionados, en una de sus visitas a Uvero Quemado, le preguntó el tiempo que llevaba allí, y al responderle este que eran 160 días, él le dijo que ese enclave era una escuela de conciencia, donde se demostraba lo que se podía hacer en un sitio aislado cuando se trabaja».

En el tiempo en que se efectuó el proceso de constitución del Partido en el MININD, el Che asistió a la reunión del grupo que tuvo a su cargo dicha tarea con los viceministros y directores generales que estaban siendo procesados para ingresar en ese organismo político.

«Él explicó que estaba allí para conocer de primera mano los problemas que se les señalaban a los compañeros que estaban dirigiendo el organismo al más alto nivel, y en un momento en que se criticaban los errores de uno de los presentes él destacó que no quería que nadie dijera allí que fulano era buena gente porque casi siempre los buena gente no son

buenos revolucionarios porque no exigen, no controlan y no se enfrentan a lo mal hecho».

Al Che le gustaba bromear con los dirigentes del MININD más allegados a él, pero de forma respetuosa, y sin herir la susceptibilidad personal.

«En un encuentro de funcionarios cubanos del MININD con diplomáticos y técnicos checoslovacos vinculados al proyecto de inversión en el Combinado del Lápiz, situado en la localidad de Batabanó, al término de las discusiones llegó él, y poco después se hizo un brindis, yo levanté la copa, al igual que los demás, pero como no me gustaba la bebida la coloqué con disimulo en la mesa, y me doy cuenta que él me estaba mirando, de pronto me hizo señas para que me acercara adonde estaba él, y me señaló que yo no tomaba café, no fumaba, y no jugaba ajedrez, entonces me preguntó qué hacía yo, y al responderle que tenía tres hijos y otro próximo a nacer, con una sonrisa irónica y pícara me respondió que me iban a llevar como toro padre a la Feria Ganadera de Rancho Boyeros».

La austeridad era proverbial en la conducta revolucionaria del Che, quien sobresalía ejemplarmente por su modestia y sencillez, entre otras virtudes.

«Su austeridad era real y no demagógica, porque era una austeridad de un hombre de pueblo, y a pesar de ser un dirigente obligado a llevar una vida pública activa, vivía retirado de lo que no fuera su trabajo, pues este y la Revolución eran sus únicas pasiones, ya que era duro y severo consigo mismo, y tenía un control absoluto sobre sus sentidos. Algunas veces oí decir que era tan rígido que rozaba el estoicismo y pienso que había algo de cierto en esa cualidad por

su austeridad como dirigente político y administrativo, y en su vida personal».

En varios organismos de la administración central del Estado se pagaban a los funcionarios y técnicos extranjeros mayores salarios, y se les dotaba de mejores automóviles para su labor cotidiana, lo que unido a otras ventajas materiales formaba parte del llamado «pirateo».

«Algunos miembros del Consejo de Dirección del MININD planteaban lo que se hacía en otros ministerios para favorecer a dirigentes cubanos y a especialistas de otras naciones, con vista a ejercer presión para que se aplicara lo mismo en el nuestro, pero el Che señalaba que vivíamos en un país pobre, casi paupérrimo, e inmersos en una Revolución, y frente al mayor imperio que ha existido jamás, y todos debían practicar la austeridad».

El Sistema Presupuestario de Financiamiento empezó a ser conformado por el Che desde que estaba al frente del Departamento de Industrialización del INRA, y se basaba en las técnicas contables de avanzada para asegurar un mayor control y una eficiente dirección centralizada, así como en la utilización de técnicas de computación aplicadas a la economía, de técnicas de programación en la producción y de técnicas de control económico.

«Él señalaba que el Sistema Presupuestario de Financiamiento era parte de una concepción general del desarrollo de la construcción del socialismo, y debía estudiarse en su conjunto, pues no se trataba de la cantidad o calidad de bienes materiales elaborados sino del modo en que se producen y de las relaciones sociales que se desprenden de esa manera

de producir, e indicó que este es más eficaz para el desarrollo de la conciencia, y en el trabajo será mucho más efectivo que todo el complejo sistema de estímulos materiales destinado a la obtención del premio personal, directo e inmediato, aunque apuntó que sin negar la vigencia de estos hay que convertirlos en colectivos».

Sin lugar a dudas que el estímulo moral era para el Che la palanca fundamental en el desarrollo de la conciencia comunista en la etapa de construcción del socialismo.

«Aseguraba que debíamos luchar con toda nuestra fuerza para que el estímulo moral supliera al material durante el mayor tiempo posible, y que fuera el factor determinante en la actuación de los obreros, aunque sin excluir el estímulo material sino hacer una fórmula mixta de ambos».

Por tareas asignadas por el Gobierno Revolucionario, el Che se mantuvo durante cinco meses fuera de sus funciones como ministro de Industrias, y en marzo de 1965 se apareció sorpresivamente en la reunión de análisis y discusión del informe anual de la Empresa Consolidada de Derivados del Cuero, en la que no realizó ninguna intervención porque no había leído el documento correspondiente, y después sostuvo un encuentro con un grupo de dirigentes administrativos para señalar algunos errores cometidos en la misma, y orientar cómo superarlos en beneficio del MININD.

Una semana después, Arcos Bergnes vio por última vez al Che cuando impartía, en el salón de actos del MININD, una conferencia a los dirigentes y trabajadores del organismo sobre su reciente viaje por

países africanos. Con el paso del tiempo, se dio cuenta de que él había aprovechado ese momento para despedirse de ellos, ya que marchó a otras tierras del mundo para sumarse a la lucha guerrillera hasta su heroica caída en combate en Bolivia.

Capítulo XV

La exigencia en el Ministerio de Industrias

En los primeros años del triunfo de la Revolución fue creado el Ministerio de Industrias, y como su titular fue nombrado el Che, quien incorporó como cuadros de dirección de este organismo gubernamental a varios oficiales del Ejército Rebelde.

Entre ellos estaba el capitán Julio Chaviano, al cual se designó como director de la Empresa Consolidada de Conformación de Metales.

«El Che era muy exigente con dirigentes y trabajadores del Ministerio de Industrias, lo que aseguraba que en el mismo se alcanzara un alto nivel de organización empresarial, y, por supuesto, de disciplina laboral y eficiencia productiva, y en el caso de los dirigentes administrativos tenían que conocer, sin excusa ni pretexto, todo lo que sucedía en las instalaciones bajo su jurisdicción».

Chaviano combatió junto al Che en la región villareña en los últimos meses de 1958, y tomó parte en numerosos combates contra la soldadesca batistiana hasta el derrocamiento de la tiranía pro yanqui, y después se mantuvo en las filas del Ejército Rebelde hasta que decidió convertirse en dirigente empresarial.

«Recuerdo que en noviembre de 1964 se inauguró por el Che en Santiago de Cuba el Combinado 30 de Noviembre, donde se iban a producir desde tornillos hasta cubiertos de mesa, y él hizo un recorrido por los talleres».

A su paso por diferentes lugares de esta unidad fabril, acompañado por Chaviano y el jefe de producción de allí, el Che se interesó por diversas cuestiones del proceso productivo.

«En realidad yo no conocía muchos detalles de la maquinaria ni me preparé para satisfacer el interés del titular de Industrias en caso de que formulara algunas preguntas, y por eso me sorprendió al preguntarme: “Chaviano, ¿de cuántas revoluciones son los tornos que hay aquí?”. Imagínese usted, aquello me cayó encima como un jarro de agua fría. Yo estaba en la Luna de Valencia. Entonces me viro hacia el jefe de producción, inquiriéndole con mi mirada que ofreciera la respuesta; por suerte entendió mi señal, y me sacó del apuro al contestar: “Tantas..., comandante”».

Chaviano consideró que su jefe administrativo no continuaría preguntando pero se equivocó porque no cesó en su empeño por precisar pormenores de la fábrica santiaguera.

«Por supuesto que fue el jefe de producción del lugar el que siguió respondiendo al Che, y por tal razón al concluir este el recorrido me dijo: “Chaviano... tan pronto regreses a La Habana, me vas a ver porque quiero que me expliques el aporte que estás haciendo a la ciencia de dirección en el socialismo”».

Quedó sorprendido el interpelado por lo que le había expresado el Che, y consternado y preocupado

quiso que fuera más explícito, entonces le dijo con tono de extrañeza:

«Pero, comandante... ¿yo, un aporte?».

El silencio se adueñó del lugar, y solo fue interrumpido por la voz firme y serena del argentino-cubano:

«Sí, tú estás haciendo un gran aporte a la dirección de empresas en el socialismo porque estás dirigiendo sin saber un carajo lo que diriges».

El encuentro entre ambos se efectuó días después en la capital cubana, y los señalamientos críticos del comandante guerrillero en ese entonces, y otros posteriores, contribuyeron a que Chaviano mejorara su labor como dirigente empresarial en el Ministerio de Industrias, donde los aciertos organizativos que se acumularon durante los años en que el Che fue su titular se aplican hoy en día en varios organismos estatales con positivos resultados.

Capítulo XVI

La preocupación por la salud de sus semejantes

El Che formó parte de la expedición del yate *Granma* como médico, y ejerció sus conocimientos facultativos durante la lucha armada no solo con los integrantes del Ejército Rebelde sino también con la población civil a la par que sobresalía como jefe guerrillero frente al enemigo batistiano.

Su vocación médica no fue relegada por él en ningún momento cuando fue requerida su labor como especialista después del triunfo revolucionario de enero de 1959.

El que fuera viceministro primero de Industrias y después titular del Azúcar, Orlando Borrego estuvo presente en un hecho que, a juicio de él, demostró la extraordinaria sensibilidad humana del Guerrillero Heroico.

«Estaba en mi oficina reunido con un director de empresa, y de pronto este cayó al piso con contracciones en el rostro y raros movimientos en su cuerpo».

Como no entendía lo que causaba la sorprendente e impactante situación, Borrego se dirigió a la oficina

del Che para pedirle su presencia como médico, aunque este hacía tiempo que no ejercía la profesión de Hipócrates.

Al saber lo que estaba ocurriendo, el Che se encaminó hacia el lugar donde se hallaba en el suelo el funcionario administrativo.

«Lo examinó, e informó a los presentes que era un ataque de epilepsia. Le pregunté si lo trasladábamos hacia un hospital, y me indicó que era necesario esperar a que se recuperara. Entonces se sentó al lado del enfermo, le puso un cojín detrás de la cabeza, y empezó a tomarle el pulso a cada rato».

De inmediato el Che preguntó a Borrego si no sabía que el director de la empresa era epiléptico, y ante su respuesta negativa, entonces le aconsejó que había que preocuparse constantemente por la salud de los dirigentes y trabajadores del Ministerio de Industrias.

«Cuando abrió los ojos el enfermo, lo sentamos en una silla, y en su cara se reflejó la sorpresa al ver a su lado al comandante, quien indagó con palabras afectuosas los antecedentes de su padecimiento. Al comprobar que el enfermo se sentía mejor, se despidió de él, y me aconsejó llevarlo a su vivienda, y ocuparme de que recibiera adecuada atención de galenos».

El titular de Industrias insistió con Borrego que se estableciera la debida atención médica a todo el personal de ese organismo gubernamental, y en especial que se aplicara la medicina preventiva, lo cual se materializó poco después por la constante preocupación del Che por la salud de sus semejantes.

Capítulo XVII

Guerrillero y estadista

Uno de los cubanos que mejor conoció al Che fue el comandante del Ejército Rebelde, Oscar Fernández Mell.

Él, al igual que el combatiente internacionalista Ernesto Guevara de la Serna, ejerció la medicina, participó en la gesta insurreccional contra la tiranía batistiana, y ocupó diferentes cargos gubernamentales, además de tomar parte en misiones internacionalistas.

Para Fernández Mell, el Guerrillero Heroico era un hombre de todos los tiempos, porque fue un hombre de su tiempo, pues con su accionar guerrillero y el ideario revolucionario se enfrentó al enemigo colonialista, neocolonialista e imperialista en diferentes tiempos y escenarios, hasta caer combatiendo en las selvas bolivianas por la libertad de los pueblos de América Latina, y de otros continentes.

«El Che fue no solo un extraordinario jefe guerrillero sino que sobresalió por su profundo y creativo pensamiento revolucionario, su multifacética inteligencia, su excepcional capacidad de dirección, su ilimitada sed de saber, su vasta cultura, y sus admirables

virtudes humanas, entre las que hay que mencionar su inmaculada honradez, su férrea voluntad, su paradigmático estoicismo, su impactante sensibilidad humana y su infatigable consagración a la causa de los desposeídos por la que entregó su vida en la lucha armada».

Fernández Mell fue testigo de numerosos hechos que demostraron el valor y la audacia del Che en la epopeya insurreccional de Cuba a lo largo de más de dos años, y su genio militar, que dio lugar a que al frente de los rebeldes de la columna 8 «Ciro Redondo» atravesara en pocas semanas los territorios orientales, camagüeyanos y villareños para derrotar a las huestes uniformadas del régimen batistiano; primero, en las montañas del Escambray y, después, en varias ciudades del centro del país.

«En la campaña guerrillera en Las Villas, en la que participé como integrante de la tropa del Che, este estuvo en todo momento junto a sus hombres, sin temor a los peligros y sin vacilar ante las dificultades y reveses, hasta la toma de la ciudad de Santa Clara por los rebeldes el 31 de diciembre de 1958.

La trayectoria de él en la lucha de liberación nacional de Cuba se ha de calificar de excepcional, pero considero que es obligatorio resaltar su transformación de guerrillero en estadista después de 1959, en que fue el mejor representante de Cuba en el campo internacional, presidente del Banco Nacional, y ministro de Industrias, entre otras funciones gubernamentales, lo que no sucedió con otros combatientes».

Durante varios años Fernández Mell fue uno de los más cercanos colaboradores del Che, y uno de sus

incontables amigos, lo que le permitió conocer mejor que otros al comandante de la boina negra.

«El Che poseía singulares características personales, y una de las más significativas era su portentosa inteligencia la cual lo hacía sobresalir en cualquier grupo humano, pero que empleaba con modestia y sencillez, a tal grado, que no mostraba nunca ninguna expresión o gesto de altanería, jactancia o autosuficiencia. Su inusual capacidad de observación, análisis y solución de cualquier problema no lo aislaba de otros porque siempre se rodeaba de gente capaz y conocedora de las actividades que asumía como máximo dirigente administrativo. Era enemigo de la “mandomanía” burocrática y partidario de que se pensara con cabeza propia para hallar soluciones».

En 1961 fue creado por el Gobierno Revolucionario un organismo para desarrollar la industrialización de la mayor isla del Caribe, y como titular fue nombrado el Che, quien tenía cierta experiencia ya que había sido jefe del departamento de esta esfera en el INRA.

«Al frente del Ministerio de Industrias (MININD) él inauguró en menos de cuatro años más de 30 fábricas en diversas ramas, y cuando en abril de 1965 dejó esta responsabilidad para incorporarse a la lucha guerrillera en el Congo (Leopoldville), existían decenas de proyectos de instalaciones fabriles en el archipiélago cubano para desarrollar la economía y asegurar un mayor y mejor bienestar al pueblo. Él fue uno de los más destacados ministros del Gobierno Revolucionario, y este criterio mío se basa en lo hecho por él al frente de varios compañeros en el MININD, y fundamentalmente lo referido al Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF). A quienes no siempre

entendíamos o no estábamos de acuerdo con todas sus concepciones económicas nos decía que los capitalistas locales y extranjeros se llevaron algunos técnicos en controles económicos, y, además, se eliminaron por administraciones revolucionarias procedimientos de organización empresarial de propiedades privadas, y todo esto dio lugar a deficiencias e insuficiencias en el manejo administrativo del nuevo aparato estatal. Por tales razones, había sido creado el SPF que tenía fallos, y entre ellos mencionaba la escasez de cuadros capaces de practicarlo, y su indebida difusión para que fuera comprendido y aceptado. En cuanto a lo que objetaban los opositores al SPF de su tendencia al burocratismo, el Che les refutaba que la esencia principal del mismo era la eliminación constante de este dañino fenómeno, y que el SPF incidía en que se desarrollaran en los obreros el espíritu de cooperación y su conciencia del deber social».

El objetivo fundamental de perfeccionar la obra de la Revolución Cubana en todos los ámbitos siempre estuvo presente en el pensamiento y en la acción del Che, quien aseguraba que no le interesaba el socialismo económico sin la moral comunista, y que si se descuidaban «los hechos de conciencia» entonces el socialismo se convertiría en un método de repartición de bienes y servicios.

«El Che no era un quimérico soñador cuando resaltaba la importancia y necesidad de formar al Hombre Nuevo, que a juicio de él era lo más trascendente de las transformaciones revolucionarias en Cuba. Él demostró con su actitud personal que el Hombre Nuevo no es una utopía inalcanzable, sino que era factible su materialización en la sociedad socialista y en la



comunista, en las cuales debe reinar el humanismo revolucionario, porque existe en ellas el respeto a la dignidad y la preocupación por la satisfacción de sus necesidades espirituales y materiales. A esto hay que añadir que el fundamento esencial de su ética se basaba en la confianza en el ser humano, y rechazaba el prejuicio diabólico de que este tenía tendencia a causar el mal a sus semejantes. También ocupaba un lugar cimero en su ideario humanista el espíritu internacionalista, y por tal motivo sentenció que el revolucionario ha de sentir en la mejilla propia el golpe indigno que se propina a otro en cualquier parte del mundo».

Como combatiente internacionalista, el Che estuvo presente en las luchas guerrilleras en Cuba, el Congo y Bolivia.

En esta última nación dirigió el Ejército de Liberación Nacional, con el cual guerrilleros de varias nacionalidades latinoamericanas trataron de crear muchos Vietnam para conquistar la segunda independencia de América Latina.

«Diversos factores adversos impidieron que cristalizara la aspiración del Che de liberar a América Latina de las cadenas imperialistas de Estados Unidos con combatientes de varias naciones, como había sucedido a principios del siglo XIX con Bolívar. El Guerrillero Heroico murió en la nación altiplánica con el fusil en ristre, dejando para las generaciones posteriores su ejemplo de revolucionario que inspira a millones de hombres y mujeres en todas partes del mundo en la lucha por forjar una sociedad más justa y humana».

El que fuera uno de los amigos y compañeros de lucha del Che, y conoció mejor que otros sus excelsas

virtudes revolucionarias asegura, finalmente, que las mismas lo han convertido en un modelo de hombre nuevo para quienes hoy y mañana, teniendo presente su ejemplo de guerrillero y estadista, han de hacer realidad la sociedad que él soñó, y por la que entregó su vida.

Capítulo XVIII

No había imposibles

Desde joven el Che se sintió atraído por la aviación, y por ello practicó el vuelo a vela con su tío Jorge de la Serna en un aeródromo de la localidad de Morón, cerca de la capital de Argentina.

A pesar de sus responsabilidades militares y gubernamentales en Cuba comenzó a entrenarse en el manejo de avionetas con el piloto Eliseo de la Campa, a quien, como miembro del Ejército Rebelde, se le asignó la misión de trasladar por vía aérea al comandante argentino cubano por diversas partes de la mayor isla caribeña.

«El primer viaje que hice con el Che fue a la Isla de la Juventud, en enero de 1959, en cumplimiento de una petición personal de Celia Sánchez. En el trayecto me contó que cuando era joven había volado con un tío materno en su tierra natal. Por lo que me dijo y cómo me lo dijo, detecté que sentía un enorme deseo por pilotear aviones».

En ocasiones posteriores en que el Che voló con De la Campa en su avioneta, el jefe guerrillero le insistió en que le enseñara la técnica del pilotaje de naves aéreas.

«Yo no quería asumir esa responsabilidad, por temor a que ocurriera un trágico accidente con uno de los principales dirigentes de la Revolución Cubana, y entonces convencí al capitán Orestes Acosta, quien era jefe de operaciones en la Base Aérea “Antonio Maceo”, de Santiago de Cuba, para que fuera el instructor del Che, quien asimiló en poco tiempo cómo manejar un avión Piper con capacidad para dos plazas».

Después continuó el adiestramiento con De la Campa en una avioneta Cessna.

«El nuevo oficio le apasionaba tanto, que llegó a preferir la vía aérea para viajar al interior del país antes que hacerlo por carretera, pero siempre utilizaba la avioneta, aunque fuera en tramos cortos, porque decía que los helicópteros gastaban mucho combustible».

De la Campa recuerda varios momentos en que sobresalió la paradigmática austeridad del Che, y al respecto narra que un día, al concluir una reunión de trabajo en la ciudad de Bayamo, él decidió regresar, al atardecer, a La Habana, aunque no eran favorables las condiciones del tiempo.

«Cuando estábamos en el aire, cerca de Manzanillo, las fuertes turbonadas nos hicieron desistir de continuar el vuelo. Al aterrizar en el aeropuerto local, la esposa del Che, Aleida March, me preguntó si yo disponía de dinero para pagar el alojamiento en un hotel y la comida para todos, ya que el comandante no se atrevía a pedírmelo. Por supuesto que resolví la situación, pero comprendí que por carecer de efectivo él determinó volver a la capital cubana a pesar del mal tiempo. Él siempre decía que no se podía malgastar los recursos de la Revolución con asuntos personales».

Otro momento, que a consideración de De la Campa mostraba la modestia y sencillez del Che, fue cuando le regaló un ejemplar de su libro *Guerra de Guerrillas*, y al solicitarle este una dedicatoria, le respondió su jefe:

«No, yo no soy artista ni escritor».

Esto tuvo lugar después del aterrizaje de la avioneta, pero mientras De la Campa ponía los calzos en las gomas del aparato, el Che permaneció dentro del mismo para escribir en la primera página del volumen que obsequiaba a su piloto por ser este «un guerrillero de espíritu y compañero de muchas horas buenas en los aires de Cuba».

«En los múltiples vuelos que hicimos por los cielos cubanos, me hablaba de sus ideas revolucionarias, y de que había que formar el hombre nuevo así como de lo que estaba pasando en Cuba y en el mundo, especialmente en América Latina».

Varias veces De la Campa acompañó al Che a diversos lugares del territorio nacional para realizar trabajo voluntario.

«Un día estábamos en un corte de caña, ya que él predicaba con el ejemplo personal a favor de esta actividad que la consideraba como forjadora de la conciencia del hombre nuevo. Él manejaba una alzadora para recoger la caña cortada, y yo un tractor y una carreta para llevarla al central. Al mediodía no acababa de llegar el almuerzo, y teníamos hambre. A mí, un campesino me había dado dos panes con bistec, y pensé dar uno al Che, pero me preocupaba que lo rechazara, ya que él nunca aceptó privilegios ni prebendas personales. Entonces se me ocurrió comerme uno a la vista de él para así incitarlo a comerse

el otro, y poco después le dije: “Me regalaron, hace un rato, cuatro panes con bisté, ya me comí tres, y tengo uno para usted. ¿Lo quiere?”. Él se sonrió, y con tono irónico me contestó: “Eres un guataca y un chicharrón, porque realmente te entregaron dos”. Por suerte tomó la merienda que le ofrecí, y no volvió a censurarme sino que, como demostración de su agradecimiento, me puso un brazo por encima de los hombros».

También De la Campa fue testigo presencial de hechos que evidenciaban la calidad humana del Che.

«A principios de 1964, a la salida del poblado villareño de Fomento, un automóvil que manejaba el Che rozó con el guardafango derecho de la parte trasera una guataca que estaba atrás de la bicicleta manejada por un anciano, y este cayó al suelo. El ministro frenó enseguida, y se dirigió presuroso hacia el lugar donde se hallaba el accidentado, quien, al reconocerlo, le manifestó que nadie, ni siquiera su propia familia, le iba a creer lo que le había sucedido con el comandante guerrillero. Este le pidió disculpas y le pidió el ciclo dañado para su reparación, pero el viejo hombre de campo se negó a su petición, porque quería guardarla de recuerdo. Días después el Che le envió una bicicleta nueva».

El último vuelo que realizó De la Campa como piloto del Che fue en marzo de 1965 cuando se trasladaron hacia el municipio matancero de Jovellanos, donde estaba enclavada la granja «Ciro Redondo».

«Al retornar a La Habana me informó que iba a cumplir una misión en la provincia de Oriente, en la cual yo no podía acompañarlo. En el aeropuerto capitalino me abrazó con fuerza, y sin pronunciar ninguna

palabra, y esto lo interpreté como si estuviera despidiéndose de mí».

Poco después, el Che se incorporaría junto con combatientes internacionalistas de nuestro país a la lucha guerrillera en el Congo, y antes de partir hacia el continente africano, encomendó entregar a De la Campa un ejemplar con una dedicatoria del famoso libro *Vuelo Nocturno* del piloto y escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, quien murió combatiendo contra el nazifascismo alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

En esta obra, que narra los viajes como correo aéreo de un grupo de pilotos en naciones andinas, entre ellas Argentina, en las primeras décadas del siglo xx, su autor subraya que «la felicidad del hombre no está en la libertad sino en la aceptación de un deber».

Para De la Campa el Che simboliza ese paradigma de hombre.

Capítulo XIX

Frente al imperialismo en Punta del Este

«El Che era de gran sensibilidad humana, y sobresalía por su sencillez y por ser muy exigente consigo mismo, y con los demás».

Así recuerda Magali León al jefe de la delegación cubana a la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), efectuada en agosto de 1961 en Punta del Este, Uruguay.

Ella formó parte del grupo de dirigentes gubernamentales, especialistas y técnicos, que representaron a la mayor isla del Caribe en ese foro internacional bajo la presidencia del entonces ministro de Industrias.

«Él era un hombre de fuerte personalidad, que despertaba respeto y admiración, con una férrea voluntad, y de mirada profunda e inquisitiva hacia algunos de sus interlocutores, a veces incitándolos a manifestarse y a definirse, se distinguía por ser ágil y dinámico y estar al tanto del más mínimo detalle a su alrededor, y en ciertos momentos empleaba una fina ironía al hablar».

No puede olvidar lo que ocurrió aquellos históricos días en el cónclave en cuestión, donde como integrante de la representación cubana tuvo a su cargo

mecanografiar los documentos generados por sus miembros, pues poseía experiencia en este tipo de labor debido a su condición de secretaria de la Dirección de Asuntos Latinoamericanos del MINREX.

«El anuncio que iría con la delegación cubana a Punta del Este me lo hizo mi jefe, el director de esa esfera, Ramón Ajá, quién me recomendó que buscara un abrigo, pues en esa época hacía mucho frío en Uruguay. Varios compañeros mecanografiábamos datos, documentos, referencias, y sobre todo los proyectos de temas que Cuba presentaría en la conferencia en la que se preveía una batalla política. No supimos quién iba a presidirla hasta que, momentos antes de partir por vía aérea, sostuvimos un sorpresivo y emocionante encuentro con el comandante en jefe Fidel Castro, y él nos comunicó que era el Che».

Durante la travesía aérea, en la que los pilotos cubanos realizaron aterrizajes y despegues por razones técnicas en los aeropuertos de Trinidad y Tobago, y Surinam, el Che bromeaba con sus compañeros y compañeras de vuelo, al decirles que él asumía tales maniobras pues era aficionado a pilotear aviones.

«Él iba y venía de la cabina de mando por el pasillo central del avión Britania, y allí conversaba especialmente con el ingeniero de vuelo, a quien le preguntaba por dónde íbamos, a qué altura estábamos, cuánto faltaba para el próximo aterrizaje, y otros datos que eran de su interés».

La última escala, antes de arribar a la capital uruguaya, se hizo en la populosa ciudad de Río de Janeiro, donde el Che conversó con el entonces embajador cubano Joaquín Hernández de Armas y otros diplomáticos cubanos, sobre la realidad del gigante

país brasileño, que gobernaba el presidente Janios Quadros, quien fuera derrocado poco después por las fuerzas reaccionarias y fascistas al servicio de Estados Unidos, por no plegarse a las exigencias de Washington, y en especial a la política agresiva de la Casa Blanca contra Cuba.

«Al día siguiente nos dirigimos hacia Uruguay, y un momento inolvidable para todos los integrantes de la delegación fue cuando nos acercábamos al aeropuerto internacional de Montevideo y vimos desde el aire un mar de gente con banderas cubanas y uruguayas, y carteles con lemas solidarios hacia Cuba, y luego, cuando se abrieron las puertas del avión tras aterrizar en la pista, sentimos los gritos ensordecedores de aquella masa humana, lo que motivó que el Che expresara que por estos hombres y mujeres valía la pena cualquier sacrificio en este mundo».

En la localidad de Punta del Este, la representación cubana se hospedó en el hotel San Rafael, y, en una pequeña oficina de esa edificación, Magali León, junto a Roberto Hernández, mecanografiaba los resúmenes y las ponencias de cada sesión de trabajo del foro, en jornadas de trabajo que se prolongaban hasta altas horas de la noche.

«En esas madrugadas se producía un detalle de la dimensión humana del Che, ya que él llegaba, silencioso y en plantilla de medias, hasta donde estábamos trabajando, y se paraba detrás de nosotros, y cuando menos lo imaginábamos preguntaba que cómo iba el trabajo, cuánto nos faltaba para concluir, si nos habían traído algo de comer o tomar, y, a veces, él nos brindaba café, e incluso mate en su bombilla porque era de una delicadeza y sensibilidad especial. Fue,

además, el único que tuvo esos gestos conmigo y con el otro mecanógrafo, Roberto, mientras laborábamos discretamente en la pequeña e improvisada oficinita auxiliar de la delegación cubana».

También ella fue testigo en el territorio uruguayo, en varios momentos, de las expresiones de amor y ternura del Che hacia familiares cercanos.

«El Che me presentó a su madre, Celia de la Serna, y a su hermano menor, Juan Martín Guevara, quienes asistieron a una conferencia, organizada por el Movimiento Uruguayo de Solidaridad con Cuba, la cual ofreció él en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo con la presencia de una gran cantidad de personas, y casi terminándose la misma, se oyó un tiroteo que ocasionó la muerte de un profesor universitario, y dio lugar a una gran confusión, pues no se sabía lo que estaba pasando, entonces los compañeros cubanos de la protección lo extrajeron del lugar porque se pensaba que era una provocación para ejecutar un atentado hacia su persona. A mí, junto a Celia y Juan Martín nos sacaron de allí, y marchamos hacia el hotel, donde el ministro nos preguntó lo que habíamos visto y cómo habíamos abandonado el recinto universitario».

También él tenía presente en su corazón de hombre enamorado a la amada esposa Aleida March.

«Casi el último día de estancia en Montevideo me preguntó, ya que como él no disponía de tiempo para ir al Centro Comercial, si podía comprarle un pequeño recuerdo para Aleida, y que fuera algo típico de Uruguay, y le compré un pequeño monedero de piel de nonato, que parece que fue del agrado de su destinataria».

Al cabo de medio siglo de ese trascendental acontecimiento, asegura Magali que el combatiente internacionalista argentino-cubano, representó con dignidad y sabiduría a la más grande ínsula de Las Antillas en dicho evento, en el que no solo defendió a la Revolución Cubana frente a los procónsules y corifeos del imperio yanqui sino también el derecho irrenunciable de los pueblos latinoamericanos y caribeños a liberarse del dominio neocolonial de Washington.

En la séptima sesión de clausura de la Conferencia del CIES, celebrada el 16 de agosto de 1961, el Che expresó que Cuba se abstenía en la votación del documento final, denominado Carta de Punta del Este, porque su contenido no iba a contribuir a eliminar la infernal realidad que atravesaba Latinoamérica y el Caribe, a causa de la explotación y opresión oligárquico-imperialista, pues la llamada Alianza para el Progreso, creada y estimulada por la administración de John F. Kennedy para oponerla a la Revolución Cubana, estaba condenada al fracaso, puesto que sus principales objetivos encadenaban, aún más, a los países del sur del río Bravo a los monopolios de Wall Street, y perseguían destruir el ejemplo socialista de Cuba, y aislarla diplomáticamente de todas las repúblicas del continente latinoamericano y caribeño.

«El día en que él pronunció su discurso central en el foro de Punta del Este estuve con otros compañeros allí, y aunque el asma lo golpeaba fuerte, sus palabras fueron seguidas con atención, y estoy segura de que todos los cubanos presentes, y de otras nacionalidades sentimos una gran emoción y orgullo por la forma firme, valiente y viril con que el Che emplazó al imperialismo, y defendió nuestro pequeño país».

La extraordinaria labor que desplegaron los integrantes de la delegación cubana a esta cita del CIES fue elogiada por el Che.

«No me equivoco si digo que los compañeros y compañeras de la delegación cubana experimentaron una gran admiración y respeto hacia el Che en los diecisiete tormentosos días en Uruguay, porque él trató de llegar a cada uno de nosotros, y se esforzó para que nos sintiéramos como si trabajáramos con él habitualmente desde hacía tiempo».

Varias décadas han transcurrido desde que aconteció aquel hecho pero para ella es imborrable en su memoria histórica, pues le permitió conocer la capacidad intelectual, y la grandeza moral del comandante y ministro argentino-cubano, quien puso en el banquillo de los acusados en Punta del Este al peor enemigo de la humanidad.

Capítulo XX

Un guerrillero cubano en Argentina

En una prisión de Argentina conoció el combatiente internacionalista cubano Alberto Castellanos del asesinato del Che por orden de la CIA en la escuelita del poblado de La Higuera.

Él permaneció varios años en ese establecimiento carcelario por participar en los primeros años de la pasada década del sesenta en la guerrilla de Salta, que, bajo la dirección del periodista argentino Jorge Ricardo Massetti, tuvo como escenario la zona norte de la patria del Guerrillero Heroico.

«Me incorporé al grupo guerrillero de Salta, en una zona limítrofe con Bolivia, en cumplimiento de una misión internacionalista que me confió el Che en agosto de 1963».

En ese momento Castellanos se adiestraba en conocimientos militares como primer teniente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en la escuela de oficiales de Matanzas, y en uno de los fines de semana, al regresar a este centro tras disfrutar de unas horas de pase en el seno familiar, le informaron que debía presentarse en la oficina del Che, ubicada en la Plaza de la Revolución «José Martí».

«A mí me sorprendió la citación del entonces ministro de Industrias porque cada vez que él recibía una queja de algunos de los que combatimos junto a él en la guerra de liberación nacional en Cuba nos halaba las orejas. Entonces empecé a recordar si había cometido recientemente alguna falta grave, pero en realidad no había hecho nada criticable, y al día siguiente me dirigí al edificio del Ministerio de Industrias donde él era titular».

Cuando Castellanos estuvo frente al Che, este le expresó:

«¿Recuerdas vos de algo que me prometiste hace un tiempo?».

El interpelado no respondió de inmediato porque le falló la memoria, hasta que se acordó que en cierta ocasión le había asegurado que estaba dispuesto a combatir con él en otros países por su libertad e independencia, aplicando la vía insurreccional.

Entonces le dijo:

«Ah... sí, ahora recuerdo... ¿cuándo nos vamos?».

Y el Che le respondió:

«Parate porque la misión puede durar 20 años, o no regresar más nunca a Cuba, y vos estás casado, y tenés hijos».

Después que Castellanos le reiteró con argumentos convincentes a quien fuera su jefe guerrillero su firme decisión de cumplir cualquier tipo de misión, este le manifestó:

«Bueno, vas a ir a un lugar, y allí vas a encontrar gente conocida. Vos serás el jefe hasta que yo llegue. Inventate un cuento para tu familia, por si acaso te pierdes unos años no se preocupen demasiado por tu ausencia».

Y para terminar, le ordenó establecer contacto con quienes lo adiestrarían para llevar a cabo la misión internacionalista, y le señalarían que era en Bolivia.

«Yo no había viajado nunca fuera de Cuba, y para mí era un gran deber revolucionario volver a combatir bajo el mando del Che en esa nación de Sudamérica, por su liberación del dominio oligárquico e imperialista».

Al arribar a la capital boliviana por vía aérea Castellanos se puso en contacto con otros internacionalistas cubanos, entre ellos, Ricardo Martínez Tamayo, quien cayó combatiendo en el país altiplánico en 1967 en la guerrilla del Che.

Junto a ellos se encaminó hacia la zona selvática del departamento boliviano de Tarija, en la frontera con Argentina, donde encontraron a Jorge Ricardo Massetti, también conocido como Comandante Segundo, quien organizaba el frente guerrillero de Salta.

Como uno de los insurrectos argentinos se enfermó de cuidado, y no podía continuar en el lugar, Castellanos se unió a este grupo de revolucionarios que iniciarían la lucha armada por la segunda independencia de Argentina.

Por diversas razones fracasó el movimiento guerrillero de Salta, y sus integrantes fueron detenidos por las fuerzas militares, y condenados a prisión.

«Los uniformados del ejército argentino me interrogaron varias veces para indagar quién era, y de dónde procedía, pero la leyenda que me prepararon en Cuba me permitió presentarme como peruano. No podía revelar que era cubano porque se podían levantar falsas acusaciones contra mi país natal».

Durante varios años a Castellanos lo mantuvieron encarcelado en Argentina, lo que impidió que se uniera al Ejército de Liberación Nacional de Bolivia junto al Che, entre 1966 y 1967, al igual que otros compatriotas de la mayor isla del Caribe.

«Cuando vi en un periódico argentino varias fotos de un campamento guerrillero en Bolivia, comprendí que el Che estaba en ese país andino luchando por su libertad, pues este sitio era parecido al que se instaló en la zona de Caballete de Casa, en las lomas del Escambray, por orden de él. La publicación posterior en la prensa local de imágenes del Guerrillero Heroico, tras ser asesinado, me conmovió tanto que tuve que contenerme con fuerza para impedir que afloraran las lágrimas de dolor, o se me escapara algún tipo de manifestación, y así evitar que se descubriera por los guardianes que era cubano».

Poco después de la heroica caída en combate del Che y sus compañeros de lucha de varias nacionalidades, Castellanos regresó a Cuba, y no hace mucho tiempo publicó un libro en Argentina sobre sus vivencias y experiencias guerrilleras en ambas naciones.

«Mi maestro no solo en la guerra de guerrillas fue el Che sino también en mi formación revolucionaria, como lo fue, es y será siempre Fidel, y tengo presente que el Che decía que con Fidel aprendió a ser un buen guerrillero y un mejor revolucionario».

Este cubano, que se autotitula martiano, fidelista, marxista-leninista, latinoamericanista, antimperialista e internacionalista, afirma que si Fidel no acepta el enrolamiento del Che en la expedición del yate *Granma*, y no le confía varias jefaturas guerrilleras durante la lucha insurreccional contra el régimen de

facto, y tras el ascenso al poder del pueblo cubano no le asigna diversas responsabilidades gubernamentales, el destacado revolucionario Ernesto Guevara de la Serna hubiera sido un buen médico o un buen escritor, pero no se habría convertido en uno de los principales ejemplos de revolucionarios en el mundo.

Capítulo XXI

Hoy vive más que nunca

Como Comandante Barba Roja es conocido por muchos cubanos y extranjeros el jefe de la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior (MININT), Manuel Piñeiro, quien al referirse al Che como ejemplo de revolucionario, dijo que «nunca se sintió derrotado ni desmoralizado, y sus ideas las defendía sin importarle si le iba con ello la vida».

El también oficial del Segundo Frente Oriental «Frank País», del Ejército Rebelde, durante la gesta insurreccional contra la dictadura batistiana estuvo vinculado con el comandante argentino-cubano en el constante accionar de este para ser protagonista en la lucha de liberación de los pueblos de América Latina y el Caribe contra la oligarquía burgués-latifundista y el imperialismo norteamericano, al igual que lo había hecho en Cuba al integrar la guerrilla.

«El Che no sentía ningún tipo de mística hacia la muerte, como algunos falsamente le han atribuido, aun si se hubiera quedado solo o con otro combatiente, se habría esforzado por reorganizar la guerrilla y continuar batallando contra el enemigo, porque no era

un hombre que entregara fácil su vida al adversario armado, y tampoco tenía vocación de mártir, y la prueba de ello es que en su último combate en Bolivia, estando herido y con el fusil inutilizado por una bala, trata de escapar del cerco para reencontrarse con sus hombres».

Piñeiro fue dirigente del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Matanzas, y en ese territorio occidental, así como en la capital cubana, realizó actividades de propaganda y sabotaje hasta que en mayo de 1957 le ordenan incorporarse a la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra, donde se une a la columna 1, comandada por Fidel.

Al año siguiente es uno de los fundadores del frente guerrillero dirigido por el comandante Raúl Castro, en el que asume la dirección del Servicio de Inteligencia e Inspección Territorial.

«La primera vez que conocí al Che fue de pasada, al cruzarse la columna de él con la mía, luego del combate de Pino del Agua, el 10 de septiembre de 1957, y por otros guerrilleros, quienes hablaban de él con mucho respeto y cariño, ya sabía que era un argentino valiente, temerario, dotado de una gran preparación cultural y de sólidas ideas políticas; después volví a encontrarlo en El Hombrito, otro lugar de la Sierra Maestra, donde se hallaba su comandancia, y se había instalado allí una panadería, una armería, e incluso una posta médica con servicios de medicina y estomatología, esto último lo practicaba él mismo con una tenaza como único instrumento, lo cual supe porque por un tremendo dolor de muela fui a verlo, pero cuando iba en su búsqueda, oí quejidos y gritos de un hombre, y vi al Che sujetándolo por la

cabeza, y tenazas en mano extrayéndole una muela, entonces decidí no caer en sus manos de dentista a pesar del dolor de muela».

Tras ser creado el MININT, en junio de 1961, Piñeiro es nombrado al frente del Viceministerio Técnico, y después jefe de la Dirección General de Liberación Nacional hasta 1975, cuando pasa al cargo de jefe del Departamento América del Comité Central del Partido.

«Mi relación estrecha con el Che se inicia en la segunda mitad de 1959, en que me trasladan desde la antigua provincia de Oriente, donde ejercía la jefatura militar, hacia La Habana, para tomar parte en la fundación de las estructuras de seguridad e inteligencia que antecedieron a la creación del MININT, cuyo jefe fue el comandante Ramiro Valdés, y estas estructuras conformaron el Viceministerio Técnico de ese organismo gubernamental, las cuales tenían que ver con la atención a dirigentes revolucionarios y políticos de otros países del Tercer Mundo, quienes venían a Cuba para conocer las experiencias de la Revolución Cubana, y lógicamente querían conversar con sus principales dirigentes, como Fidel y el Che, y este último les dedicaba su poco tiempo disponible, sobre todo por las noches y madrugadas, como mismo lo hacía con cuanto campesino o combatiente rebelde, vinculado a él en la Sierra Maestra, le solicitara una entrevista».

A Piñeiro le impresionaba la vocación internacionalista del Che, la cual había manifestado a Fidel desde que ambos sostuvieron su primer encuentro en México, cuando se organizaba la expedición del yate *Granma* para desatar la insurrección en las montañas

orientales, a finales de la pasada década del 50, para derrocar al sátrapa Batista.

En ese momento el joven médico argentino, quien había participado en el proceso revolucionario de Guatemala, destruido por la intervención mercenaria de Estados Unidos, expresó al líder de la Generación del Centenario, que tras el triunfo rebelde en Cuba él continuaría combatiendo a través del movimiento guerrillero para libertar a otras naciones latinoamericanas o caribeñas del yugo oligárquico-imperialista.

«El Che no dejó de estar alerta ante cualquier alternativa que representara alguna perspectiva de desarrollo de los combates armados por revolucionarios en cualquier país latinoamericano y caribeño, siempre interesado en la posibilidad de que pudiera ser aceptado como combatiente en las luchas guerrilleras en los mismos, y en una fecha tan temprana como 1959, él envió un emisario con una nota a un dirigente antisomocista nicaragüense, en la que expresaba su disposición de unirse a la columna guerrillera que este organizaba, tan pronto se crearan las condiciones en el territorio de Nicaragua para combatir contra la dictadura de los Somoza, pero tal intento fracasó».

La verdadera y definitiva independencia de la región latinoamericana y caribeña, a juicio del Che, se alcanzaría básicamente por la vía armada, aunque él no descartaba que fuera posible el ascenso de las masas encabezadas por su vanguardia revolucionaria al poder mediante las urnas.

«Su concepción, basada en la guerra liberadora cubana, consistía en fundar una Columna Madre, en una determinada nación, con revolucionarios de

varios países latinoamericanos y caribeños, con la cual, una vez superada la etapa de sobrevivencia, fogueados los combatientes y formados los cuadros de dirección, en su fase de desarrollo y crecimiento, se crearían las condiciones para el desprendimiento de otras columnas, para así expandir las acciones armadas a otros territorios, sobre todo a aquellos en que sus gobernantes se unieran al imperialismo yanqui en el intento por derrotar la causa popular, y esta estrategia y técnica guerrillera del Che es esencialmente política, militar y de masas, y contradice la interpretación “reduccionista” del llamado “foco guerrillero”, que se le adjudica cuando en realidad él hablaba de un foco rebelde vinculado a las masas, y no de un grupo pequeño de hombres armados que actuarían divorciados del movimiento popular y general del pueblo, y hay que subrayar que para él no necesariamente tienen que existir todas las condiciones para comenzar la lucha revolucionaria, pues ella misma, en su desarrollo, las puede ir creando».

Nunca el Che dudó ni cejó en el empeño por romper los diabólicos mecanismos de opresión y explotación de los pueblos por las clases dominantes, aliadas a las potencias mundiales en su patria natal Argentina.

«Él conoció en la Sierra Maestra al periodista argentino Jorge Ricardo Massetti cuando este realizaba algunos trabajos para emisoras de su país, quien al regresar a Cuba después de 1959, cumplió misiones de apoyo a la Revolución Argelina con el Frente de Liberación Nacional, así como cursó escuelas militares en nuestra isla, y el Che le dio la tarea de organizar una columna guerrillera en una zona argentina fronteriza con Bolivia, específicamente en Salta, a la



que él se incorporaría cuando existiera un mínimo de condiciones para dirigir la lucha armada, y a la preparación de este destacamento armado, que se denominó Ejército Guerrillero de los Pobres le dedicó una especial atención. Al mismo se unieron varios cubanos, entre ellos, Hermes Peña, muerto en combate, y Alberto Castellanos, quien cayó prisionero y permaneció cuatro años en las cárceles argentinas, sin que las autoridades locales pudieran identificar su verdadera nacionalidad».

El revés del frente guerrillero de Salta, o de otros movimientos armados en Sudamérica no desanimaron al Che sino, por el contrario, lo condujeron a la búsqueda de otras alternativas en el histórico momento en que los vietnamitas se enfrentaban con valor y patriotismo a la genocida agresión militar de Estados Unidos y sus aliados, entonces él levantó la consigna de combate de crear uno, dos o muchos Vietnam, y en tal sentido determina la creación de la guerrilla en Bolivia.

«Él no dejó de explorar la posibilidad de sumarse a la lucha armada en Venezuela y Colombia, pero en estas naciones no existían condiciones favorables para que se uniera a esos movimientos guerrilleros, y como conocía que cuadros de dirección del Partido Comunista Boliviano, especialmente los hermanos Roberto y Guido Peredo, habían proporcionado apoyo logístico, y sirvieron como guías a guerrilleros peruanos para ingresar desde Bolivia a Perú por la zona fronteriza de Maldonado, y que en esa nación altiplánica existía una intensa represión del régimen barrientista contra la resistencia de los mineros y estudiantes, determinó enviar al cubano José María

Martínez Tamayo a evaluar la situación boliviana. Así confirmaba que la única opción posible para desencadenar la lucha armada estaba en territorio boliviano por la presencia de condiciones políticas mínimas, y dirigentes locales con una disposición político-ideológica a la solidaridad con cualquier frente insurreccional, y a partir de entonces empezó a elegir el lugar de acción guerrillera y sus combatientes, lo que fue apoyado por Fidel, pero con la condición de que el Che no fuera en la avanzada sino cuando se hubiera asegurado la logística, el armamento, las redes urbanas de apoyo y la incorporación de algunos dirigentes revolucionarios, en particular los bolivianos, es decir, que se hubiera superado la etapa de sobrevivencia, pero él estaba impaciente y deseoso de comenzar cuanto antes la guerra de guerrillas en las montañas bolivianas para así crear otro Vietnam, tal como resaltó en su histórico «Mensaje a la Tricontinental», y, además, desde el punto de vista psicológico, se sentía apremiado por el paso de los años, ya que sabía que eran imprescindibles las condiciones físicas para conducir la continentalización de la lucha antimperialista».

Mientras se organizaba la gesta insurreccional en Bolivia, entre 1964 y 1966, para la liberación antioligárquica y antimperialista de los sectores populares de América Latina y el Caribe desde el altiplano andino, el Che decidió cumplir, en 1965, una misión internacionalista junto a un grupo de cubanos en el Congo (Leopoldville) para asesorar a las fuerzas lumumbistas que se enfrentaban a tropas locales y a mercenarios, hasta que por la falta de unidad de los combatientes del Consejo Supremo de la Revolución Congoleza y la negativa del apoyo moral y material de

otras naciones africanas, se opta por la retirada de los 140 hombres de la ínsula más grande de Las Antillas.

«El Che asume la etapa de lucha en el Congo como una fase intermedia para prepararse aún más con vista a la meta definitiva en Sudamérica, y aguardar a que la evolución de los acontecimientos generaran condiciones favorables para llevar a cabo la guerra de guerrillas en esa región, y tanto es así, que en el momento en que se abandonaba ese país subsahariano, le preguntó a sus compañeros de armas Harry Villegas, Carlos Coello y José Martínez Tamayo si estaban dispuestos a continuar junto a él en la lucha por la liberación latinoamericana y caribeña».

No obstante que el enemigo imperialista, neocolonialista y colonialista con su poderío político, económico y militar, y la desunión de las fuerzas lumumbistas incidieron en el fracaso de la misión internacionalista cubana dirigida por el Che en el Congo, él se mantuvo firme e inquebrantable en su loable propósito de desatar el movimiento guerrillero en la cordillera de Los Andes para convertirla en otra Sierra Maestra.

«Antes de salir hacia Bolivia, el Che estaba eufórico y feliz, y se mostraba muy fraterno con la veintena de combatientes internacionalistas cubanos, cuyo entrenamiento dirigió en Pinar del Río antes de que todos partieran rumbo a esa nación andina, y tuve la oportunidad de verlo en la madrugada del día en que marchaba por vía aérea hacia La Paz, y no pensé que sería la última vez que lo vería en vida porque, al igual que otros compañeros, teníamos confianza en la voluntad y la capacidad de él y de los que lo acompañaron en la gesta boliviana para vencer con habilidad y tesón todas

las adversidades, lo que se demostró con exitosas acciones guerrilleras en las que se causaron bajas a la soldadesca barrientista».

Aunque por diversas razones el Che y sus compañeros de armas no pudieron convertir en realidad el justo y encomiable objetivo de culminar la definitiva independencia de América Latina y el Caribe, por la cual combatieron los ejércitos bolivarianos bajo el mando del Libertador, a principios del siglo XIX, su heroico e imperecedero ejemplo abrió el camino hacia el futuro socialista por el que se enrumban hoy en día los pueblos de varias naciones latinoamericanas y caribeñas, entre ellos, Bolivia.

«La demostración de que el pensamiento y la acción revolucionarias del Che trascienden con una proyección de futuro es que cada día hay un interés creciente y conciente en Cuba y en el mundo por estudiar su legado, ya que se le ve como un hombre con una tremenda fuerza moral, muy honesto, sensible y humano, y capaz de acompañar a su prédica con sus actos, y como un símbolo del internacionalismo, el antiimperialismo, y del genuino socialismo, y como una bandera de intransigencia revolucionaria, de los valores éticos, y de la justicia social para las actuales y venideras generaciones».

Lo resaltado por Fidel en la velada por el XX Aniversario de la caída en combate del Che y sus compañeros de armas en la guerrilla boliviana, en octubre de 1987, acerca de que él vive más que nunca y que es un adversario más poderoso que nunca del imperialismo es lo que para el comandante Barba Roja representa el mejor homenaje de recordación al Guerrillero Heroico.

Capítulo XXII

En la guerrilla lumumbista

En el recorrido del Che por África, en 1964, no solo los mandatarios gubernamentales de varios países del llamado continente negro le solicitaron ayuda militar de Cuba para defender la independencia y soberanía nacionales, sino también dirigentes de organizaciones guerrilleras recabaron el apoyo solidario de los revolucionarios cubanos para combatir a las tropas militares que servían a los intereses de la clase dominante, aliada a las potencias capitalistas, y conquistar el poder para los sectores populares.

Un contingente de combatientes internacionalistas cubanos se conformó desde principios de 1965 para apoyar al Movimiento Lumumbista del Congo (Leopoldville) en la lucha armada contra el régimen reaccionario de Mobutu Sese Seko.

El comandante Víctor Dreke, en aquel entonces, segundo jefe de las tropas de las FAR que enfrentaban al bandidismo, organizado, financiado y armado por la CIA, en la Sierra del Escambray, fue designado al frente de ese grupo de jóvenes patriotas de ascendencia africana con cualidades militares, experiencia

combativa, resistencia física, buena salud y profunda convicción del internacionalismo proletario.

Los más de medio millar de integrantes de la columna de internacionalistas de la mayor isla del Caribe, que fue conocida como la número 1, se entrenó durante varios meses en las montañas pinareñas en el manejo de diversos armamentos, en el minado y desminado de terrenos, en largas caminatas de día y de noche, y en el conocimiento de las luchas de los pueblos africanos contra los colonialistas europeos, en especial los belgas, quienes dominaron durante casi dos centurias el Congo.

«A finales de marzo de 1965 se había hecho la selección de los que irían a combatir a los distintos países africanos, aunque ninguno sabía a ciencia cierta a cuál de ellos, pero muchos se dieron cuenta de que era a uno de los dos Congo, pues les dieron materiales escritos sobre ambas naciones, y con ellos, que eran 11 oficiales, 19 sargentos, 11 cabos, y 72 soldados se formó una columna con su plana mayor, tres pelotones de infantería, y uno de artillería».

Tras regresar de su periplo africano, el Che, con una nueva fisonomía, partió por vía aérea junto con Dreke rumbo a Tanzania.

«La noche antes de nuestra partida del país, Fidel vino a despedirse de nosotros, primero él sostuvo una larga conversación con el Che, y después habló con José María Martínez Tamayo y conmigo para recalarnos que el comandante argentino-cubano tenía que llegar sin ningún tropiezo al destino fijado, ya que debía pasar por varios países, y nos dijo que éramos responsables de protegerlo para que no le pasara nada, pero estando en el avión nos percatamos que

estaba en la fila de al lado el periodista Luis Gómez Wangüemert, quien infinidad de veces había entrevistado y hablado con el Che, pero no lo reconoció, lo que me había pasado a mí, con anterioridad, cuando me mostraron una foto del Che con el enmascaramiento en la cabeza y en el rostro».

Tampoco Dreke descubrió quién era cuando se lo presentaron como el jefe de la columna 1, y al que debía de subordinarse como segundo al mando. Entonces el Che le expresó que el cambio de su cara era tan efectivo que ni siquiera sus viejos compañeros de lucha lo podían identificar.

Hay que destacar que el Che, en una carta enviada a su madre Celia de la Serna, con fecha 15 de julio de 1956, meses antes de formar parte de la expedición del yate *Granma* para libertar a la más grande ínsula antillana de la dictadura batistiana, había señalado que «después de deshacer entuertos en Cuba me iré a otro lado cualquiera».

En el libro *Un encuentro con Fidel*, del periodista italiano Gianni Miná, el máximo líder de la Revolución Cubana resaltó que, cuando conoció en México al Che, este le manifestó que si triunfaba la Revolución Cubana no se le impidiera por razones de Estado marchar hacia su patria natal para liberarla del yugo oligárquico-imperialista.

En dicha obra, el comandante en jefe señaló que el Che se interesaba por la problemática africana, y en especial por lo acontecido en el Congo (Leopoldville), donde su primer ministro, Patricio Lumumba, fue asesinado, en 1964, por elementos reaccionarios, aliados al imperialismo mundial, que había desatado la lucha guerrillera por el movimiento lumumbista.

Debido a la solicitud de dirigentes lumumbistas, Cuba accedió a ofrecer colaboración internacionalista en el terreno militar a los guerrilleros congolese, y por ello Fidel sugirió al Che que contribuyera a fortalecer la gesta insurreccional en ese país africano, en tanto se creaban mejores condiciones para la guerra de guerrillas en América Latina.

Poco después de arribar a Dar es Salam, la capital tanzana, el Che junto con Dreke y otros combatientes internacionalistas cubanos, además del dirigente lumumbista Godefroid Tchamlesso (Tremendo Punto), se dirigieron hacia la pequeña ciudad de Kigoma, ubicada en las costas del lago Tanganika, el que atravesaron en pequeñas embarcaciones con motores fuera de borda en horas de la noche del 23 de abril de 1965, hasta llegar al territorio congolés.

«El cruce lo hicimos en tres lanchas de madera, bastante malas, y pasamos nuestros apuros durante el viaje debido a que árboles derribados y arrastrados por la corriente podían chocar con la embarcación y destruirla, o por las fuertes ventoleras que hacían moverse a los barcos como cascarones en medio de la oscuridad terrible, en que no se veía nada pero no podíamos encender luces porque en la orilla existían puestos militares».

La intensidad y fuerza del viento aumentó, dando lugar a que se escorara la lancha del Che, y por tanto, se ordenó poner proa a toda velocidad hacia la orilla, pero pasaba el tiempo sin que se observara la ribera hasta que alguien la divisó.

«Con dos compañeros me tiré al agua, y luego de caminar varios metros alcanzamos la orilla, y al ver que no había peligro hicimos señas para que

desembarcaran los demás, y por orden del Che realizamos una exploración en busca del campamento de los guerrilleros congolese, acompañados de Godefroid Tchamlesso. Tras andar como un kilómetro y medio llegamos a un bohío, donde estaban algunos de ellos con sus mujeres durmiendo en el piso, y aunque no lo parecía, allí radicaba el Estado Mayor del Frente Norte de los revolucionarios lumumbistas. De inmediato regresé al lugar donde el Che había permanecido, y se asombró al darle la noticia de lo que vimos, entonces ordenó a todos dirigirnos hacia allí».

El primer albergue de la avanzada de la columna 1 en el territorio congolés de Kimbamba fue una pequeña y abandonada choza, donde pernoctaron en el suelo.

Al día siguiente, el Che sostuvo el primer contacto con representantes del Consejo Nacional de la Revolución Congolese, con quienes comprueba que existía una preocupante y dañina división entre los mandos guerrilleros y las tropas, ya que los primeros no corrían la misma suerte de quienes se enfrentaban al ejército local y a los mercenarios blancos.

Tan pronto concluyó el diálogo del Che con los dirigentes congolese, en que es presentado Dreke (Moja) como jefe del grupo de combatientes internacionalistas cubanos, y el Che (Tatu) como médico y traductor de francés, se encamina Tremendo Punto hacia el sitio donde se encontraba el máximo jefe de los lumumbistas, Joseph Kabila para informarle que el combatiente argentino-cubano se hallaba en la zona guerrillera del Congo, y que ambos debían coordinar las acciones combativas y el adiestramiento de los rebeldes.

El tiempo de espera por la respuesta de Kabila es empleado por el Che y sus hombres en establecer el campamento de entrenamiento militar de guerrilleros congolese, cuya preparación se basaba en nociones de infantería, armamento, ingeniería de terreno, comunicación y exploración.

«En esos días el Che se dedicó junto con el médico cubano Rafael Zerquera (Kumi) a atender a la población campesina, e incluso participó en la inauguración de un pequeño hospitalito, así como caminaba entre unos dos o tres kilómetros diarios, leía libros y la prensa, escribía su *Diario de Campaña* en una libretica de bolsillo con carátula negra, estudiaba el swahili con el congolés Ernesto Ilunga (Freddy), enseñaba los idiomas francés y español, y las matemáticas a los hombres bajo su mando, y estimulaba la celebración de círculos políticos sobre la historia de África, mientras los combatientes cubanos se unían a los congolese para reconocer el terreno, que era de vegetación tupida y altos árboles, y con un clima frío y húmedo».

En la zona de Luluabourg, a 1500 metros de altura, y a 5 kilómetros de Kimbamba el Che se enfermó gravemente de paludismo con síntomas de sangramiento por la nariz debido a la presión alta, fiebre alta y vómitos, y aunque al principio de este padecimiento se negó a que el médico Kumi lo atendiera para que no abandonara a sus pacientes congolese en el hospitalito, se vio obligado a acceder a que este galeno cubano le suministrara los medicamentos necesarios.

«Cuando Tatu se puso tan mal, uno de los cubanos, preocupado por su salud, expresó que si el Che no se restablecía, tendría que irse del territorio congolés, y

él, bastante encabronado, exclamó que él no se marchaba, primero moría allí, y agregó que lo que tenía era una enfermedad de mierda que pronto se le pasaría».

Aún sin reponerse de la grave enfermedad, el Che conoció la muerte de su madre, Celia de la Serna, a causa de un cáncer pulmonar.

«Para mí esta fue para él la noticia más triste de toda su vida, y no la creyó al principio, porque tenía la esperanza de que hubiera un error en la noticia».

Antes de partir hacia la guerrilla congoleña, escribió una carta de despedida para sus padres, que se hizo pública en octubre de 1965, en la que destacaba que los había querido mucho, pero no había sabido expresarle su cariño, y reiteraba que para él la lucha armada era la única solución para los pueblos que luchaban por su liberación nacional, y subrayaba que era consecuente con sus creencias, por lo cual muchos lo calificaban de aventurero, pero aclaraba que de un tipo diferente porque era de los que ponían el pellejo para demostrar sus verdades.

En el segundo semestre de ese año el Che se entrevistó con el jefe del Estado Mayor del Consejo Nacional de la Revolución del Congo, Leonard Mitoudidi (Mitudidi), quien le plantea atacar el cuartel militar de la localidad de Albertville pero él le explica que tal acción combativa era demasiado riesgosa para los guerrilleros, y entonces acuerdan comprobar la correlación de fuerzas entre el enemigo y los insurrectos lumumbistas en las zonas de Kabimba, Front de Force, Baraka y Uvira, a fin de llevar a cabo acciones armadas.

Los combatientes internacionalistas cubanos se cercioraron de que los rebeldes congolese, aunque estaban armados, carecían de entrenamiento militar, disciplina, y conciencia política, y muchos de ellos criticaban a Kabila y otros dirigentes congolese porque no se mantenían junto a ellos en la confrontación bélica contra el adversario gubernamental, sino que preferían tomar parte en eventos internacionales, como representantes del movimiento insurreccional congolés.

Al cabo de dos meses de su presencia en las selvas del Congo, para asesorar al movimiento lumumbista en la guerra de guerrillas, el Che consideró que esta no contaba con un mando central único ni con cuadros de suficiente nivel cultural y fidelidad absoluta, ni tampoco con combatientes dotados de la necesaria disciplina militar.

En ese momento, en que se preparaba el ataque de los guerrilleros congolese junto a combatientes internacionalistas cubanos a Front de Force, él recibió una carta de Kabila, quien se hallaba en el poblado tanzano de Kigoma, a 70 kilómetros de distancia, en cuyo texto este le decía: «yo sé también que usted sufre de la desorganización, pero nosotros hacemos todo por paliarla, y es el defecto de la ausencia de dirigentes».

La respuesta del Che no se hace esperar, y en una misiva expuso al líder congolés que «puedo asegurarle que mi impaciencia es la de un hombre de acción», y seguidamente le solicitó autorización para tomar parte en el combate de Front de Force.

Sin embargo no le fue permitido participar en esa acción armada, en la que intervinieron 44 cubanos

junto con combatientes ruandeses, y unos pocos congolese.

«Antes de partir, el domingo 20 de junio de 1965, hacia el ataque a Front de Force, en la que se me designó como jefe de los cubanos, cantamos el *Himno Nacional* y el *Himno del 26 de Julio*, y el Che nos dio la mano a cada uno de nosotros, y se veía contento porque se haría la primera acción armada con los cubanos contra el enemigo, pero estaba disgustado pues no podía participar en la misma».

Tras atravesar intrincados bosques, elevadas montañas y varios ríos, llegaron a las inmediaciones del objetivo militar, donde estaban acantonados alrededor de 500 a 700 soldados y oficiales del régimen de Mobutu Sese Seko, y a las cinco de la mañana se inició el tiroteo, pero sin haber transcurrido mucho tiempo la mayoría de los ruandeses se retiraron de sus puestos de combate abandonando las armas y proyectiles, e incluso a sus muertos y heridos.

«Al empezar el combate solamente quedaron en el lugar los nuestros y algunos ruandeses, e inclusive el compañero Inne [primer teniente Norberto Pío] les pidió que emplazaran el cañón, pero se retiraron de regreso al campamento, dejando abandonados los proyectiles y otras piezas, las cuales fueron recogidas por compañeros nuestros. Sin embargo, Inne decidió, al frente de un grupo de cubanos y ruandeses, atacar la posición enemiga, mas fue recibido con un nutrido fuego de armas, que causó la muerte de él y otros tres de sus compatriotas y de una decena de africanos».

«En esta acción desgraciada, gran parte de la culpa le cupo al mando cubano, pues el compañero Inne,

menospreciando al enemigo, aunque con arrojo indiscutible para cumplir lo que consideraba su deber moral, se lanzó al ataque frontal, y pereció junto a otros combatientes, quienes cargaban sus mochilas, en las cuales el enemigo encontró un diario que daba indicación de la presencia de cubanos entre los atacantes».

Otro ataque guerrillero que se llevó a cabo el mismo día en Katenga, contra las fuerzas adversarias, también fracasó, porque se había previsto ejecutarlo horas después del planificado para Front de Force por 160 congolese, cuya tercera parte desertó antes de comenzar a sonar los tiros, el resto huyó despavorido cuando cayeron los primeros morterazos.

El peor resultado de ambos encuentros bélicos fue la desmoralización entre las tropas congolese y ruandesas, la cual alcanzó tal grado, que en los días posteriores una gran cantidad de ellos abandonaron las filas rebeldes.

Sobre las causas de este revés guerrillero el Che señaló que se subestimó al enemigo, así como hubo falta de disciplina militar y de moral combativa.

En los primeros días de julio de 1965 sostuvieron un encuentro el Che y Kabila, y aunque el comandante insistió con su interlocutor que le permitiera participar en los combates, este se negó, alegando que debía cuidarse porque era necesario a la Revolución Mundial.

Antes de retirarse el máximo jefe lumumbista del lugar de la entrevista, el Che le reiteró que la guerra de guerrillas se ganaba en el campo de batalla, y no en los conciliábulos de retaguardia, le explicó que la zona de Katanga era la más indicada para operar los rebeldes con una concepción nacional, y no tribal o

regional, y le resaltó que era insoslayable crear un Frente Unificado con un mando superior.

Él pensaba que el éxito de la guerrilla congoleesa dependía de la máxima integración de los combatientes internacionalistas cubanos al movimiento de liberación nacional del Congo (L) para que estos últimos aceptaran a los primeros como parte de ellos.

En un recorrido del Che por los frentes guerrilleros, acompañado de un representante de Kabila, comprobó la desorganización, la indisciplina, la falta de combatividad, y de autoridad de los jefes, y lo que era más grave: la pérdida de armamento, porque los congoleeses abandonaban sus armas cuando huían del fuego enemigo.

En el cuarto mes de la llegada de los cubanos al territorio congolés él redactó, el 12 de agosto de 1965, un documento para ellos que tituló «Mensaje a los Combatientes», en cuyo texto analizó la situación existente en la lucha armada del movimiento lumumbista por la liberación nacional.

En dicho material destacó que los jefes congoleeses estaban la mayor parte del tiempo fuera del territorio insurreccionado, lo que representaba un mal ejemplo para sus soldados, quienes estaban desprovistos de espíritu de sacrificio.

Apuntó además que la misión principal de los internacionalistas cubanos era ayudar a ganar la guerra de guerrillas, y para ello se requería ampliar y profundizar el trabajo político a través del ejercicio de un auténtico compañerismo revolucionario entre ellos y los congoleeses.

Finalizó el documento en cuestión advirtiendo que no era justo calificar de traidores a los cubanos

que planteaban no continuar en la misión internacionalista en el Congo (L) sino tratar de evitar que se conviertan en desertores morales, y que no se evidenciara el desprecio hacia la indebida actitud de los congolese en los combates sino por el contrario, había que educarlos para que comprendieran mejor su deber patriótico y revolucionario.

«Este mensaje del Che, que se discutió por los cubanos en los frentes guerrilleros, elevó la moral revolucionaria de ellos, y semanas después se efectuó una reunión con los principales jefes congolese, en la cual él censuró, tanto a los que arriesgaban demasiado su vida en los combates como a aquellos que no se les veía en los mismos, y también orientó la captación de campesinos, quienes se entrenarían por los cubanos para conformar dos compañías, una de ellas bajo mi mando y la otra dirigida por él con pelotones encabezados por cubanos para crear un Ejército Revolucionario, y esta idea la intercambié con nosotros, y al preguntarnos cuántos estaban convencidos de la posibilidad del triunfo de la guerrilla congolese solo cuatro levantamos las manos».

No obstante, él continuó tratando de materializar su firme propósito de organizar el Ejército Revolucionario del Congo (L), y en la consecución de tal fin estaba junto a otros cubanos construyendo las instalaciones del campamento en Kilonwe, cuando efectivos uniformados avanzaron hacia ese lugar.

«Se decidió por él hacer frente al enemigo, para no perder el polvorín con armas, como morteros, ametralladoras, bazucas y proyectiles que había allí, y si no era posible entonces, retirarse en horas de la noche, pero la embestida enemiga nos obligó a marcharnos

rompiendo el cerco, lo que fue aprovechado por los congolese para abandonar el campo de batalla».

En el repliegue fue herido de gravedad el combatiente internacionalista cubano Orlando Puente Mayeta (Bahasa), quien murió horas después a pesar de la asistencia médica.

«El Che despidió el duelo, y en sus palabras reconoció los errores que él había cometido en el combate por no haber elegido un mejor sitio, y no haber organizado una defensa más fuerte, y apuntó que de la muerte de los cubanos en el Congo la más dolorosa para él fue la de Bahasa, porque lo criticó por algunas debilidades en la guerrilla, pero que este respondió como un verdadero comunista al morir valientemente frente al enemigo, y también subrayó que no se podía formar el Ejército Revolucionario si no se fusionaban los cubanos con los congolese».

Con posterioridad, al hablar con los congolese, les expresó que debía existir una mayor confianza entre ellos y los cubanos para formar un Ejército Revolucionario más unido y con mayor conciencia política para vencer en la guerra de liberación nacional.

Aunque algunos cubanos y congolese eran partidarios de trasladarse hacia el campamento que estaba cercano al lago Tanganika, el Che determinó reorganizar el grupo de los sobrevivientes, y no abandonar a su suerte a los campesinos de la zona de operaciones guerrilleras ante las represalias de la soldadesca del régimen de turno, como reflejo de su espíritu solidario con ellos, quienes eran la base social de los rebeldes.

«En el momento en que yo estaba enfermo y con fiebre él me fue a ver, y se interesó por mi estado de

ánimo, y cuando le manifesté mi preocupación por las calumnias y mentiras que estaban formulando contra los cubanos algunos jefes congolese, a raíz del último combate, me explicó que era posible que la actitud de estos los llevara a pasarse al enemigo, y al preguntarle lo que pensaba hacer, me contestó que debíamos enfrentar cualquier provocación, y que enviaría a los cubanos enfermos y a los que no querían seguir en el Congo hacia Cuba, y quedarse con los que deseaban mantenerse en el movimiento guerrillero en ese país africano, y seguidamente indagó sobre mi opinión al respecto. Le dije que estaba de acuerdo con él, y antes de despedirse me deseó mi pronto restablecimiento».

A finales de octubre de 1965 el Che se dirigió hacia el campamento principal de la guerrilla lumumbista, conocido como La Base, porque conoció que allí era elevado el estado de desmoralización de los congolese, lo que podría facilitar la ocupación del lugar por el enemigo.

Al analizar la situación del movimiento guerrillero en ese mes, él la calificó de «mes de desastres sin atenuantes», debido a los reveses en los últimos combates, a la huida de casi todos los jefes congolese de la zona rebelde, y a la imposibilidad de lograr mejores relaciones entre cubanos y nativos.

Unos días después, al Che le informan que los combatientes internacionalistas cubanos bajo su mando debían retirarse del territorio congolés porque en la más reciente reunión de jefes de Estado y de Gobierno de África se acordó la no intervención en los asuntos internos de los países africanos, por tal razón el gobierno de Tanzania comunicó que le resultaba

imposible continuar permitiendo que su territorio se utilizara para apoyar a la guerrilla congoleesa.

Él valoró esto como «el golpe de gracia dado a una Revolución Moribunda», pero no viró la espalda al movimiento lumumbista, a pesar del deterioro acelerado de la moral combativa de muchos de los combatientes congoleeses, quienes, al igual que los ruandeses, desertaron masivamente de las filas rebeldes.

Incluso consideró la posibilidad de unirse, junto a combatientes internacionalistas cubanos, a la zona de operaciones del frente guerrillero del líder político y jefe militar, Pierre Mulele.

«Al darme a conocer el Che su determinación de permanecer en el territorio congolés, le propuse quedarme allí con la gente seleccionada, pero él debía marcharse de allí, entonces reaccionó con disgusto, diciéndome que yo estaba equivocado, y al recordarle que Fidel había dicho que él no podía morir en el Congo, me contestó que respetaba el criterio del máximo líder de la Revolución Cubana, mas abandonaría únicamente ese país africano si los lumumbistas no querían continuar la lucha armada, después conversó sobre este asunto con otros cubanos, quienes le confirmaron que no lo dejarían solo».

Al ordenar las máximas autoridades gubernamentales de Cuba la retirada de los combatientes internacionalistas cubanos de la zona guerrillera del Congo (L), porque no existían las condiciones objetivas y subjetivas para continuar adiestrando a los lumumbistas en la guerra de guerrillas, se llevó a cabo la evacuación del Che y sus compañeros de armas, en lanchas, por la zona congoleesa de Nyungu, con destino al puerto fluvial tanzano de Kigoma.

Poco antes de llegar a este último lugar, el Che ordenó detener las embarcaciones en que viajaban los cubanos, y les dijo sobre la misión internacionalista de ellos en el Congo que «esta lucha que hemos librado ha sido de gran experiencia, y yo espero que a pesar de todas las dificultades por la que hemos pasado, si algún día Fidel les plantea otra misión de esta índole, ustedes sabrán responder presente», y concluyó sentenciando que «solamente se es revolucionario cuando se está dispuesto a dejar todas las comodidades para ir a otro país a luchar».

Al concluir las palabras del Che, a muchos de sus compañeros de armas se les nublaron los ojos con lágrimas de emoción, porque en ese momento histórico terminaban varios meses de lucha guerrillera en tierras africanas.

Dreke recuerda que después de separarse del Che en territorio tanzano nunca más supo de él, hasta que conoció que combatía en la guerrilla boliviana con otros internacionalistas cubanos, que lo acompañaron en el Congo, y que en Bolivia él ofrendó su heroica vida como estuvo dispuesto a hacerlo dos años antes en esa nación africana.

Capítulo XXIII

El médico de Tatu en el Congo

Varios médicos formaron parte de más de un centenar de cubanos que, dirigidos por el Che, decidieron en 1965 incorporarse a la lucha armada en el Congo (Leopoldville), para contribuir a la liberación de ese país africano del neocolonialismo.

Uno de ellos, el doctor Rafael Zerquera, destaca que como integrante de esa columna internacionalista recibió la orden de prestar asistencia médica a sus compatriotas heridos y enfermos, pero estando en el territorio congolés bajo el mando del Guerrillero Heroico, este le orientó incluir en su quehacer profesional la atención preventiva y terapéutica a la población civil.

«Recuerdo que en cierta ocasión se apareció él en donde yo estaba acampado, en la zona de Kibamba, y me preguntó el objetivo de mi presencia en el Congo, y tras responderle que era para curar a los internacionalistas cubanos, me rebatió esto al decirme: “No, usted vino a ejercer su profesión de médico con todos los que lo necesiten”. Entonces me indicó que lo acompañara, junto con el traductor congolés Freddy Ilanga, a un recorrido por las inmediaciones del lugar donde nos

encontrábamos, para consultar a los nativos enfermos y entregarles medicinas. Por supuesto que esto causó tanto impacto en los congolesees que nunca antes habían conocido ni siquiera a un médico, y mucho menos recibido fármacos para restablecerse de cualquier enfermedad, que posteriormente a mí no me alcanzaba el tiempo para ofrecer mis servicios facultativos a los pacientes civiles».

Este septuagenario galeno cubano, quien interrumpió sus estudios antes de 1959 en la Universidad de La Habana debido al cierre de la casa de altos estudios por la tiranía batistiana, obtuvo su título de doctor en Medicina en la década del 60 del pasado siglo, y fue uno de los primeros que practicó el servicio social en las montañas orientales.

«Estando como médico en la zona montañosa de Santo Domingo, en la Sierra Maestra, determiné, al igual que otros miles de cubanos, incorporarme a la lucha guerrillera en cualquier país del mundo, y pasó mucho tiempo de expresar esta disposición a las autoridades del Ministerio de Salud Pública hasta recibir la orientación de formar parte del contingente de compatriotas que marcharon al Congo, a solicitud del movimiento de liberación nacional del mismo».

Antes de que Zerquera partiera de Cuba hacia el suroeste de África, experimentó una de las más grandes alegrías de su vida.

«Fidel sostuvo un encuentro con los que íbamos hacia el Congo (Leopoldville), y nos explicó la trascendencia de lo que haríamos, pero sin especificarnos el país de destino, y resaltó que recibiríamos una impresionante sorpresa que ni siquiera podíamos soñarla al llegar al paradero final».

Al arribar por vía aérea a la capital de Tanzania en unión de otros compañeros de lucha de la mayor isla de las Antillas, Zerquera fue recibido por el comandante Víctor Dreke, y el embajador de Cuba en Tanzania, Pablo Rivalta, entre otros.

Entre ellos le llamó la atención un hombre de tez blanca con apariencia física de profesor, incipiente barba y acento francés al hablar, el cual, al reunirse con ellos, les explicó los objetivos y condiciones de la misión encomendada, y finalmente les preguntó si alguien sabía quién era él.

«Por rasgos de su rostro, y otras evidencias físicas, supuse que podría ser el Che, y porque no olvidaba que Fidel nos había dicho que recibiríamos una sorpresa en el lugar adonde viajaríamos, pero no me atreví a expresar nada por temor a cometer una imprudencia, y ante la insistencia del interlocutor manifesté: “Me imagino que usted es el Che”».

Él admitió que era el comandante Ernesto Guevara, y resaltó el motivo de su presencia en Tanzania, así como reafirmó su admiración por el líder congolés Patricio Lumumba, quien fuera asesinado en 1961 por los testaferros de la potencias neocoloniales cuando ocupaba el cargo de jefe de gobierno del Congo (Leopoldville).

Añadió que la misión internacionalista de los cubanos en esa nación africana era difícil y riesgosa, y podría durar varios años, y asignó a cada uno de los catorce presentes el nombre de guerra que en lengua swahili correspondía a números.

«Desde entonces el Che fue conocido como Tatu (Tres), y a mí se me nombró Kumi (Diez) porque había llegado a Tanzania al frente de nueve compañeros cubanos. En poco tiempo se prepararon las condiciones

logísticas para viajar desde la localidad tanzana de Kigoma, ubicada en la ribera del lago Tanganika, y a través de ese inmenso espejo de agua, en dos pequeñas lanchas, nos dirigimos hasta la zona congoleza de Kibamba, donde arribamos el 24 de abril de 1965».

Aquel histórico día no se borra de la memoria de Zerquera porque se iniciaba uno de los momentos más importantes de su existencia junto al Guerrillero Heroico durante varios meses en la lucha de guerrilla en África.

«Allí los revolucionarios congolese nos alojaron en varias chozas, y en una de ellas pasamos la noche algunos de nosotros, entre ellos, el Che, quien fue el primero en levantarse al día siguiente, y marchar al frente del grupo hacia una montaña de cerca de dos mil metros de altura, donde se radicó el campamento principal. A mí se me ordenó quedarme en Kibamba para recibir a otros combatientes cubanos que posteriormente se sumarían a la guerrilla congoleza, y atender a los enfermos cubanos y congolese».

En dos ocasiones Zerquera se trasladó hacia este lugar de difícil acceso donde acampaba el Che, porque este estaba enfermo.

«Cuando llegué a su lado lo encontré muy mal de salud, pues tenía fiebre y tos seca. Como él era más experimentado que yo en medicina y conocía mejor su organismo, le pregunté sobre el tratamiento que se le podía aplicar y después de sugerirme un fármaco, se lamentó de que no se dispusiera del mismo en ese momento. Para sorpresa de él abrí un pequeño maletín que contenía varias medicinas, y que me habían entregado en Cuba para situaciones urgentes, y

extraje lo apropiado para curarlo. Al ver aquello, me preguntó de dónde procedía, y me costó trabajo convencerlo de que la aceptara, porque desde que llegamos a Kibamba me orientó que las pocas medicinas que poseíamos se destinaran a la población nativa».

Al cabo de varios días mejoró el estado de salud del Che, y este indicó a Zerquera que regresara de inmediato a Kibamba para atender a los pacientes del hospital rural que se había instalado con materiales rústicos.

No transcurrió mucho tiempo cuando Zerquera volvió al campamento principal en la montaña, ya que el Che padecía de malaria.

«Esta enfermedad, que es común en África, le causó hemorragias y fiebre alta, y otra vez tuve que convencerlo de que me permitiera aplicarle el medicamento apropiado que tenía en el maletín, porque decía que debía dárselo a los enfermos civiles».

Entre abril y noviembre de 1965 Zerquera se mantuvo atendiendo en el hospital rural de Kibamba a los enfermos y heridos cubanos y congolese, mientras otros compatriotas intervenían en acciones armadas, hasta que a finales de ese año, a solicitud del mando militar del Frente Este del movimiento guerrillero lumumbista se emprendió la retirada de los combatientes cubanos desde el Congo (Leopoldville) hasta Tanzania, atravesando el lago Tanganika.

«Pocos minutos antes de que llegaran a territorio tanzano se detuvieron las tres embarcaciones en que viajábamos los cubanos por ese lago africano, que es tan grande que parece un océano, y se concentraron para escuchar al Che, quien nos habló de la epopeya guerrillera que habíamos protagonizado, y

nos exhortó a continuar luchando en otras partes del mundo por la liberación de los pueblos del colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo».

Al retornar a Cuba, Zerquera se mantuvo en los servicios médicos de las FAR, donde alcanzó el grado de teniente coronel, y se especializó en epidemiología.

Nunca olvidó lo que le manifestó el Che sobre su decisión de llevar a cabo otras misiones internacionalistas en cualquier parte del mundo, y que este le reiteró lo que significaba el internacionalismo en la lucha antimperialista.

Una década después, a finales de la década del setenta de la pasada centuria, Zerquera retornó al continente africano como médico militar en Angola, donde el sueño libertario del Che en África dejó de ser una quimera para convertirse en realidad, al igual que en Sudáfrica y Namibia, por la participación de combatientes internacionalistas cubanos en la guerra popular contra los traidores internos y los agresores zairotas y sudafricanos.

Capítulo XXIV

Crear muchos Vietnam en América Latina

Entre los combatientes internacionalistas cubanos que participaron junto al Che, entre 1966 y 1967, en la lucha guerrillera en Bolivia por la liberación del país altiplánico del dominio oligárquico e imperialista, está el serrano Leonardo Tamayo.

Siendo un adolescente de 15 años de edad se incorporó al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, y tomó parte en numerosos enfrentamientos armados contra los militares batistianos en las lomas orientales, y en los llanos camagüeyanos y villareños bajo el mando del Guerrillero Heroico.

«Junto al Che no solo aprendí a ser guerrillero sino que con él se forjó mi conciencia de internacionalista. Durante la lucha insurreccional en Cuba contra la dictadura apoyada por Estados Unidos, él nos decía que tras el triunfo de la Revolución Cubana había que continuar combatiendo por la libertad de otros pueblos latinoamericanos».

Tamayo, también conocido como Urbano, porque este último nombre era el que tenía en la guerrilla boliviana, fue integrante de la escolta del comandante *Che* Guevara, y, además, su ayudante hasta que

en 1966 nutrió las filas del grupo de revolucionarios cubanos que se adiestraron en la zona montañosa de Cayajabos, en la provincia de Pinar del Río.

A ellos se les comunicó, en la segunda quincena de septiembre del mismo año, que un ciudadano español, amplio conocedor de la estrategia y la táctica de la guerra de guerrillas, se iba a hacer cargo del entrenamiento de ellos en el lomerío pinareño.

«Cuando tuvo lugar el encuentro de él y nosotros no sorprendió ver a un hombre calvo y canoso, con espejuelos y vestido con traje y cuello y corbata».

El comandante Raúl Menéndez Tomassevich los presentó, uno a uno, al visitante ibérico, y al concluir expresó:

«Mire, doctor, este es el grupo al cual usted entrenará».

Entonces el especialista en insurgencia, con el acento característico de los españoles, preguntó a Menéndez Tomassevich si debía decirles algo, a lo que este respondió:

«Bueno, doctor, si usted quiere».

El europeo se quedó mirando a sus discípulos, e hizo silencio durante breves minutos hasta que exclamó con tono argentino:

«Ustedes son unos comemierdas».

De pronto, Jesús Suárez Gayol, quien murió combatiendo en Bolivia, al descubrir quién era el supuesto ibérico, expresó con alegría:

«Coño, si es el Che».

Y fue el primero en abrazarlo, y seguidamente todos los demás lo imitaron.

«A partir de entonces el Che dirigió la preparación guerrillera, que fue bastante rigurosa y extenuante,

porque él nos indicaba que el lugar adonde íbamos a llevar a cabo la lucha guerrillera era inhóspito y peligroso, y por tanto había que adiestrarse lo mejor posible».

Antes de partir el grupo de combatientes internacionalistas cubanos hacia el lugar donde apoyarían con su solidaridad combativa la lucha armada por la libertad de otros pueblos hermanos, el Che les informó que el destino era Bolivia.

«Él nos explicó que esta nación andina era una de las más pobres de América Latina, y que estaba en el corazón de América. Por ello, desde su territorio mediterráneo, al consolidarse el movimiento guerrillero, saldrían las columnas con insurgentes para crear muchos Vietnam en aras de lograr, como dijera Martí, la segunda y definitiva independencia de la región al sur del río Bravo».

No olvida Urbano que el Guerrillero Heroico afirmaba que la libertad y la soberanía latinoamericana fueron frustradas por las oligarquías vendepatrias y entreguistas, en contubernio con la plutocracia yanqui, y aseguraba que existían condiciones objetivas y subjetivas para convertir en realidad el sueño de Bolívar, Sucre, San Martín, Artigas, Morazán y otros patricios que lideraron la gesta emancipadora de principios del siglo XIX contra el colonialismo español.

Capítulo XXV

El pensamiento militar del Guerrillero Heroico

La guerra de todo el pueblo, que hoy en día se practica en Cuba para defenderla de cualquier tipo de agresión militar de Estados Unidos, forma parte del pensamiento militar del Che, afirma el general de brigada (r) Harry Villegas.

El también vicepresidente ejecutivo de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana (ACRC), quien es conocido con el seudónimo revolucionario de Pombo por sus compañeros de lucha, estuvo junto al Guerrillero Heroico en la gesta insurreccional de Cuba, el Congo (Leopoldville) y Bolivia.

«El Che no solamente concibió cómo hacer las cosas sino, en gran medida, las aplicó de forma magistral en todas las esferas de la actividad humana en que actuó, y por ello no es posible separar sus concepciones políticas, económicas y sociales de sus concepciones militares».

Para Pombo hay un momento en la vida revolucionaria del Che en que se define su derrotero como estrategia militar, y ocurre en la Sierra Maestra, en el combate de Alegría de Pío el 5 de diciembre de 1956, donde los expedicionarios del yate *Granma* sufren un revés

táctico al ser sorprendidos por el enemigo batistiano.

«El Che escribió sobre esta acción que, al retirarse del lugar, se vio en la disyuntiva de cargar con una caja de balas o una mochila de medicamentos, y que se decidió por la primera porque estimó que eran más necesarios los proyectiles para los guerrilleros. También en otra oportunidad señaló que para ser médico revolucionario había que hacer la Revolución. Tras la victoria guerrillera en El Uvero él se hizo cargo de la atención médica de los guerrilleros heridos, y, a la vez, iba organizando una pequeña fuerza de insurrectos con campesinos, y trabajadores agrícolas de la zona montañosa, es decir, daba sus primeros pasos en su desarrollo como jefe guerrillero. En julio de 1957 Fidel lo designó como jefe de la columna 4 y lo nombró comandante para operar al este del pico Turquino. A partir de entonces, el Che dispuso de un mando independiente en el cual, con su iniciativa táctica, logró notables victorias militares frente a los guardias batistianos, así como alcanzó importantes avances en las relaciones con los serranos».

El entrevistado resalta otro hecho que refleja la capacidad de dirección y organización del Che en el terreno militar, como es la creación de la Escuela de Reclutas del Ejército Rebelde en Minas de Frío para el adiestramiento de los nuevos ingresos en la tropa insurreccional.

«Allí se construyeron varias obras rústicas. Por supuesto que estas construcciones eran vistas por la aviación batistiana, la cual bombardeaba y ametrallaba el lugar, pero sin causar bajas. Quizás se pudiera pensar que era una locura descubrir al

contrincante dictatorial el sitio donde se hallaban los rebeldes, pero el Che decía que los ataques aéreos contribuían a que desertaran los flojos y pusilánimes, ya que resistían estas pruebas de fuego solamente los que tenían conciencia revolucionaria».

Los que permanecieron en Minas de Frío fueron los que engrosaron la columna 8 «Ciro Redondo», la cual, comandada por el Che, llevó la lucha insurreccional a la región central del país a finales de 1958.

«Con su estoicismo, valor e inteligencia Che encabezó la fuerza rebelde que penetró en la provincia de Las Villas para incrementar la guerra de guerrillas en ese territorio. Allí asumió, por orden de Fidel, la dirección del Movimiento 26 de Julio, y fue un destacado maestro de la unidad revolucionaria. En menos de tres meses (octubre a diciembre de 1958) ejecutó con éxito su pensamiento militar en el territorio villareño, al desarrollar una guerra rápida y efectiva en aras de impedir que los uniformados del batistato se trasladaran hacia la región oriental. Con tal fin, ordenó destruir todas las vías de comunicación, especialmente los puentes. Su estrategia guerrillera se basó en desarticular paso a paso el aparato militar del régimen de facto con los ataques a los cuarteles y otras posiciones para debilitarlo, rendirlo, y asestarle el golpe mortal en Santa Clara. El Che fue el único jefe rebelde que logró con astucia y tenacidad la rendición del adversario en una capital de provincia sin sufrir grandes pérdidas humanas, donde 300 guerrilleros se enfrentaron a 3000 uniformados batistianos.

La victoria rebelde en la batalla de Santa Clara precipitó la huida del tirano y sus secuaces y cipayos, y,

además, impidió que los militares, asesorados y armados por el Pentágono, se concentraran en el centro de la isla para detener el avance del Ejército Rebelde hacia la capital del país.

«Se debe subrayar que el pensamiento militar del Che es considerado por especialistas en contrainsurgencia de Estados Unidos como el más completo y profundo, ya que sostiene que el guerrillero no solo es un combatiente sino también un transformador social, pues, a la vez que incide en los cambios de su entorno social, también recibe influencia en su formación ideológica y moral con el quehacer revolucionario. Tampoco se puede ignorar que el espíritu internacionalista está latente en el pensamiento militar del Che, el cual se expresó en Cuba, el Congo y Bolivia, donde fue guerrillero, y estas experiencias las reflejó en sus escritos bajo el título de *La Guerra de Guerrillas*. Este material no es un manual esquemático, pues ofrece variantes de cómo actuar en cada momento, e incluso indica cómo emplear métodos y vías para la toma del poder, a fin de transformar la sociedad y el hombre de forma simultánea. Él decía que la guerrilla propiciaba que sus integrantes se graduaran de revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana».

Aunque el Che, como revolucionario, nunca fue ajeno a lo que acontecía en cualquier lugar del planeta y su mayor anhelo era arriesgar su propia vida para liberar a América Latina, en especial a su patria natal Argentina.

«Aseguraba que en Bolivia se iniciaría el foco guerrillero para luego extenderlo por el territorio sudamericano, y estaba convencido de que era posible llevar a cabo una guerra rápida en esa nación altiplánica,

y otra más prolongada de más de diez años en países vecinos. Para él, el núcleo de la Revolución Continental debía instalarse en Bolivia por su ubicación geográfica y las tradiciones combativas de su población indígena. Luego de consolidarse el movimiento guerrillero en territorio boliviano entonces saldrían de aquí las columnas multinacionales de combatientes internacionalistas hacia Perú, Argentina, Chile y otras naciones».

Algunos investigadores de temas militares o históricos opinan que fue errónea la selección de la zona de operaciones de la guerrilla del Che en Bolivia, y al respecto explica Pombo:

«La región adonde iba a accionar la guerrilla por decisión del Che no era la cercana a Ñacahuazú, donde se situó el armamento y la logística de la guerrilla. Él se proponía ver con sus hombres las tres zonas que le habían sugerido los bolivianos. En el momento en que se origina el primer combate de los guerrilleros con el ejército boliviano, y se conoce nuestra presencia, estábamos reconociendo la primera de esas regiones con posibles condiciones para las acciones armadas. En la misma, él quería sostener encuentros con revolucionarios peruanos y argentinos para acordar la forma de incorporación gradual de ellos a la lucha guerrillera. Ya él había concebido la creación de un Segundo Frente en la zona boscosa del Chapare, pero al descubrirnos el enemigo, se registra, simultáneamente, el rompimiento de los vínculos con la red urbana de apoyo logístico, a lo cual se suma la negativa a enviar a la guerrilla más de sesenta hombres con entrenamiento insurgente por parte del secretario general del Partido Comunista de Bolivia, Mario

Monje, a causa de ambiciones personales. Quiero precisar que es injusto que se catalogue de “aventurera” la concepción estratégica del Che en Bolivia, porque realmente fue acertada, ya que existían condiciones subjetivas y objetivas para lograr el triunfo guerrillero en esa nación sudamericana».

El proverbial espíritu de compañerismo del Che, a juicio de Pombo, influyó en el curso de la etapa final de la guerrilla boliviana, a causa de que él descartó abandonar a su suerte al grupo de Vilo Acuña (Joaquín), separado del núcleo principal del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia desde hacia varios meses por el hostigamiento de la soldadesca boliviana.

«Estábamos en la localidad de Samaipata, a poca distancia de donde se iba a crear el Segundo Frente de la guerrilla boliviana, cuando el Che escuchó por la radio local que Joaquín y sus hombres habían combatido contra el enemigo, y decidió retornar al lugar más peligroso para los guerrilleros, a fin de reencontrarse con sus compañeros de lucha. Esto incidió en lo que ocurrió posteriormente, hasta el último combate en la Quebrada del Yuro, cuando cayeron heroicamente el Che y otros guerrilleros».

La desaparición física del Che en la guerra de guerrillas en Bolivia no representó que su pensamiento militar fuera relegado u olvidado porque, como expresó él en su «Mensaje a la Tricontinental» su grito de guerra contra el imperialismo norteamericano siempre será escuchado por aquellos que están dispuestos a entonar cantos luctuosos con tableteos de ametralladoras para que las ideas revolucionarias del comandante argentino-cubano iluminen el camino del futuro que pertenece al socialismo.

Bibliografía

- ACEVEDO GONZÁLEZ, ENRIQUE: *Descamisado*. Editora Política, La Habana, 1993.
- ÁLVAREZ MOLA, MARTA: *En combate por la esperanza*. Editora Política, La Habana, 2006.
- ARCOS BERGNES, ÁNGEL: *Evocando al Che*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- BÁEZ, LUIS: *Así es Fidel*. Editora Abril, La Habana, 2009.
- BARROS, DIEGO: *Historia de América*. Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- BELL LARA, JOSÉ: *Fase Insurreccional de la Revolución Cubana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- BENÍTEZ, JOSÉ A.: *El pensamiento revolucionario de hombres de Nuestra América*. Editora Política, La Habana, 1986.
- BORREGO, ORLANDO: *Che, recuerdos en ráfaga*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- BOSCH, JUAN: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe: frontera imperial*. Casa de las Américas, La Habana, 1981.
- BUCH, LUIS M.: *Gobierno Revolucionario Cubano. Primeros Pasos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- CARRERA, JULIO: *Antología Bolivariana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

- CASTRO RUZ, FIDEL: *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010.
- _____: *La contraofensiva estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010.
- CÉSPEDES CARRILLO, ALICIA: *Referencias necesarias sobre un antiguo conflicto*. Editorial José Martí, La Habana, 2010.
- CHÁVEZ ANTÚNEZ, ARMANDO: *Del pensamiento ético del Che*. Editora Política, La Habana, 1983.
- CUPULL, ADYS y FROILÁN GONZÁLEZ: *De Ñacahuazú a La Higuera*. Editora Política, La Habana, 1989
- _____: *La CIA contra el Che*. Editora Política, La Habana, 1992.
- ESCOBAR, FROILÁN y FÉLIX GUERRA: *Che, Sierra Adentro*. Ediciones Unión, La Habana, 1982.
- ESPINO FEBLES, ALBERTO: *Che por el cielo de Cuba*. Editora Abril, La Habana, 2008.
- FERNÁNDEZ CAÑIZARES, OMAR: *Primer viaje del Che al exterior*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.
- FERRER, CARLOS: *De Ernesto al Che*. Editorial Marea, Buenos Aires, 2005.
- FULGUERAS, JOSÉ ANTONIO: *Cerca del Che*. Editora Política, La Habana, 2008.
- GALEANO, EDUARDO: *Las venas abiertas de América Latina*. Casa de las Américas, La Habana, 1971.
- GALICH, MANUEL: *Nuestros primeros padres*. Casa de las Américas, La Habana, 1981.
- GÁLVEZ, WILLIAM: *El sueño africano del Che*. Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1997.
- GRANADO, ALBERTO: *Con el Che por Sudamérica*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

- GUERRA VILABOY, SERGIO: *Pensar en el Che*. Editorial José Martí, La Habana, T. I., 1989.
- _____: *El dilema de la independencia*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- _____: *Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la independencia de América Latina*. Casa de las Américas, La Habana, 2010.
- GUEVARA DE LA SERNA, ERNESTO: *Diario del Che en Bolivia*. Editora Política, La Habana, 2004.
- _____: *Obras 1957-1967*. Casa de las Américas. La Habana, 1970.
- _____: *Pasajes de la Guerra Revolucionaria: Congo*. Editorial Grijalbo-Mondadori, Madrid, 1999.
- _____: *América Latina. Despertar de un continente*. Editorial Ocean Sur, La Habana, 2006.
- _____: *Otra Vez*. Editora Abril, La Habana, 2005.
- _____: *Punta del Este. Proyecto Alternativo de desarrollo para América Latina*. Editorial Ocean Press, La Habana, 2003.
- _____: *Educación y Hombre Nuevo*. Editora Política, La Habana, 2010.
- _____: *El hombre y la economía en el pensamiento de Che*. Editora Política, La Habana, 1988.
- _____: *La conquista de la esperanza. Diario de Campaña. 2 de diciembre de 1956-19 de febrero de 1957*. Editora Abril, La Habana, 2005.
- GUEVARA LYNCH, ERNESTO: *Mi hijo el Che*. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1988.
- HERNÁNDEZ, JORGE: *Estados Unidos: hegemonía, seguridad nacional y cultura política*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- HERNÁNDEZ GARCINI, OTTO: *Huellas del exilio. Fidel-México. 1955-56*. Editora Abril, La Habana, 2004.

- KOHAN, NÉSTOR: *De Ingenieros al Che*. Editorial Biblos, La Habana, 2000.
- LENIN, V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Editora Política, La Habana, 1963.
- MARCH, ALEIDA: *Evocación*. Casa de las Américas, La Habana, 2007.
- MARTÍ, JOSÉ: *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO: *Ché, el socialismo y el comunismo*. Casa de las Américas, La Habana, 1989.
- _____: *Las ideas y la batalla del Che*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.
- MARTÍNEZ VICTORES, RICARDO: *La historia de Radio Rebelde*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- MAYO FERNÁNDEZ, JOSÉ: *La guerrilla se vistió de yarey*. Editora Política, La Habana, 1979.
- _____: *En la guerrilla junto al Che*. Editorial Gente Nueva, La Habana, 2006.
- MENDOZA GIL, MAYRA: *Para vivir como vives*. Editora Política, La Habana, 2006.
- MINÁ, GIANNI: *Un encuentro con Fidel*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1987.
- MOLINA, ERNESTO: *El pensamiento económico en la nación cubana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- NORMAN ACOSTA, HEBERTO: *Preludio de una leyenda*. Editora Política, La Habana, 2011.
- PÉREZ GALDÓS, VÍCTOR: *Un hombre que actúa como piensa*. Editora Política, La Habana, 1988.
- PIVIDAL, FRANCISCO: *Bolívar, pensamiento precursor del anti-imperialismo*. Casa de las Américas, La Habana, 1983.
- PRIETO ROZOS, ALBERTO: *Evolución de América Latina Contemporánea*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.

- RAMONET, IGNACIO: *Cien horas con Fidel*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006.
- RAUBER, MARÍA ISABEL: *Pensar en el Che*. Editorial José Martí, La Habana, T. I., 1989.
- RISQUET VALDÉS, JORGE: *El segundo frente del Che en el Congo*. Editora Abril, La Habana, 2006.
- RODRÍGUEZ HERRERA, MARIANO: *Con la adarga bajo el brazo*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973.
- ROJAS, MARTA: *Tania, la guerrillera inolvidable*. Instituto del Libro, La Habana, 1970.
- SÁENZ, TIRSO: *El Che ministro*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- SÁENZ OTERO, GERMÁN: *Che sin enigmas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- SILVA LEÓN, ARNALDO: *Breve Historia de la Revolución Cubana. 1959-2000*. Editorial Félix Varela, La Habana, 2008.
- SOTO, JESÚS: *Che: una vida y un ejemplo*. Editora UJC, La Habana, 1968.
- SUÁREZ SALAZAR, LUIS: *Madre América, un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- SURÍ QUESADA, EMILIO: *El mejor hombre de la guerrilla*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- TABLADA PÉREZ, CARLOS: *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*. Casa de las Américas, La Habana, 1987.
- VILLEGAS, HARRY: *Un hombre de la guerrilla del Che*. Editora Política, La Habana, 1997.
- VUSKOVIC, PEDRO: *Che Guevara en el presente de la América Latina*. Casa de las Américas, La Habana, 1987.

Índice

Prólogo/	9
Introducción/	13
Capítulo Primero. <i>Pelao y su amigo Petiso por Sudamérica/</i>	85
Capítulo II. <i>El segundo viaje por América Latina/</i>	92
Capítulo III. <i>Con los expedicionarios en México/</i>	98
Capítulo IV. <i>De campesino a combatiente y secretario/</i>	110
Capítulo V. <i>Los imberbes Acevedo en la Sierra Maestra/</i>	114
Capítulo VI. <i>El comandante más joven del Ejército Rebelde/</i>	127
Capítulo VII. <i>La guerrilla se vistió de yarey con los Pardo y otros serranos/</i>	135
Capítulo VIII. <i>La emisora Radio Rebelde (7RR) en la Sierra Maestra/</i>	144
Capítulo IX. <i>El duelo a tiros con una avioneta batistiana en el Escambray/</i>	151
Capítulo X. <i>El jefe del Pelotón Suicida/</i>	154
Capítulo XI. <i>El primer viaje por tres continentes/</i>	161
Capítulo XII. <i>La proverbial irreverencia del comandante de la boina negra/</i>	176
Capítulo XIII. <i>Comunista y economista/</i>	183
Capítulo XIV. <i>Austeridad, eficiencia y control interno/</i>	189

Capítulo XV. <i>La exigencia en el Ministerio de Industrias/</i>	209
Capítulo XVI. <i>La preocupación por la salud de sus semejantes/</i>	212
Capítulo XVII. <i>Guerrillero y estadista/</i>	214
Capítulo XVIII. <i>No había imposibles/</i>	221
Capítulo XIX. <i>Frente al imperialismo en Punta del Este/</i>	226
Capítulo XX. <i>Un guerrillero cubano en Argentina/</i>	232
Capítulo XXI. <i>Hoy vive más que nunca/</i>	237
Capítulo XXII. <i>En la guerrilla lumumbista/</i>	247
Capítulo XXIII. <i>El médico de Tatu en el Congo/</i>	263
Capítulo XXIV. <i>Crear muchos Vietnam en América Latina/</i>	269
Capítulo XXV. <i>El pensamiento militar del Guerrillero Heroico/</i>	272
Bibliografía/	279

